LA VASCA

EL CASO HANS



ÁNGEL FERNÁNDEZ

SOBRE EL AUTOR
NOTA DEL AUTOR
PRIMERA PARTE
Quedlinburg (Alemania), invierno de 1942.
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
SEGUNDA PARTE
Madrid (España), invierno de 1965.
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
TERCERA PARTE
Madrid (España), invierno de 1990.
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CUARTA PARTE
Madrid (España), invierno de 1990.
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
AGRADECIMIENTOS

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Ángel Fernández

© La vasca: El caso Hans

© Primera edición: Agosto de 2026

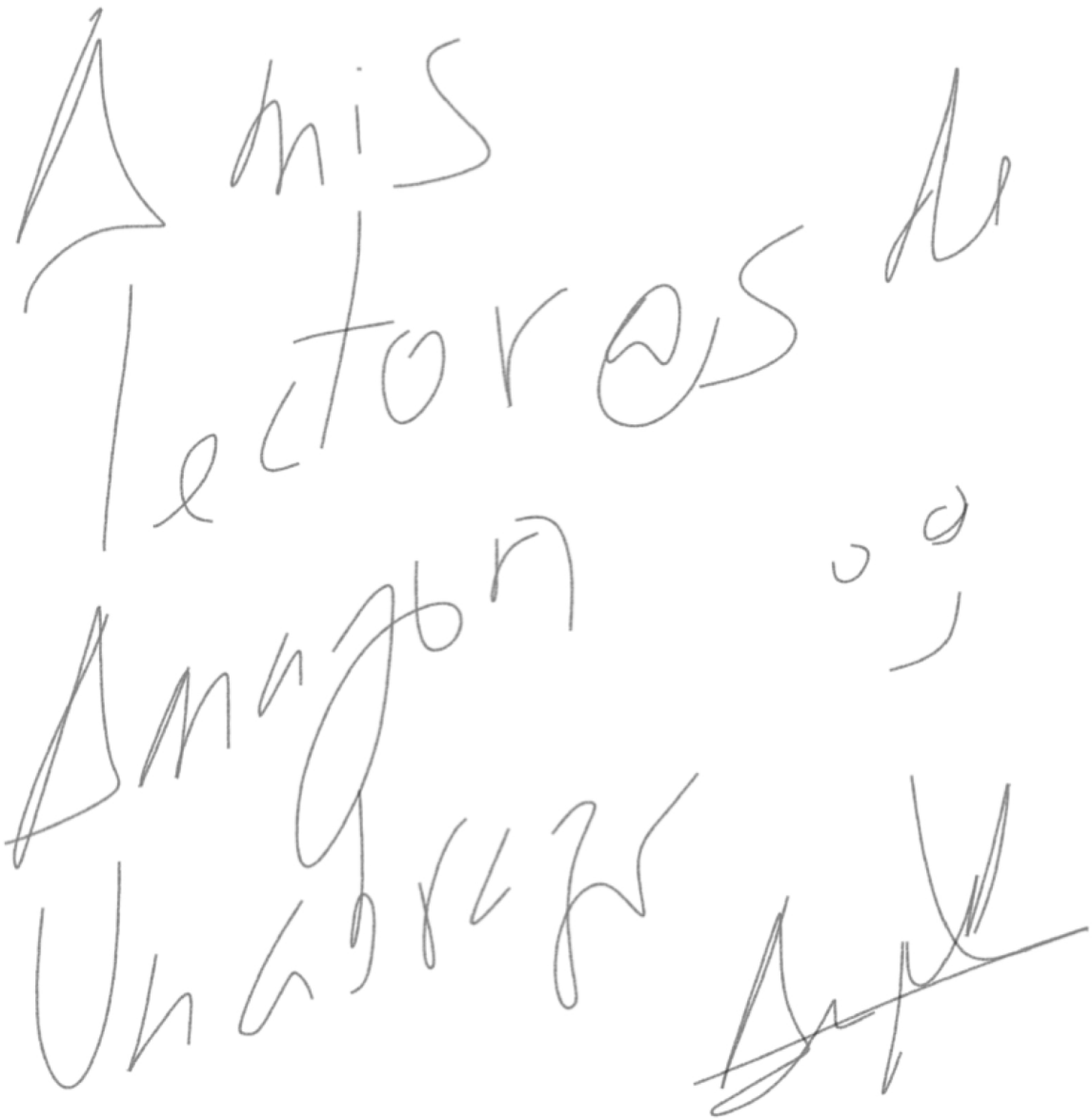
© Diseño de portada: ChatGPT

LA VASCA

EL CASO HANS

ÁNGEL FERNÁNDEZ

OBJ



A toda mi familia. En especial a mis padres por apoyarme en est nuevo camino.

A Sara, por todo. Por estar siempre a mi lado. Por ser calor, y po ser hogar. Y por ser la mejor madre que mi hijo podría tener.

A mi hijo Pol, que mientras escribo esto todavía no ha nacido. Si u día me lees, recuerda que jamás te fallaré. Cuando esta novela est publicada ya estará con nosotros, en su hogar.

A ti, lector/a, que siempre me lees. Siempre agradecido. Gracias.

Y, a mi yayo Rafael, que falleció antes de ver publicada est novela. No hay palabras, ni siquiera puedo expresar lo que signific esta pérdida. Algún día nos volveremos a encontrar y nos contaremo historias.

SOBRE EL AUTOR

Ángel Fernández nació en Sabadell (Barcelona), en abril de 1984. Desde pequeño mostró un gran interés por las historias de suspense y terror, llegando a ser un gran aficionado al cine de ese género y de la novela negra. Ya en el colegio escribía historias y guiones para pequeños proyectos escolares y, a día de hoy, tiene auto publicadas once novelas en Amazon: *Destino, El enjambre de los locos El asesino del reloj, El ilusionista de Varsovia y El susurro de los intrusos, El llanto de los intrusos, Los crímenes del horóscopo y Los huérfanos, Los nietos, Las novias y Los herederos; que pertenecen a la serie de novelas de la UCO.* También es el CEO y fundado de Nekoa FS Productions; productora audiovisual de proyectos IA. Ángel comenzo una nueva serie literaria con el título *La vasca*, y ahora sigue esta segunda parte con un nuevo caso repleto de acciones y suspense. En mayo de 2026 publicó con la prestigiosa Editorial Planeta *El juego de Dante*, un thriller juvenil, con el señor MatchStories.

Actualmente se dedica plenamente a su gran pasión que es la escritura, compaginándolo con proyectos en YouTube como por ejemplo versionar la serie de la UCO en una serie hecha 100% con IA junto con Nekoa FS.

NOTA DEL AUTOR

Querido/a lector/a, estás a punto de entrar en las páginas de la siguiente novela, y me gustaría decirte que la historia y los personajes que aparecen en ella son completamente inventados. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Hay que tener en cuenta que la novela está escrita única y exclusivamente para entretener absolutamente todo es ficción y en ningún momento se trata de herir a nada ni a nadie. Si encuentras cambios con respecto a eventos con fechas o lugares que crees que no te encajan, no te preocupes, todo está hecho para que encaje con el desarrollo de la historia. Por último lo único que te pido, es que cuando acabes de leerla me dejes un comentario o una valoración tanto positivo o negativo, cualquier pequeño detalle siempre es de agradecer, ya que me ayudará a seguir aprendiendo, y ayudará a otros lectores a elegir la novela para leer.

Te mando un fuerte abrazo.

Siempre agradecido.

PRIMERA PARTE

"Siempre haz sufrir al público tanto como sea posible (Alfred Hitchcock)."

Quedlinburg (Alemania), invierno de 1942.

Al escarbar en la tierra tiene una sensación de náuseas. Le resulta curioso no tenerlas al matar, pero ahora sí. Sabe que no es fácil desenterrar un cadáver, meterlo bajo tierra es una cosa, sacarlo es otra. Se mira los dedos, están ennegrecidos por la arena, y sus uñas llenas de mugre. Ha visto un insecto recorriendo su brazo, no sabe que es, parecía una hormiga, pero solo se le parece. Imagina que es uno de los bichos que se han ido comiendo la carne podrida. Sí, está completamente seguro cuando, al seguir removiendo tierra, salen algunos insectos más.

—No te encuentro —susurra el hombre—. ¿Tan hondo te metí? No recuerdo haberte enterrado tan abajo.

En su cabeza intenta recordar a todas las personas a las que ha asesinado, sabe que son muchas, pero nunca se le ocurrió contarlas ¿En qué momento comenzó todo aquello? La primera que se le viene a la cabeza es una mujer, de unos treinta años, con una belleza arrebatadora. La escondió en el cobertizo, entre la paja y las heces de las vacas. Cuando la desnudó contempló su cuerpo y se excitó, se le pasó por la cabeza manosearla, pero no lo hizo, pudo controlarse Después, con una hoz le rajó la cara, matándola al instante, y con ayuda de un cuchillo abrió la piel como si fueran las páginas de un libro, o como el que quita capas a una lechuga. Cuando llegó a la dermis siguió perforando hasta la hipodermis, no le costó alcanzar el esqueleto de la cara que reventó con un martillo, como el que golpea una urna de cerámica para destrozarla. Observó el cerebro, ahí estaba Lo cogió con la mano y lo acarició, igual que a un perro. En ese

momento le entraron ganas de beber aguardiente, pensó que quiza matar le había dado sed.

—¿Dónde estás, querida? —vuelve a susurrar, después de deja de recordar sus macabros crímenes.

Continúa escarbando, no le ve el final a lo que está haciendo pero, ha encontrado algo: es una mano, los dedos podridos asoman por encima de la tierra.

—Ahí estás.

Con ayuda de una pala retira la tierra que hay alrededor hasta que el cuerpo queda completamente visible.

—Enseguida vuelvo.

Sale del agujero como puede, se sacude la ropa y las manos camina hacia la casa y entra en el salón. El judío sigue sentado en la silla. Su postura es indefensa: piernas cerradas, manos encima de las rodillas, espalda recta. El hombre ha preferido hacer él ese trabajo, no quería que un judío hurgase en su jardín. Ha querido ensuciarse, mejo eso a que el judío pudiera ver los otros cuerpos. Si hubiera podido hablar con amigos le hubieran preguntado por qué tiene que escarba en la tierra teniendo a un judío en su casa, la respuesta era esa, nadie podía ver lo que había debajo.

—¿Está seguro de que no quiere tomar nada? ¿Un té o un vino? Los judíos beben vino, ¿verdad?

—Sí, pero no quiero nada, gracias, se lo agradezco —le responde el judío, sin cambiar su postura.

—Ya he encontrado el cuerpo. Puede salir cuando usted quiera Pero, no diga que no se lo advertí, el cadáver no es de un buen agrado verlo. Como comprenderá las condiciones no son las mejores.

—Me lo imagino. ¿Me da permiso para salir?

—Por supuesto. —El hombre le indica que puede hacerlo por la puerta del jardín.

—Gracias, señor.

El judío camina, a paso lento, hacia la parte trasera de la casa. A salir al jardín pisa la hierba y de seguida ve la tierra removida. Siente un nudo en el estómago que casi no le deja respirar. Sabe que lo que verá a continuación se le quedará grabado en la retina, será muy difícil de olvidar, o imposible. Avanza el metro y medio que le falta para llegar a ver el cuerpo, y, sus ojos lo ven. Siente un dolor tan fuerte en el corazón que es como si le estuviera dando un infarto, son pinchazos muy fuertes. Se arrodilla junto a la tierra amontonada y vomita. Saca por su boca trozos de pan y agua que se mezclan con la bilis.

—Le dije que no sería agradable —añade el alemán, que ha salido también al jardín.

El cuerpo de la mujer está en un estado de putrefacción deplorable. La carne está prácticamente comida por los bichos. La cabeza, a causa de la perforación para sacar su cerebro está reventada. Los ojos no están, y la boca muestra una mueca terrorífica. El olor es nauseabundo y produce arcadas, por eso el judío vuelve a vomitar. Su bilis cae encima del cadáver.

—¿No cree que ya es suficiente? —pregunta el hombre—. Me ha pagado con creces para poder verla, pero todo tiene su límite.

—Es mi hija, tenga un poco de compasión, por favor —le pide el judío—. ¿Por qué ha tenido que hacer esto?

—No es el momento de explicarle los motivos, pero es algo necesario, por el bien de la humanidad… por el bien de Alemania. Además, me estoy jugando mucho dejando que esté aquí. Ya puede dar gracias que, a pesar de todo, tenga algo de piedad.

El judío sabía que la visita era rápida, ver el cuerpo y marchar, ahí quedaría todo. Llegar hasta ahí le ha costado demasiado tiempo, mucho esfuerzo y dinero, también joyas y propiedades, hasta un diente de oro. Pero, ahora que tiene el cuerpo de Abigail delante, no puede reprimir su rabia y dolor. Se levanta del suelo y se abalanza sobre el hombre alemán, los dos caen sobre la tierra amontonada y comienzan a pelear. El judío consigue darle un puñetazo y una patada en las costillas, pero el hombre le agarra de la cabeza y se la estampa

contra la tierra. Después, le propina un fuerte golpe en la boca de estómago, hace que el judío caiga al suelo casi sin respiración y lo deja inmovilizado en el suelo.

—¡Gustav! —grita el hombre—. ¡Ven al jardín inmediatamente!

—¡Voy ahora mismo, padre! —indica desde arriba.

Pasados unos segundos, un niño de unos ocho o nueve años con el cabello rubio y unos ojos azules enigmáticos, sale al jardín llevando en las manos un pequeño tractor de juguete.

—Dígame, padre —suelta el niño, con voz temblorosa.

—Trae la figura de mármol del salón, la grande que hay junto a los libros —le pide—. Date prisa.

El niño corre hacia el interior de la casa y obedece al padre. Agarra la figura de mármol y le pesa, tanto que la tiene que llevar con las dos manos. Cuando vuelve a salir al jardín acelera el paso hasta llegar a su padre.

—Bien, ahora lanza la figura contra el cuerpo de esta rata también en la cabeza. Hazlo igual que lo has hecho otras veces —le ordena—. Es un golpe seco. ¡Vamos, hijo!

El niño obedece. No tiene otra opción. Lanza la figura con las dos manos contra la cabeza del judío y se la aplasta. Un reguero de sangre ha salido por su boca y nariz. Vuelve a impactar el objeto ahora contra el pecho, de fondo se ha escuchado el crujir de las costillas. El judío se retuerce de dolor y escupe más sangre.

—Todavía sigue vivo, Gustav. Vuelve a darle, que sepa quien manda aquí.

El cuerpo del judío está temblando, sus extremidades se han vuelto rígidas de repente. Es como si le estuviera dando un ataque epiléptico. Pero, sigue vivo, a pesar del fuerte impacto continúa respirando, muy poco, pero lo hace.

—¿Ya está, padre?

—No. Vuelve darle con la figura, hasta que su cabeza sea puré como el que cenas por las noches.

Gustav sigue, con las dos manos, propinando golpes en la cabeza del judío hasta que toda la piel y el cráneo ya están completamente aplastados. Ahora sí, el padre de Abigail ha muerto.

—Bien hecho, hijo —le indica el padre.

—Ahora ayuda a tu padre a meter a esta rata en el agujero y echaremos tierra encima. Así estará con su hija. Que de gracias que no lo tiramos a un vertedero.

—Vale, padre.

En ese momento, varios bichos salen de debajo de la tierra, es como si supieran el festín en el que están a punto de adentrarse. Dentro de pocos minutos, cuando el cuerpo esté enterrado, tendrán carne fresca para comer. Entonces, saldrán también las larvas y las moscas.

CAPÍTULO 1

Madrid, enero de 1998.

Amaia Garmendia, inspectora jefe de la Brigada de homicidios en la Policía Nacional de Madrid de la comisaría centro, abre los ojos y observa a su alrededor después de apagar el despertador. Al igual que las últimas semanas no está sola en la cama. Hace unos meses cumplió los cuarenta, no le importó, se ve guapa y atractiva, y lo es. Nació en Basauri y la llaman *"la vasca"*, simplemente por ser la única mujer del País Vasco de su promoción en el Cuerpo Nacional de Policía. En 1979 se convocaron por primera vez en España plazas para mujeres en el cuerpo. Amaia llegó a inspectora en el noventa y tres, haciéndose cargo de varios de los casos más importantes ocurridos en esas fechas. Tiene muy mala hostia, y si sale de su piso sin su café matutino y sin beberse un chupito de Bourbon Stillbrook de un solo trago más vale que no te la encuentres.

Después de adivinar el día en el que se encuentra y todo lo que tiene que hacer hoy, vuelve a echar un vistazo a su habitación del piso en el que vive, uno de setenta metros cuadrados en la calle de la Cava Alta, en el barrio de La Latina. Sonríe, nuevamente, al ver a la persona que tiene a su lado: es la agente Rocío Contreras, algo más joven que ella y que además pertenece a su brigada, pero eso se convertiría en un problema si las descubriesen. Si alguien supiera de su relación lo

más seguro es que Rocío fuera trasladada a otra unidad, y ninguna de las dos quiere eso. Luego, estarían los cuchicheos en comisaría, todos comentando que *la vasca* sale con otra mujer, y seguramente acusarían a la agente Contreras de querer escalar puestos acostándose con la jefa.

—Buenos días, dormilona. —Amaia le da un beso y la rodea con su abrazo mientras le acaricia el cabello.

La noche anterior fueron a cenar a un restaurante en Gran Vía y volvieron en taxi. Al pagar la carrera y salir del vehículo fingieron que no se conocían, eran dos desconocidas que, después de un encuentro fortuito al coincidir en un taxi de vuelta a casa, entablaban una amistad. Estuvieron algo más de diez minutos haciendo ver que eran dos personas que no se habían visto en la vida. Era un juego. Solo eso

—¿A qué te dedicas? —indagaba la inspectora mientras se encendía un cigarrillo.

—Soy policía —le respondió Rocío.

—¿De verdad? Qué casualidad. Yo también soy policía.

—Pues sí, una casualidad. Oye, perdona que sea tan directa, pero me pones cachonda.

Cuando subieron al piso de Amaia hicieron el amor como dos amantes que lo hacen por primera vez. Entre gemidos y sudor se aferraban la una a la otra como si no fuera a existir un mañana. Pero sí iba a existir, y ahí estaban, las dos juntas, un día más. Rocío había estado yendo a dormir al piso de la inspectora el último mes y medio. Así lo habían decidido, y la verdad es que no les iba nada mal.

—Voy a preparar café —indica Amaia.

—No te olvides del Bourbon —le recuerda Rocío.

—Para nada —le dice sonriendo—. Eso nunca.

Una vez al día, la inspectora, se permite pensar en Natividad, su madre, aunque el pensamiento dura solo unos segundos. Cumple condena en la prisión de Carabanchel, en el módulo de mujeres, pero por lo que sabe este mismo año la cerrarán, y su madre será

trasladada a otra prisión. No ha ido a verla ni un solo día, y tampoco lo hará. El caso pasó al CESID, ya que implicaba a altos mandos del país. Amaia no pregunta sobre ello, tampoco quiere saber nada. Piensa en su madre, sí, unos segundos, pero ya está. Después se le olvida.

El teléfono móvil de la inspectora comienza a sonar. No es su melodía habitual, pero sí es otro villancico que también hace desesperar a los de su equipo. La Navidad pasó hace días, pero decide mantenerlo. La inspectora observa la pantalla: es el comisario Faustino Mendoza. Es posiblemente la última persona con la que uno quiere hablar recién levantado, tampoco antes de ir a dormir.

—Buenos días, comisario —saluda ella al descolgar.

—Amaia, reúnete con tu equipo en Chamberí. Llama a Martín y que te informe, él está ahí.

—¿Qué ha ocurrido, Mendoza?

—La mierda de siempre, un asesinato, de los jodidos… y no es bueno, Amaia, nada bueno.

—¿Pedro también está?

—Sí, la única que no está es Rocío… ni tú, claro. Llama a Contreras y que vaya, os necesito a todos. Ve cagando hostias y tenme informado. Con un poco de suerte la prensa no se habrá enterado todavía.

La llamada se ha cortado. A la inspectora no le sorprende que el comisario no le de los buenos días, es algo habitual en él, lo que más le ha sorprendido es que Pedro Sierra, subinspector de policía en su equipo, haya llegado antes que ella. No suele ser habitual en él.

Amaia y Rocío se han duchado, pero, a diferencia de otros días, hoy no ha habido tiempo para hacer nada bajo el agua. Lo que sí ha hecho la inspectora es mirarse en el espejo el chupetón que tiene en el cuello. No hay maquillaje que le pueda tapar eso. Las dos han tomado un café rápido y Amaia se ha bebido su chupito de Bourbon, para eso siempre hay tiempo, eso dice ella. Por el camino ha llamado al subinspector Martín Osorio que le ha informado que Pedro y él están

en un bloque de pisos en la calle de Julián Romea, en el barrio de Vallehermoso en el distrito de Chamberí, y que hay decenas de curiosos esperando a que saquen el cuerpo. El morbo se palpa en la cara de la gente, igual que cuando ves un accidente en la autopista, te paras para mirar. Y si hay sangre, mucho mejor. Es lo que tiene el ser humano, les gusta el morbo.

La calle está acordonada por unos cuatro vehículos policiales y el furgón de la científica. La agente Contreras ha llegado un minuto más tarde, pero en su propio coche.

—Habéis llegado a la misma vez, ni que hubierais dormido juntas —comenta Martín.

—No me toques el coño, Osorio —añade Amaia tirando la colilla del Marlboro que se acaba de fumar—. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Subid. Pedro está arriba, esperándote, vais a alucinar con el muerto.

Vallehermoso es un barrio de clase media alta, muy familiar vecinos de toda la vida, porteros que conocen a todos, y los niños jugando en la calle sin la supervisión de los padres. Los comercios de la zona están en auge. Hay mercerías, librerías pequeñas, de las de barrio de toda la vida, zapateros con su clientela fiel y bares sencillos de los de menú del día, café y carajillos. El edificio en el que entran se construyó en los años cincuenta, con un portal de mármol y ascenso antiguo.

—¿Y el portero? —pregunta Amaia al entrar.

—No estaba en la portería —le responde Martín—. Hay un jardín detrás, también se ocupa de regarlo y estaba allí.

El ascensor les ha dejado en la sexta planta. El rellano es pequeño y oscuro. Entran en el piso y el subinspector Pedro Sierra les da los buenos días.

—Ya era hora, jefa —dice—. Pensé que no vendrías. Y tú qué novata, ¿te has dormido hoy?

—No pude llegar antes, Pedro —le dice Rocío—. Pero no pasa nada, sé que contigo aquí está todo controlado.

—Dejad de decir estupideces —salta la inspectora al escuchar la ironía de Rocío—. ¿Dónde está el cuerpo?

—En el comedor —dice Sierra—. Ven, jefa, no te lo vas a creer.

Cuando Amaia ve el cadáver se queda paralizada. La agente Contreras, que está detrás, casi vomita al ver el cuerpo. Ha tenido que contenerse. El muerto es un hombre de unos cuarenta años corpulento. Está tumbado en el suelo y está sin cabeza. Junto a él hay unas cuerdas que, lo más probable, le impidieron moverse. Además, el asesino ha cortado con una sierra que está a escasos centímetros todo su cuerpo por la mitad, desde el cuello hasta la ingle o región inguinal dividiendo su cuerpo en dos, como si fuera una zanahoria cortada de arriba abajo. Ni un carnicero haría todo eso.

—Joder —suelta Amaia—. Me cago en la hostia… lo han partido por la mitad. ¿Y la cabeza?

—En la cocina —le indica Pedro—. Venid, tenéis que ver esto.

Cuando entran en la cocina, sobre el mármol, al lado de los fogones, está la cabeza, como el que deja encima una taza de café.

—Pero… ¿qué mierda es esta? —La inspectora está perturbada.

—Ya te dije que ibas a alucinar, Amaia —le dice ahora Martín.

—Menuda carnicería —suelta ahora Rocío.

El equipo de *la vasca* está contemplando ahora una cabeza vacía el asesino la ha cortado por la mitad, desde la barbilla hasta la frente le han rajado el resto y extraído el cerebro.

—Se han llevado el cerebro —se dice así misma Amaia, sin creerse lo que sus ojos están viendo en ese momento.

CAPÍTULO 2

Sandra Vega hace lo mismo todas las mañanas: Se despierta temprano, se ducha, se viste y desayuna un par de galletas de avena con un zumo de naranja. Sale a correr por la urbanización, lo hace durante una media hora, más o menos. Le gusta cuidarse y sentirse bien. La agencia para la que trabaja ya le dejó claro que debía mantener siempre la misma figura, al menos hasta la finalización de contrato con ellos. No se lo dijeron directamente así y ni con esas palabras, pero se lo dejaron caer.

Esa mañana, sobre las doce, un taxi la pasaría a buscar a su casa para llevarla al estudio. Una firma de ropa interior la había solicitado para su nueva colección.

—Tienes un trabajo, Sandra —le dijo su agente, días antes por teléfono.

—¿Dónde? —quiso saber ella.

—Aquí, en Madrid. El próximo lunes te recogerá un taxi, estará ahí sobre las doce, ¿entendido?

—Sí, perfecto, Jonás. Gracias.

—Gracias a ti, guapa. Te lo mando todo por email.

Observa su reloj, son las once y cuarto, todavía falta un rato para que vengan a buscarla. Por eso, se tumba en el sofá y llama a Raúl, su novio.

—Amor —añade él al responder.

—Hola, cariño, ¿qué haces?

—Poca cosa, estaba con los apuntes. ¿Ya estás de camino?

—¡Qué va! Falta un rato para que venga el taxi…

Sandra se detiene, baja el teléfono y mira hacia el jardín. Ha oído un ruido.

—¿Estás bien? —le pregunta Raúl—. Te has quedado callada.

—Sí, es solo que he escuchado algo en el jardín.

—Será *Bolita*.

El gato de raza Maine Coon de Sandra había acabado de cumplir los diez años. Es cariñoso y tranquilo, pero, por las mañanas se las pasaba en el exterior dando vueltas por toda la urbanización.

—No lo creo —acaba diciendo ella—. *Bolita* no suele aparecer por aquí hasta el mediodía buscando sus chucherías. Espera, voy a mirar.

La joven se levanta del sofá, va descalza y camina hasta la puerta que da al jardín. Antes de abrir echa un vistazo y se asegura de que no hay nada extraño. Y, así es, todo parece en calma. Abre la puerta corredera y sale, nota el frío en sus pies y camina por el césped húmedo.

—¿*Bolita*? —susurra—. ¿Eres tú?

Todo está en silencio, no hay nada. Sandra se imagina que el poco viento que se ha levantado pueda haber golpeado en el toldo y haya provocado ese ruido que la ha alarmado. Carraspea y vuelve a entrar en la casa. Cierra la puerta y se dirige, de nuevo, al sofá. Se tumba y coge el teléfono.

—Creo que era el viento, Raúl.

El error de Sandra Vega ha sido dejar la ventana de su habitación abierta al levantarse. El intruso, que ha saltado por la valla del jardín ha escalado hacia la primera planta por una de las cañerías. Si se hubiera encontrado la ventana cerrada tendría que haber improvisado forzándola. Ahora ha entrado en la casa por la ventana y se ha podido mover libremente por el interior. Aparece por detrás de la joven y le enrolla en el cuello una cuerda fina. El teléfono cae sobre el sofá

Antes de asfixiarla la retira y le propina un fuerte golpe en la cabeza que hace que caiga semi inconsciente. Raúl no sabe que ha ocurrido lo único que hace es llamarla por su nombre hasta que el atacante decide colgar la llamada. Ahora solo hay silencio.

CAPÍTULO 3

Amaia vuelve a observar el cadáver, o los restos, mejor dicho.

—¿Sabemos su nombre? —quiere saber.

—Julián Herrero —le dice el subinspector Sierra—. Cuarenta y dos años. La documentación está en la cartera y con nueve mil pesetas en efectivo, el dinero ni lo han tocado.

—Bien, entonces esto no ha sido un robo —deduce Amaia—, aquí hay algo más… y no pinta nada bien.

—Rocío y Martín —indica—, id a hablar con los vecinos, con todos. Alguien tiene que haber visto u oído algo, ¿estamos?

—Sí, jefa —añade la agente.

—Son siete plantas, Amaia —salta ahora Martín—. Hay muchos vecinos, nos llevará toda la mañana.

—Joder, Osorio, si lo dices por la altura del bloque hay ascensor hostia. Muévete un poco, anda, que no es para tanto. ¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—La asistenta —resuelve Pedro—. Viene dos veces por semana. Se la han llevado al hospital, le ha dado un ataque de ansiedad bastante chungo.

Hilario Espinosa, el forense, está tomando muestras del cuerpo en el comedor. Se siente como un niño pequeño el día de Navidad cuando abre los regalos. Espinosa siempre dice que contra más rebuscado sea el crimen, mejor. Al lado del cuerpo está la sierra que se supone ha utilizado el asesino para perpetrar el macabro asesinato.

—Espinosa, ¿qué tienes?

—Esto es una carnicería, Amaia. Menuda masacre…

—De las que te gustan, Espinosa —le interrumpe.

—Así es —confiesa—. Tendré trabajo para días, seguro.

—¿Crees que habrá huellas en la sierra?

—No lo creo, pero nunca se sabe. Por el momento te digo que la víctima estaba viva cuando se le comenzó a partir por la mitad. El dolo sería inimaginable, no quiero ni pensar lo que tiene que doler eso.

—¿Y la cabeza? —quiere saber Amaia.

—Creo que fue lo último, pero te lo podré asegurar en e laboratorio.

—Espinosa —hace una pausa larga—, tú has visto de todo… ¿po qué crees que se han llevado el cerebro?

—Precisamente por eso no puedo responderte, porque he visto de todo, y lo que me queda por ver. Prefiero no responder a eso Amaia. Puede ser para cualquier cosa.

La inspectora Garmendia sabe que tiene entre manos algo jodidamente complicado. Lo sabe por la cara de Espinosa, y ese rostro es fácil de reconocer: el de que todavía quedan muchos cuerpos po descubrir.

El subinspector Pedro Sierra está en un rincón, mirando por una de las ventanas del comedor. En un momento, uno en el que cree que nadie lo ha estado viendo, ha sacado una Petaca plateada del bolsillo interior de la cazadora y le da ha dado un trago a algo que tiene gusto fuerte, su cara le ha delatado.

—Pedro —le llama Amaia—. Ves a los negocios de la zona y mira las cámaras de seguridad. Anota los sitios en los que podemos preguntar. Por cierto, ¿cómo está tu madre?

—Regular —dice, pero le miente a su jefa.

—Bueno, paciencia, compañero. Haz lo que te he dicho, por favor Espinosa, ¿cuándo crees que lo mataron?

—Por la temperatura del cuerpo y la rigidez podría decirte que aproximadamente a medianoche, más o menos.

—Bien. Ya sabes, Pedro, calcula las horas y si alguien te deja ve hoy las grabaciones sería perfecto, ¿estamos?

—Hecho, jefa.

—Y tranquilo por tu madre, ya verás que se recuperará.

No todos los dueños o comerciantes suelen ser tan bondadoso como para dejar que la policía vea las grabaciones de las cámaras de seguridad a no ser que haya una orden de por medio. Pero, la inspectora Garmendia no pierde nada por intentarlo.

—Mira, Amaia —añade el forense.

La vasca observa hacia dónde Espinosa la hace mirar: la parte interna del codo derecho del muerto.

—¿Qué quieres que vea ahí?

—Es una punción reciente. También hay otras en la misma zona —explica.

—¿Y qué son? ¿Era un yonki?

—No lo creo, no tiene pinta. Te lo diré cuando le haga algunas pruebas.

—Joder, que venga ya el juez, cojones, y así podrás llevarte el cuerpo. Aquí no hacemos nada.

Amaia recorre el piso de Julián Herrero y habla con los agentes de uniforme que están registrando la vivienda.

—No hemos encontrado nada raro —le dice uno—. Excepto esto:

El policía, que tiene más granos en la cara que un quinceañero enseña en una bolsa de pruebas varias jeringuillas y un pequeño bote con un compuesto blanquecino, casi transparente. Sin etiqueta ni fechado.

—Bien, juntadlo todo y que se lo lleve Espinosa. Eso puede explicar los pinchazos del brazo.

Antes de comenzar a hablar con los vecinos, el subinspecto Martín Osorio ha salido a la calle para fumarse un cigarrillo. Ha mirad al cielo y, en silencio, le ha pedido a Dios que el caso no se demasiado complicado. La agente Contreras ha ido con él, medi obligada, claro.

—¿Por qué no dejas de fumar? —le sugiere ella, después de qu una bocanada de humo la deje con los ojos irritados y llorosos Además, no es la primera vez que se lo dice, el cuerpo corpulento de subinspector hace que su compañera, de alguna manera, se preocup por él. Siempre le dice que no coma tanto y que intente cuidarse— Sabes que lo digo porque te aprecio.

—¿Me meto yo en tus asuntos, novata? —le suelta Osorio— Pensándolo mejor… quizá me planteo dejarlo si me dices a quién t trajinas.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído, novata. Ya sabes que tengo curiosidad po saber si estás con alguien.

—Si lo preguntas para saber las posibilidades que podrías tene conmigo, Martín, ya te digo que cero posibilidades…

—¿Cero? Me rompes el corazón, Rocío.

—Sí, cero. Así que no insistas en el mismo tema… apaga e cigarro y subamos, hay que hablar con los vecinos.

—Lo apago porque ya lo he terminado, no porque te haga caso eh —sentencia sonriéndole.

Los dos suben por las escaleras hasta la primera planta y llaman a uno de los dos timbres que hay en el rellano. Un anciano de cabell grisáceo, gafas y una bata abre la puerta.

—Buenos días —saluda Martín enseñando la placa—. Somo policías, queríamos hacerle un par de preguntas si es posible.

El hombre les cierra la puerta de un portazo sin dec absolutamente ni una sola palabra.

—Me cago en su santa madre —despotrica el subinspector— ¡Abra la puerta, coño!

—Martín —le dice Rocío—. Déjalo, es un hombre mayor, ya vendremos con una orden o ya se encargará Amaia de hablar con él Sigamos y no perdamos tiempo. Poco o nada nos va a decir.

La agente Contreras está anotando en una libreta todos los vecinos con los que van hablando y con los que no. Nadie parece haber oído ni visto nada sospechoso. La gran mayoría mencionan que Julián era un vecino modélico y que nunca se metía con nadie. Han llegado a la cuarta planta y a Osorio le falta el aire.

—No sé como has podido convencerme de ir subiendo, joder.

La agente lo aprendió en la academia. A las nuevas incorporaciones, como la de Rocío, siempre les indicaban que si tenían que hablar con los vecinos de un bloque había que hacerlo de abajo arriba, así no existiría la posibilidad de que alguien escapase después de ser avisado por otro vecino. El instructor utilizaba año tras año la misma frase: «Si habláis con el del noveno piso y al salir le da por avisar al del segundo, ahí se os jodió todo el asunto. Pero, en cambio si habláis con el del segundo y después llama al del noveno, no hay escapatoria». Pero, claro, Rocío cuestionó al instructor: «¿Y si el del noveno decide escapar por una ventana? Sé que es una altura considerable, pero en algunos edificios puedes ir de azotea en azotea» El instructor la miró durante unos segundos y después le sonrió sin darle respuesta a aquella cuestión. Por eso, Rocío prefería ir de abajo arriba, aunque con ella existiera el riesgo de que los de las plantas superiores escapasen.

Al llamar al timbre de uno de los pisos de la cuarta planta, se oye una voz que dice:

—Ya voy.

Parece la de un chico joven, no más de treinta, quizá, y con un tono algo tembloroso. Pasados unos segundos, el subinspector vuelve a llamar al timbre.

—¡Abre! —grita.

La puerta se abre, lo justo como para que el chico vea a través del pequeño espacio que ha dejado. Lleva una gorra azul Nike, cara demacrada y sudadera roja con una C en el centro.

—Somos policías. —Rocío enseña la placa, y Osorio hace lo mismo.

—¿Qué quieren? —les pregunta el joven. Que parece muy nervioso por la presencia de los policías.

—Hacerte unas preguntas, chaval. —Martín intenta abrir algo más la puerta con la mano—. ¿Podemos pasar? Son solo unas preguntas.

—Es que ahora no están mis padres —les dice—. No me dejan que entre nadie en casa.

—Bien hecho, chico, hacen bien. Pasaremos más tarde, pero tú también nos serías de gran ayuda ahora mismo. Es sobre uno de tus vecinos.

—Lo siento, no puedo. —El chico se dispone a cerrar la puerta pero Martín consigue aguantarla con el pie.

Los tres cruzan miradas. Hay silencio, incómodo por momentos.

El chico se da la vuelta y sale corriendo por el pasillo del piso. No siquiera ha podido cerrar la puerta. Varios metros lo separan de los dos agentes que han entrado en la vivienda y han salido detrás de él.

—¡Ven aquí, mamón! —grita el subinspector.

Rocío ha visto como el joven ha salido por el balcón del comedor. Intuye que intentará llegar hasta la calle. Al salir ha bajado por una cañería hasta que ha llegado al balcón de uno de los pisos de la primera planta. Se ha descolgado sobre el toldo y ha conseguido sujetarse a la cornisa de una floristería que hay debajo del bloque, a descolgarse ha salido corriendo calle abajo.

—¡Joder! —grita la agente—. ¡Hay que llamar a Amaia!

La inspectora, que está con Espinosa en el piso del muerto, recibe la llamada a su teléfono móvil. Le informan de lo ocurrido y pide que varias unidades acudan en busca del joven. Martín ya está en la calle ha bajado corriendo por las escaleras. Mejor bajar que subir. A pesa

de su peso y poca forma corre para intentar alcanzarlo. Son bastantes metros los que les separan, pero el subinspector no cesa en el intento de detenerlo. El chico corre por la calle de Julián Romea y gira en la del General Ampudia. Hay un momento en el que ha tropezado, pero se ha levantado y continuado la carrera. Osorio aprovecha la caída para coger ventaja, pero aún así no logra alcanzarlo. El chaval, con unos pulmones bien jóvenes, llega a un parque en la calle Domenico Scarlatti, y cuando va a cruzar a la acera de enfrente sin mirar, una furgoneta Ford de color rojo lo atropella, mandándolo varios metros hacia abajo. El cuerpo ha dejado una hilera de sangre que también ha impregnado el morro de todo el vehículo. Martín llega a la zona del accidente y ve como varios transeúntes ya se han acercado al joven más para cotillear que para auxiliarlo. El subinspector se identifica y se abre paso entre la multitud. Quiere socorrer al joven lo antes posible ya que ninguno de los presentes parece que vaya a hacerlo.

—¿Por qué corrías, chaval? —le dice al ver que tiene los ojos abiertos.

El chico, que tiene toda la cara llena de sangre, intenta pronunciar palabra, pero lo único que hace es escupir sangre por la boca. El impacto ha sido fuerte, pero peor ha sido el golpe contra el suelo.

Los transeúntes comienzan a cuchichear.

—Eres imbécil, joder —le insiste Osorio—. Solo queríamos hacerte unas preguntas, nada más.

—Ha… es…

El chico está hablando, pronuncia palabras sueltas que el subinspector no logra entender.

—Repite, chico —le pide.

Martín acerca su oído a la boca del joven e intenta descifrar lo que está queriendo decir.

—No te entiendo, joder.

Es como si la vida del joven se estuviera desvaneciendo a medida que pasan los segundos. Y, en un último intento, Osorio le pide que

repita de nuevo lo que había dicho, y ahora sí, cuando el joven abre de nuevo su boca ensangrentada, se le llega a entender.

—Hans —susurra—. Es Hans.

CAPÍTULO 4

Sandra Vega siempre se ha considerado una chica valiente, perc ahora no lo está siendo. Tiene miedo y siente temblor en sus extremidades. Hace varios minutos ha abierto los ojos y se ha visto en un lugar oscuro y húmedo. Huele a sofrito, parecido al que su abuela preparaba para los macarrones. Alguien la ha encerrado en lo que parece una especie de garaje, pero no lo es. Echa un vistazo a su cuerpo, la ropa que llevaba en su casa ya no está. Ahora viste solamente con un vestido blanco que huele a cerrado. Tampoco lleva ropa interior. Se toca en sus partes, no siente dolor y tampoco hay sangrado.

—¡Ayuda! —grita.

Observa de nuevo a su alrededor: El lugar no tiene más de veinte metros cuadrados, las paredes están desconchadas, al fondo hay un cubo de plástico, y en la otra pared hay un colchón con una sábana azulada por encima. Comprueba que cerca de una ventana que está tapiada desde el exterior, hay una puerta. Intenta abrirla pero está cerrada con llave. Parece pesada y robusta y difícil de forzar, perc tampoco tiene nada a mano para poder hacerlo. De todas formas no sabría hacerlo.

—¿Alguien me oye? ¡Ayuda, por favor!

Silencio.

En ese momento se percata de que alguien está intentando abri la puerta. La llave ha dado tres vueltas hasta poder abrirse. Sandra se queda en un rincón, asustada. Ve como la figura de lo que parece se

un hombre alto que viste con abrigo negro y una máscara de colo blanco hecha de tela accede a la sala. La máscara da miedo, verdaderc terror. La típica que podría llegar a llevar un asesino en serie. Está cas segura de que es un hombre. La joven se queda aterrorizada por esa imagen, es alguien al que no puede ver el rostro. Lo peor, de nuevo, es esa máscara, con dos agujeros para los ojos y una línea fina de colo negra que simula ser la boca. También lleva las cejas pintadas.

—¿Quién eres? —pregunta ella, atemorizada.

El hombre de la máscara no dice nada. Lo único que se escucha es su respiración. Es pausada y profunda. En ese garaje parece escucharse todo, como si hubiera eco. El hombre, de un bolsillo de su abrigo, saca unas esposas y se las lanza..

—Póntelas —le ordena el hombre, con una voz muy profunda.

Sandra toca los grilletes con miedo. Más silencio.

—Te he dicho que te las pongas —le vuelve a ordenar el hombre.

La joven se las coloca en la muñeca derecha y aprieta, lo justo para que se cierren. Hace lo mismo con la izquierda.

—Más fuerte —le indica él.

Silencio.

Sandra se aprieta más los grilletes y hace una mueca de dolor. Se los ha apretado demasiado.

—El cubo de ahí es para que hagas tus necesidades. —El hombre de la voz profunda se da la vuelta, pero antes de cerrar la puerta añade—: En un rato volveré y podremos comenzar.

—¿Comenzar el qué? ¿Quién eres? ¿Por qué me haces esto?

Silencio.

—¡No te vayas! —grita ella—. ¿Por qué haces esto?

El hombre sale de la sala y cierra la puerta.

—¡No te vayas! —vuelve a gritar—. ¡Sácame de aquí, cabrón!

Silencio.

Sandra Vega se tira sobre el colchón y se pone a llorar. Mira sus muñecas, siente dolor, las esposas le aprietan. Se pregunta el por qué está ahí. Ella sabe que no ha hecho nada. No tiene enemigos, nadie que la quiera hacer daño. Viene de buena familia. Su padre es cirujano, su madre abogada. No comprende los motivos que pueden llevar a alguien hacerle algo malo. Piensa en Raul, su novio. Lo dejó al otro lado del teléfono, pero sabe que él llamará a la policía y la encontrarán. Está segura de ello. Tiene tiempo también en pensar en *Bolita*, su gato. Se pregunta quién le pondrá la comida si ella no está.

Su cabeza da vueltas. Se siente mareada. Le da la sensación de que está a punto de desmayarse, pero, en ese preciso instante, al otro lado de la pared, oye una voz que parece lejana. En una esquina hay una especie de respiradero. Se tira al suelo e intenta escuchar a través de él.

—¿Hola? —dice Sandra.

La voz, que ahora ya no es tan lejana, le dice:

—Hola. ¿Me oyes?

—Sí. ¿Quién eres?

—El hombre que te ha encerrado aquí también lo ha hecho conmigo. ¿Cómo te llamas?

—Sandra Vega. ¿Tú?

—Cecilia.

—Ese hombre ha estado aquí. Me ha dicho que me ponga unas esposas…

—Lo sé, Sandra, conmigo hizo lo mismo.

—¿Qué es lo que quiere, Cecilia? —quiere saber—. ¿Por qué nos hace esto? ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Tienes que estar preparada para todo lo que pasará.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué va a pasar?

—Nos quiere dejar embarazadas, Sandra. Eso es lo que quiere hacer.

CAPÍTULO 5

El cuerpo de Julián Herrero ya está en el anatómico forense Espinosa se está encargando de la autopsia y de analizar las pruebas encontradas en la escena del crimen. Amaia, mientras remueve un cafe con una pequeña cucharilla, observa la pizarra en blanco de su sala de reuniones. Ahora está vacía, pero dentro de poco se llenará de fotografías y anotaciones sobre el caso. El teléfono móvil de la inspectora comienza a sonar. Ahora está sola y no tiene que escucha las quejas de todos los de su equipo por la melodía navideña.

—Comisario —dice al descolgar.

—Ven a mi despacho, Amaia. He de hablar contigo.

No hay despedida, no hay nada más. Que el comisario Mendoza quiera hablar con Amaia puede ser por dos motivos: El primero para preguntarle por el caso, pero es extraño, si fuera eso se lo hubiera consultado por teléfono, el segundo motivo es que le quiera pedir un favor, y eso es lo que más teme ella.

El murmullo de los agentes hablando inunda la comisaría centro Sobre todo el sonido de los teléfonos y los faxes. La máquina de cafe también emite un sonido que puede llegar a molestar si te acercas demasiado. *La vasca* cruza la sala principal y siente las miradas de los demás agentes en la nuca. Sabe que la observan así porque han oído hablar del nuevo caso, de ese hombre al que le han arrancado el cerebro. Desgarrador.

—Pasa —indica el comisario cuando la inspectora llama a su puerta.

—Mendoza, tengo trabajo.

—Lo sé, yo también —suelta—. Siéntate.

—Prefiero estar de pie.

—Bien. Cuéntame sobre el caso, ¿qué tenéis?

—Un hombre muerto, lo han cortado por la mitad y también la cabeza, además se han llevado el cerebro.

—Eso he oído por ahí… el mundo se va a la mierda. No me quiero imaginar cuando llegue el Euro, verás la que se lía cuando nos quiten la peseta. ¿Qué más tienes?

—Osorio fue tras un chaval joven que vive en la comunidad y que salió huyendo. Lo ha atropellado un coche, pero todavía no sabemos que relación tiene con el muerto —explica—. Estamos intentando localizar a sus padres.

—¿Cómo se encuentra el chico?

—De momento estable. Cuando los médicos nos dejen pasar a verle le podré interrogar. ¿Eso es todo? —pregunta Amaia imaginándose que ese no es realmente el motivo de estar en ese despacho.

—No, no es todo. Ahora, siéntate, por favor.

La inspectora se sienta, el tono que ha utilizado el comisario ha sido firme y serio. Algo no demasiado bueno está a punto de salir de la boca de Faustino Mendoza. Del cajón de su escritorio saca una carpeta negra, cerrada con unas gomas. La abre y deja sobre la mesa varias fotografías e informes.

—¿Conoces a esta niña? —le pregunta a Amaia señalando una de ellas.

—Puede ser —responde después de echarle un vistazo.

—Seguramente la has visto en televisión. Fue un caso bastante mediático hace unos cuatro años. Se llama Noelia Crespo, en esa

fotografía tenía siete años. Si todavía sigue viva acaba de cumplir los once.

—¿Si todavía sigue viva?

—Así es. Desapareció en un parque muy cerca de su casa, en Segovia. ¿Has ido a Segovia, Amaia?

—Una vez, por ocio.

—Bien, pues ahora irás por trabajo. En una hora y algo en coche puedes llegar. Lee el informe y te ocupas de ello. Santiago Ríos era el comisario de la comisaría de allí, se jubiló el mes pasado. Es un buen amigo mío y me ha pedido ayuda. Conoce desde hace muchos años a los padres de la niña y quiso involucrarse con el caso para encontrarla pero hace poco le han detectado un cáncer a su mujer y ha de ocuparse de ella, eso y que ya no tiene acceso a datos de la policía por su jubilación le impiden continuar con el caso. Me ha pedido ese favor así que te ocuparás tú, tienes vía libre allí para cualquier cosa.

—¿Y el caso del tío sin cerebro?

—También lo llevas tú, y tu equipo, claro —le admite—. Creo que eres bastante eficiente para ocuparte de todo, ¿algún problema?

—No —añade resignada.

—Bien. Léete el informe y me vas informando. Quiero que encuentres a la niña, viva o su cadáver, pero encuéntrala.

—¿No hay inspectores en Segovia, Mendoza?

—Creía que me habías dicho hace un momento que no había ningún problema.

—No lo hay. Pero imagino que allí habrá buenos policías…

—Los hay, claro. Pero Santiago no confía en ninguno.

—¿Por qué?

—Porque piensa que los que se llevaron a la niña son policías.

CAPÍTULO 6

A Sandra Vega ya no le salen las lágrimas. Cecilia, la chica que también está encerrada en la pared contigua, le ha dicho que su secuestrador las quiere dejar embarazadas. No se lo puede creer ¿cómo ha llegado a eso? ¿Puede ser ese hombre tan cruel? Ha vuelto al colchón e intenta soltarse las esposas, pero no puede, ella misma se las ha apretado tan fuerte que siente que se le corta la circulación.

—Por favor, Raúl, ayúdame —susurra para sí.

Su novio puede ser su única esperanza para salir de ahí. Es el único que sabe que algo puede haber ocurrido. Confía en él plenamente, sí, sabe que acudirá a la policía y la encontrarán, a ella y a Cecilia, su compañera de celda, por llamarlo de alguna manera. Ella le ha confesado que también está en una especie de garaje. También le ha explicado que hay una ventana tapiada y una puerta robusta difícil de abrir. Está encerrada en otro lugar muy parecido al de ella.

—Sandra, ¿estás ahí? —le dice a través del respiradero de la pared.

Se levanta del colchón y se arrastra por el suelo hasta llegar a pequeño hueco.

—Aquí estoy.

—¿A qué te dedicas?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por hablar de algo. No sé ya lo que hacer aquí dentro.

—Soy modelo. Bueno… hago de todo un poco en ese mundo Revistas, pasarelas.

—Bonito trabajo.

—Bueno, no está mal. Al menos puedo pagar las facturas. Y tú ¿a qué te dedicas, Cecilia?

—Llámame Ceci —le dice—. Soy enfermera en un hospital. Dejé e coche en el parking y cuando fui a coger el ascensor alguien vino po detrás y me tapó la boca con un pañuelo… ya no recuerdo nada más.

—¿Cuántos días hace de eso, Ceci?

—No lo sé. He perdido la cuenta. Más de una semana, esc seguro.

Sandra se apoya contra la pared y se exprime la frente con sus manos apresadas. Sabe que ella lleva un día, día y medio como mucho. Se siente tan aturdida que le da la sensación de llevar ahí más de un año.

—¿También llevas esposas?

—Sí. Me las pone cada vez que entra. Bueno, me las tuve que poner yo.

—¿Por qué?

—Tendrá miedo de que podamos atacarlo si se acerca demasiado… no sé.

La llave vuelve a a entrar en la cerradura. El sonido es inconfundible.

—Vuelve a entrar, Ceci —suelta Sandra.

—Has de estar tranquila. Haz todo lo que te pida y no te hará daño.

El hombre de la máscara entra en la sala, lleva una bandeja en la mano con un vaso de agua y un sándwich. Se acerca a la joven y la deja cerca de la cama, dos metros separada de ella.

—Come —le ordena él.

—No tengo hambre.

—Deberías comer. Te esperan muchos días por delante… hazme caso.

Su voz es siniestra. Parece controlar cada una de sus palabras concienzudamente. Da la sensación de tenerlo todo planeado a milímetro, y así es.

—En un rato volveré y me llevaré la bandeja. Será mejor que comas.

—¡Sácame de aquí! —grita la chica—. ¿Por qué haces esto?

—Cómete el sándwich y bebe agua. —El hombre de la máscara de tela sale de la sala y vuelve a cerrar con llave.

Sandra observa la bandeja. El vaso de cristal contiene agua, eso dice su secuestrador, y al menos lo parece. Piensa que quizá quiera envenenarla y matarla. Prefiere arriesgarse, tiene sed, muchísima. Se bebe el agua de un trago y la saborea. Abre el sándwich y ve que lleva una loncha de jamón dulce y otra de queso. Eso sí, el pan está seco.

—Sandra —la llama Cecilia.

—Dime.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha traído una bandeja con un vaso de agua y un sándwich.

—¿Te has bebido el agua?

—Sí. Tenía muchísima sed —le responde—. Jamás había tenido la boca tan seca.

—Túmbate en el colchón, Sandra.

—¿Por qué?

—Te vas a desmayar. Te ha hecho lo mismo que me hizo a mí. En el agua ha puesto un somnífero bastante fuerte.

—¡¿Qué?! ¿Por qué no me avisaste que podía hacerme eso, Ceci?

—Porque si no te hubieras bebido el agua sería mucho peor para ti. Él te haría daño, mucho daño. Es mejor que estés dormida, créeme.

Sandra Vega se siente mareada. Comienza a tener sueño y nota que sus extremidades se están durmiendo lentamente. Coge el vaso y pasa un dedo por el interior. Se le queda impregnado un polvo blanco. Cecilia tiene razón, su secuestrador la quiere dormida. Sus ojos le

pesan, los párpados caen. Se siente débil. Es entonces cuando cae dormida sobre el colchón.

CAPÍTULO 7

El subinspector Pedro Sierra no ha encontrado ni un solo negocio con cámaras de seguridad que les pueda ser útil para encontrar alguna prueba, y ha quedado con Amaia en el bar del Luque para hablar sobre el caso.

—Te veo allí, me apetece un chupito de Bourbon —le ha dicho ella un rato antes.

El bar del Luque está como siempre: prácticamente vacío, y un olor a fritanga rancia impregna el lugar. El sonido de las tragaperras y las monedas cayendo es lo que más se oye en el establecimiento. Al final de la barra está Marcial, un hombre de mediana edad que según ha dicho en varias ocasiones lo ha perdido todo por culpa del juego, y mira de reojo al gitano que hay jugando en la máquina.

—¡Luque! Ponme un chupito de Stillbrook y un café —le pide la inspectora—, y una copa de whisky para Pedro, estará a punto de llegar.

A los pocos minutos entra por la puerta el subinspector. Saluda a Luque y se sienta en la mesa con Amaia.

—Gracias por pedirme el whisky, jefa. ¿Quieres? —Pedro saca un paquete de tabaco y le ofrece un cigarrillo a Amaia, que acepta uno encantada.

—Te vi con la Petaca en el piso del muerto —suelta ella.

—Joder, Amaia. ¿Ahora eres mi madre o qué?

—No, ni lo soy ni quiero serlo. Pero cuando estamos con un caso en el piso de un cadáver, no quiero que bebas. Ten respeto por los

muertos, joder. ¡Luque! Sírvele una copa al Marcial, esa se la pago yo Le veo la boca seca desde aquí.

—Lo siento, jefa. No volverá a ocurrir —suelta Sierra.

—No mientas, Pedro. Por cierto, ¿y la Juanita?

—Yo que sé… en su casa estará.

—¿Cómo te va la relación con ella?

—Joder, Amaia. La Juanita y yo no tenemos nada. Solo follamos ya está. ¿Y tú, qué? ¿No tienes nada que decirme?

—¿De qué cojones hablas, Pedro?

—Últimamente estás mucho enviando mensajes, y llegas tarde Eso no es habitual en ti, jefa. Y… ¿te crees que no he visto e chupetón?

Amaia se lleva la mano instintivamente al cuello. Creía que había tapado bien la marca que Rocío le dejó la otra noche, pero el avispado de Pedro la ha visto. Ha sido descuidada y sabe que no puede volver a ocurrir.

—Eso no te importa, compañero —zanja ella—. Son asuntos míos

—Bueno, eso es verdad. Pero me alegro de que folles con alguien, tienes mejor cara. ¿Quién es el afortunado?

—Tu padre —suelta en tono chulesco.

Pedro comienza a reír a carcajadas, alza la copa de whisky y hace un brindis por ello.

—Bueno —añade la inspectora—. ¿Has encontrado algún negocio con cámaras enfocando hacia el portal de Julián Herrero.

—No, ni uno solo.

—Joder. No tenemos nada. Espero que Espinosa encuentre algo.

—¿Y el chaval ese que salió huyendo?

—Tenemos todavía que hablar con él. Está estable, pero el golpe del coche al atropellarlo ha sido fuerte.

Osorio y Contreras entran en el bar. Se piden cada uno un botellín y se sientan con sus compañeros.

—¿Algo nuevo? —les pregunta Amaia.

—Por lo poco que sé ni una puta huella en la sierra —explica Martín—. Me lo acaba de decir Espinosa.

—¿Y el chico atropellado?

—Mañana ya podremos hablar con él, eso dice el médico.

—Ya hemos averiguado quién es —confiesa Rocío.

—¿Quién es? —quiere saber la inspectora.

—Se llama Agustín Díaz, diecinueve años. Ni trabaja ni estudia.

—Joder —salta Pedro—. Menuda pieza. ¿Los padres han dicho algo?

—Estaban comprando en ese momento y habían quedado después para comer con unos amigos —explica la agente Contreras—. Se han quedado hechos una mierda.

—Normal —suelta Amaia mientras levanta la mano en dirección a Luque pidiendo una nueva copa de Bourbon.

—Oye, jefa —dice Martín—, por ahí se dice que Mendoza te ha encargado un asunto un tanto especial, ¿no?

—Veo que las noticias vuelan, Osorio. Pues sí… un caso en Segovia.

—¿Y el del muerto sin cerebro? —le pregunta el subinspector Sierra.

—También…

—Joder, no vas a dar a basto con todo, jefa, ¿no hay nadie en Segovia o qué? ¿Nos ocupamos ahora de toda España?

—Allí hay gente, Pedro. Pero es un caso personal de un amigo del comisario… me ha pedido el favor. Es sobre una niña desaparecida hace años —explica mientras Luque le sirve la copa.

El teléfono móvil de la inspectora comienza a sonar. Todos escuchan el villancico como tono de llamada.

—Joder, Amaia —salta Martín—. ¿Todo el puto año te vas a tira con el villancico ese?

—No me marees el coño, anda —dice y descuelga—. Dime Espinosa.

—…

—Vale, ¿qué más?

—…

—Bien, vamos para allá. —Cuando la inspectora cuelga la llamada se bebe el Bourbon de un trago y le dice a su equipo—: Vamos para e anatómico, Espinosa ha encontrado algo interesante.

CAPÍTULO 8

Raúl, el novio de Sandra Vega, no ha llamado a la policía. Jamás se podría llegar a imaginar que alguien pudiera llegar a entrar en su casa y llevársela por la fuerza. Piensa que eso solo ocurre en las películas. Cuando llama al timbre de la casa de la urbanización nadie le abre. Rodea el domicilio e intenta observar por las ventanas, pero lo único que ve es el recibidor, la cocina y parte del comedor. Todo parece estar en orden. Ahora sí decide dar la alerta.

—Policía, dígame —le dice una voz al otro lado del teléfono.

—Hola, verá… estoy en la urbanización La Rinconada, me llamo Raúl Cuadras y creo que a mi novia le ha ocurrido algo —explica.

—¿Por qué cree eso, señor?

—Estaba hablando con ella por teléfono y de repente la llamada se cortó, fue un poco extraño. Estoy en el exterior de la casa pero ella no está. Al menos no la veo desde aquí.

—Cálmese, señor Cuadras. Deme la dirección de la casa y mandaremos una patrulla para allí, pero tenga en cuenta que quizá tarden un poco. Si al final la localiza comuníquenoslo.

Raúl facilita la dirección del domicilio de Sandra y le piden sus datos. Al colgar la llamada un hombre que lleva un caniche atado a una correa de color rosa le dice:

—¿Buscas a Sandra?

—Sí… soy su novio. ¿Sabe dónde está? Estoy llamando a la puerta pero no me abre.

—Ni idea. Buena chica tu novia, sí, y muy simpática. Hace poco ha estado por aquí un taxi que venía a buscarla, ha esperado diez minutos y se ha ido. La verdad es que no sabría decirte nada más.

Raúl cae en la cuenta de que ella le dijo que vendría un taxi a recogerla para llevarla al estudio. Por momentos se estremece, piensa que algo grave le puede haber ocurrido.

—¿Y seguro que no la ha visto? —quiere saber el chico.

—No.

Raúl camina por la acera y no le queda otra que esperar a la policía. Es entonces cuando se percata que, junto a la valla de entrada hay unas plantas aplastadas, como si alguien hubiera puesto los pies allí. Sabe que eso no puede estar así, la urbanización tiene contratado a un servicio de jardinería que se encarga de esos arreglos.

—¿Dónde cojones te has metido, Sandra? —susurra él.

Cuando estás hablando por teléfono con alguien, jamás puede uno llegar a imaginar que quizá sea la última vez que oigas la voz de esa persona al otro lado de la línea. A Raúl le estaba ocurriendo eso ahora mismo. «¿Y si no vuelvo a verte?» Se preguntó así mismo. Podría llegar a volver a verla, la duda era si sería viva o dentro de un ataúd.

CAPÍTULO 9

Amaia Garmendia y su equipo han llegado al anatómico forense Espinosa y Molero, también del anatómico, los están esperando junto al cadáver de Julián Herrero.

—Bonito caso para comenzar el año, eh, Espinosa —le comenta Pedro.

—Sí, aquí tenemos tela marinera, compañero.

Molero sonríe ante la conversación.

—¿Qué tienes, Espinosa? —indaga Amaia.

—Bueno… como sabéis el asesino ha cortado por la mitad a la víctima, después le cortó la cabeza…

—Con dos cojones —suelta Martín.

—…y después, como ya sabéis, le quitó el cerebro. Las marcas de las manos y los pies indican que lo ataron. La puerta no estaba forzada, así que, o bien Julián conocía a su asesino, o entraron después de llamar al timbre.

—O quizá sea un lince abriendo cerraduras, ¿no? —propone Rocío.

—También —dice Molero—, pero no encaja. Hay demasiada brutalidad en este crimen, no veo yo al responsable forzando una puerta con tanta pulcritud. Bueno, ¿os soy sincero? Tal y como está el mundo hoy en día… joder, cualquier cosa es posible.

—¿Por qué se habrá llevado el cerebro? —pregunta la inspectora mientras observa detenidamente la cabeza hueca de la víctima.

—No lo sabemos —le responde Espinosa—. ¿Un trofeo? Ni idea Amaia. Ojalá pudiera responderte a eso. ¿Habéis hablado con la asistenta y el chaval que salió huyendo?

—No. ¿Qué más tienes? Sé que te gusta dejar lo bueno para e final, Espinosa.

—Veo que me conoces bien. Julián Herrero tenía marcas en los brazos, se encontró en su domicilio jeringuillas y un producto blanquecino, ¿recuerdas? Pues bien, la víctima padecía hemofilia.

—¿El qué? —añade Pedro, sorprendido.

—Hemofilia. Es un trastorno genético, muchas veces hereditario en el que la sangre no coagula correctamente debido a la deficiencia de las proteínas conocidas como factores de coagulación. Puede provocar sangrados excesivos o espontáneos, especialmente en articulaciones y músculos. Las jeringuillas y el producto que hemos analizado son concentrados de coagulación. Lo hemos comprobado y lo tenía recetado por su médico. Aparentemente no tiene nada que ve con su asesinato, pero me parece algo relevante.

—Gracias, Espinosa. Rocío, tira para comisaría y busca todo lo relacionado con la Hemofilia e introduce datos en el sistema sobre crímenes de este tipo —ordena Amaia—. Pedro, tú y Martín os venís conmigo al hospital, no salimos de ahí hasta no hablar con el niñato y la asistenta del sin cerebro.

El hospital La Paz se encuentra en el Paseo de la Castellana. Abrió sus puertas en julio de 1964 y la inspectora Garmendia solo ha estado dos veces allí. Una fue por un caso, y la otra acompañó a su madre a una visita rutinaria, pero aquello ya es historia.

María Lourdes Asensio, la asistenta que acude dos días por semana a casa de Julián Herrero, está en observación a causa de shock ocasionado por encontrarse al muerto en esas condiciones. Se encuentra algo mejor, según han dicho los médicos, pero la crisis de ansiedad le ha dado fuerte. Es Amaia la que entra a verla.

—¿Cómo se encuentra, María Lourdes?

—No tengo… pala… —se le traba la lengua al hablar—, perdón.. palabras. No puedo creer que haya ocurrido esto.

—Imagino que ha sido terrible encontrarse al señor Herrero en esas condiciones, pero, es importante que me diga cualquier cosa que pueda llevar al responsable de eso.

—Pero, ¿qué le puedo decir? Si Julián era un sol de hombre, una bellísima persona.

—Por lo que hemos visto en su ficha, él trabajaba en una empresa de fruta, ¿no?

—Sí, es el responsable de administración… era. Trabajaba muchos fines de semana, y hay días que tenía fiesta, por eso hoy estaba en casa… pero, Dios mío, ¿cómo puede alguien haberle hecho algo así a pobre Julián? Menos mal que al menos no tenía ni mujer ni hijos.. menos tendrán que llorarle.

La mujer comienza a llorar y su respiración es acelerada demasiado quizá.

—Me duele muchísimo el pecho —dice.

—No se preocupe, ¿quiere que llame al médico?

—No, no. Hace horas estaba peor, me vienen estos ataques por lo ocurrido, pero se me pasa rápido. Es por el shock.

—¿Conoce a un chico llamado Agustín Díaz que vive en la cuarta planta del bloque de Julián?

—Pues… no lo sé, quizá lo haya visto alguna vez, pero nada más Yo entro y salgo del piso de Julián y no hablo con nadie.

—Por último, María Lourdes, ¿algo raro que notase de Julián las últimas semanas? ¿Sabe si alguien le amenazaba?

—No. Estaba como siempre. Nada raro. Y jamás noté amenazas por parte de alguien… Julián era muy buena persona.

—Gracias. Si recuerda cualquier cosa, por absurda que parezca llámenos. —Le deja una tarjeta.

Amaia sale de la habitación sin ninguna información que le pueda ayudar para encontrar al responsable de ese macabro crimen. Su teléfono comienza a sonar, tan fuerte es la melodía que los enfermeros y médicos del pasillo se giran para mirar.

—Dime, Martín.

—Vente a la quinta, ya podemos hablar con el chaval. Habitación 511.

Cuando Amaia entra en el ascensor se mira en el espejo. Su rostro demacrado por el estrés del día de hoy comienza a notarse. Se pregunta cuánto tiempo les llevará resolver este caso. No tiene respuesta para eso, lo único que desea es que dure el menor tiempo posible.

Mientras llega a la quinta planta le viene a la cabeza el caso que el comisario Mendoza le ha encomendado: Una niña desaparecida en Segovia hace cuatro años. Se trata de Noelia Crespo de siete años, si continúa viva tendrá once. Sabe que lo primero que ha de hacer es hablar con Santiago Ríos, el comisario que llevaba el caso. Cuando interrogue al chaval que salió corriendo se ocupará de ello.

Al llegar a la quinta planta sale del ascensor y camina por el pasillo hacia la habitación. El subinspector Osorio le dijo que Agustín Díaz había mencionado a un tal Hans, lo primero es preguntarle sobre él. Pero es en ese momento cuando recibe una nueva llamada a su móvil. Sonríe al ver quién es, sin mostrar a su equipo demasiada efusividad.

—Hola, Rocío.

—Tengo información importante, Amaia. He metido datos en el sistema y consta que hace siete años hubo un crimen muy parecido. La única diferencia es que no se llevaron el cerebro. La víctima era un hombre de cuarenta y seis años, lo cortaron por la mitad con una sierra, exactamente igual que a Julián, hasta le cortaron la cabeza. Pero, hay un problema.

—¿Cuál?

—Que no creo que haya sido el mismo. El que lo hizo está preso en la cárcel de Valdemoro.

CAPÍTULO 10

Agustín Díaz está tumbado en la cama. Los brazos en cruz y los ojos medio entornados.

—¿Por qué saliste corriendo, chaval? —le interroga Amaia.

—Me asusté —responde, tembloroso.

—¡Y una mierda, chaval! —salta Martín—. Tú sabes algo que no nos quieres decir…

—Tranquilo, Osorio —añade la inspectora, intentando tranquilizarlo—. Bien, Agustín, presta atención… hay un hombre muerto en la comunidad en la que vives, Julián Herrero, ¿lo conocías?

Silencio.

—Responde, joder. Te he hecho una pregunta, ¿quieres irte detenido a comisaría o qué? ¿Sabes que les hacen a los chavales como tú en la cárcel?

—Allí serás un caramelito —suelta Martín intentando convencerlo para que hable.

—Sí —responde al fin—. Algo sí lo conocía, pero no mucho. De vista prácticamente.

—¿Quién es Hans? Soltaste ese nombre a mi compañero cuando te atropellaron.

—No lo sé. Sería por el golpe, no conozco a ningún Hans.

Pedro Sierra, Martín Osorio y Amaia se miran. No les hace falta decirse nada, saben que el chico está mintiendo.

—Mira, chaval —acaba diciendo la inspectora casi perdiendo ya la paciencia—, más vale que comiences a hablar de una puta vez

¿entiendes? Esto no es ningún juego…

—No digas nada, Agustín —les interrumpe una voz.

Un hombre y una mujer han entrado en la habitación. Al equipo de Amaia ni a ella misma les hace falta preguntar quienes son. El hombre, que es el que ha hablado, tiene la misma cara que el chico.

—Imagino que son los padres de Agustín, ¿verdad? —les dice la inspectora.

—Sí —responde el hombre—. Mi hijo no ha hecho nada, no tiene por qué estar siendo interrogado…

—Disculpe, caballero —le interrumpe Martín mientras observa el reluciente reloj del padre—, nosotros no estamos interrogando a su hijo, solo le estamos haciendo unas preguntas rutinarias…

—Para mí viene a ser lo mismo, agente. Salgan de la habitación si quieren hablar con Agustín será en presencia de un abogado.

—Su hijo ha salido corriendo cuando hemos querido hablar con él —le confiesa Amaia—. Para nosotros es más que suficiente para hacerle unas preguntas. ¿Acaso no quieren esclarecer el crimen ocurrido en su comunidad?

Ahora es la madre del chico la que, en un tono brusco, decide hablar.

—No me extraña que salga corriendo mi niño, mírense. El de ahí parece un matón —refiriéndose a Martín—, no comprendo como puede ser policía alguien así…

—Oiga, señora, sin faltar, eh. —A Osorio le ha molestado ese último comentario. Está claro que esa mujer no sabe lo buen policía que es.

—Bien, vámonos de aquí —les dice Amaia a Pedro y Martín—. Y escúchenme ustedes, llamen a un abogado. Tenemos que interrogar a Agustín. Si no lo hacen nos presentaremos con una orden.

Los padres se acercan a su hijo mientras echan una última mirada a los agentes cuando salen por la puerta. A la madre le hubiera

encantado hacer un corte de mangas, pero se ha contenido. Se acercan a la cama y se miran los tres.

—¿Les has dicho algo, Agustín? —le pregunta el padre.

—No, papá —le responde.

—Bien. Llamaremos a un abogado, de momento mantendremos la boca callada. Más vale que no se enteren de lo que hemos hecho.

—¿Qué crees que puede pasar si averiguan algo? —quiere saber la mujer.

—Pues… no sé, no quiero ni imaginármelo, Sonsoles.

CAPÍTULO 11

Sandra Vega abre los ojos. Se da cuenta de que ya no tiene las esposas. Se siente aturdida y muy mareada, todo a su alrededor da vueltas. Se lleva las manos a la cabeza e intenta recordar el último recuerdo. Viene rápido, sabe que el hombre le ha echado un somnífero en el agua, su compañera de celda también se lo ha confirmado. Frunce el ceño, le duele abajo, en la entrepierna. Se lleva la mano a su sexo y palpa. Siente una mezcla de dolor y escozor. Al sacar la mano observa algo blanquecino y lo huele, es semen. La joven pierde el control y comienza a gritar desgarradoramente. Es tal su impotencia que siente que todo su mundo acaba de venirse abajo.

—¡Sandra! —le llama Cecilia— ¡Sandra!

La joven continúa gritando, como si delante de ella hubiera un asesino en serie con una motosierra a punto de querer destriparla.

—¡Sandra! —vuelve a gritar Ceci—. ¡Acércate, por favor! ¿Me oyes?

Cuando Sandra termina de asimilar que ha sido violada gateando, se acerca al respiradero de la pared para hablar con Cecilia.

—Estoy aquí, Ceci. Me ha violado, joder, ese hijo de puta me ha violado. Tengo semen abajo, se ha corrido dentro.

—Lo sé. He oído antes los gemidos… lo siento, de verdad. Lo siento mucho, hizo lo mismo conmigo.

—¿Por qué? No entiendo nada, Ceci… ¿por qué nos hace esto?

—Te lo dije antes, nos quiere dejar embarazadas.

—¿Por que?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Ayer él me hizo una prueba de embarazo con un *Predictor…* todavía no lo estoy.

—¿Qué quiere decir eso? —quiere saber Sandra, nerviosa— ¿Seguirá violándote?

—Sí. Lo ha hecho varias veces.

—¿Y si no te quedas embarazada qué hará?

—No lo sé. Quizá llegue un día que ya no le sirva para nada Intento no pensar en eso.

Ninguna de las dos quiere mencionar la palabra muerte. Todavía no conocen los motivos de su secuestrador, el de la máscara.

—¿Cómo podemos salir de aquí? —pregunta Sandra.

—No podemos. Esa puerta es demasiado robusta, y con las esposas poco podemos hacer.

—¿Sabes si hay alguien más en este lugar?

—No lo sé, no estoy segura. Solo he hablado contigo desde que estoy aquí…

El estremecedor sonido de la puerta abriéndose corta a Cecilia. Se queda en silencio y se apoya contra la pared. Su secuestrador vuelve a entrar, pero, hay algo que no cuadra.

—Ceci, ¿estás bien?

—Ha entrado. Pero… hay algo que no encaja, Sandra.

—¿Qué ocurre? ¿Te va a volver a violar?

—No… tiene un cuchillo… pero este…

Sandra Vega comienza a oír los gritos de Cecilia. De los gritos pasan a ser unos sonidos parecidos a los que emite un cerdo cuando lo están despellejando. Es ella la que grita, pero le están haciendo daño demasiado. El cuchillo ha perforado su estómago, y el atacante ha continuado acuchillándola sin parar por todo el cuerpo y le ha rajado el cuello.

—¡Ceciliaaaa! —grita Sandra—. ¡Déjala, hijo de puta!

Silencio.

La joven prosigue llamando a su compañera de encierro, pero no le responde. Ese silencio que hay ahora es aterrador. Se le eriza la piel. No quiere pensar que Ceci pueda estar muerta, no, ni siquiera se lo quiere llegar a imaginar. Aunque suene egoísta, no quiere quedarse sola ahí dentro. Es en ese momento en el que tiene claro que ha de salir de ahí, sea como sea. No sabe cómo lo hará, pero ha de hacerlo. Es consciente que si no lo hace, quizá acabe muriendo en ese asqueroso agujero. Y no se le ocurre peor forma de morir en ese preciso momento.

CAPÍTULO 12

El Centro Penitenciario Madrid III, también conocido como cárce de Valdemoro, se construyó en 1992 y está en la carretera que une Pinto con San Martín de la Vega. Tiene menos de mil celdas y, dado a su reciente construcción, todavía se percibe el olor a nuevo mezclándose con el after shave de los presos.

Felipe Carrera, que entró en Valdemoro en el noventa y cuatro cumple treinta años de prisión por el asesinato de un hombre en Aranjuez, en Madrid. Secuestró a su víctima, el varón de cuarenta y seis años salió de su trabajo sobre las nueve de la noche y no volvió a casa. Felipe lo tuvo encerrado durante dos semanas en una casa abandonada a las afueras de la ciudad. Lo sometió a diferentes tipos de tortura y al final, lo cortó por la mitad con una sierra y también lo dejó sin cabeza.

—¿Crees que puede tener alguna relación con el asesinato de Julián Herrero? —pregunta la agente Rocío Contreras—. Quizá ese cerdo ha convencido a alguien de fuera para que mate como hizo él.

—Ni idea —le responde Amaia—. Lo averiguaremos.

Pasan el control de la entrada después de enseñar sus placas y acceden a las oficinas. Pero, la visita a Felipe Carrera no será, quizá como esperan.

—¿A quién ha dicho que vienen a ver? —les pregunta el funcionario.

—A Felipe Carrera Méndez —le indica la inspectora.

El hombre, que no debe de tener más de cuarenta años, teclea en el ordenador durante varios segundos sin decir ni una sola palabra

Se le nota nervioso.

—Esperen un momento —añade—, he de llamar al alcaide.

Hace una llamada por el teléfono, es corta y directa.

—Señor Menza, está aquí una inspectora de policía y pregunta por Felipe Carrera, ¿qué les digo?

—…

—De acuerdo, señor. —El funcionario cuelga el teléfono—. El director vendrá ahora, quiere hablar con ustedes.

—De acuerdo, gracias. —Amaia sale al exterior con la agente Contreras y se enciende un cigarrillo.

—¿Qué crees que ocurre? —indaga la agente.

—Ni idea. Por cierto, esta noche… ¿algo especial?

—¿Habías pensado en algo?

—Pues no sé… cumplimos otro mes más juntas, algo habrá que hacer, ¿no crees?

—Sí, algo haremos, podríamos…

La conversación es interrumpida por el alcaide de la prisión. Es un hombre alto y fuerte, viste en traje gris y una corbata azulada sobre una camisa de color blanca perfectamente planchada.

—Hola, agentes —les dice a las dos—. ¿Pueden venir a mi despacho, por favor?

Los tres cruzan la zona del patio por el exterior y suben unas escaleras hacia uno de los despachos, entran en el del fondo y el señor Menza las invita a sentarse en las sillas frente a su mesa.

—Han venido a ver a Felipe Carrera, ¿correcto?

—Así es, alcaide —le afirma Amaia—. Creemos que puede estar relacionado con un crimen ocurrido, al menos su *modus operandi*.

—Verán… he querido hablar con ustedes porque… este preso está en aislamiento por asesinar a otro preso.

—¿Y? —suelta la inspectora—. Sáquelo de ahí, queremos habla con él… no entiendo a que viene tanto misterio con el funcionario de la entrada.

—Bueno —prosigue el alcaide—, lo cierto es que lleva en aislamiento algo más de una semana.

—¿Eso cuántos días son exactamente, alcaide?

—Doce —confirma.

—Sabe que eso está prohibido, ¿verdad?

—Por eso mismo están hablando ahora conmigo. Sé que es irregular que un preso pase tantos días en aislamiento, pero Felipe Carrera es un preso muy peligroso, créanme.

—¿Cómo mató al preso? —indaga Rocío.

—Se fabricó un pincho y le rajó el cuello. Lo pillaron en el patio jugando con su lengua, se la arrancó. La lanzaba al aire como si fuera una pelota de tenis.

—Tenemos que hablar con él, alcaide, sáquelo del agujero donde lo tenga metido.

Lo llaman el *agujero*, una celda de tres metros cuadrados en los sótanos de la prisión. Sin lavabo, sin agua y prácticamente sin respiración ni luz. Cuando dos funcionarios abren la puerta, el olor a orina y a heces se posa en sus fosas nasales al instante.

—¡Joder! —añade uno—. ¡Qué puto asco, hostia!

—Espabila, Felipe, tienes visita… hoy debe ser tu día de suerte.

El preso está débil. Le cuesta mover los músculos para andar pero, aún así, escupe a la cara a uno de los funcionarios.

—Me cago en tu puta madre. —El funcionario le mete un rodillazo en las costillas y lo estampa contra la pared—. Como vuelvas a hacer una mierda como esa te meto la porra por el culo y te la saco por la boca, ¿te ha quedado claro, pedazo de mierda?

Amaia y la agente Contreras están sentadas en una sala de visitas, esperando a que traigan a Felipe.

—¿Qué le ocurre a Pedro? —pregunta Rocío.

—¿Por qué lo dices?

—Joder, Amaia, está todo el puto día bebiendo… ¿qué tiene en la cabeza?

—Por Pedro no te preocupes, yo me ocupo de él. Es un buen poli y eso es lo que cuenta.

—Lo sé, pero…

La conversación es interrumpida por los dos funcionarios que abren la puerta de la sala, con ellos entra Felipe Carrera, esposado de pies y manos. Lo hacen sentar en una de las sillas alrededor de la mesa.

—Menuda sorpresa, dos putitas para mí… teníais razón, chicos hoy es mi día de suerte.

—Pueden salir —les dice Amaia—, nosotras nos ocupamos.

—Bien, inspectora, avisen al terminar.

En la sala podría llegar a cortarse la tensión con unas tijeras. Los tres se miran pero ninguno dice nada. Aunque es Felipe el primero en saltar.

—Bueno, ¿cuál de las dos me la va a chupar primero?

Amaia le sonríe.

—¿Te crees muy gracioso, Felipe?

—Algo sí, no puede negarlo, ¿verdad?

—Veamos si acierto —indica Amaia—: Seguramente de pequeño sufriste malos tratos por parte de tu padre, fuiste un niño reprimido que tenía que ver como su familia se desmoronaba por culpa de sus borracheras… sentías celos de otros niños, los veías felices con sus familias y tú siempre has añorado eso. Te encerrabas solo en tu habitación soñando con poder salir de aquella casa que tanto odiabas… y ahora, mírate, estás en esta cárcel pudriéndote, y cuando salgas de

aquí serás un viejo al que todos odiarán. ¿Cuántas veces te pajeas solo en tu celda? ¿Cuántas pajas pensando en todas aquellas chicas que no te hicieron caso? ¿Cuántas…

—¡Basta, joder! —salta Felipe, furioso—. ¿Qué coño queréis de mí?

—Esto es España, Felipe, aquí no hay dos crímenes iguales por casualidades de la vida, y tú cometiste uno que ni en un millón de años se repetiría… cortaste a un tío por la mitad con una sierra y le cortaste la cabeza —le explica la inspectora—. Quiero saberlo todo ¿entiendes?… Hay alguien por ahí que parece tenerte mucho cariño.

CAPÍTULO 13

Felipe Carrera se toca las muñecas, parece que los grilletes le aprietan.

—¿Me invitan a un cigarrillo? Usted tiene cara de fumadora inspectora.

Amaia saca su paquete de Marlboro, le da un pitillo al preso y se lo enciende.

—¿Qué quieren saber del crimen que cometí?

—Ha aparecido un hombre muerto. Lo han cortado por la mitad con una sierra, le han cortado la cabeza y se han llevado su cerebro.

—Yo no me llevé el cerebro de nadie.

—Lo sabemos, pero, ¿con una sierra? Joder, hay que tener mucha sangre fría para cortar un cuerpo por la mitad, Felipe, y además corta una cabeza.

—Me alivió.

—¿De qué?

—Del mal que llevo dentro, matar me relaja.

La expresión de la agente Contreras cambia. Si la dejasen sola con ese tío seguro que le daría una buena paliza.

—Al margen de tus motivos… ¿quién crees que puede haber hecho eso? —inquiere Amaia.

—No tengo ni puta idea, inspectora, quizá haya un imitador por ahí, ¿no cree?

—No eres tan famoso, Felipe. Yo no lo creo. Estoy segura que sabes algo que no nos quieres decir.

—Solo sé que no sé nada, como dijo Aristóteles.

—Fue Sócrates —le corrige Rocío.

—Lo ven, yo no sé nada —acaba diciendo.

Amaia y la agente Contreras salen de prisión sin habe conseguido nada en claro con la conversación de Felipe Carrera. La inspectora ha pedido una orden para que les hagan llegar los registros de llamadas y las visitas recibidas por el preso en los últimos meses Pero eso tardará, siempre y cuando un juez lo autorice.

—Te dejo en comisaria, busca toda información posible de ese cerdo, Rocío —ordena Amaia.

—¿Qué harás tú?

—Me voy para Segovia. He de comenzar con el caso de la niña desaparecida esa.

—Ten mucho cuidado.

Amaia ha tardado una hora y catorce minutos en llegar al centro de Segovia. Ha dejado estacionado el vehículo cerca de un bar en e que se ha tomado un café. Mientras se fumaba un cigarrillo ha pensado en su equipo, en las tareas que les ha asignado a cada uno de ellos mientras ella estaría ausente. Santiago Ríos, el comisario retirado que ha pedido ayuda a Mendoza, vive en pleno centro, a dos minutos del ayuntamiento, en la calle Isabel la Católica, y a unos ocho minutos caminando del Acueducto. El bloque en el que vive está cerca de un estanco, por eso Amaia aprovecha y se compra un paquete de Marlboro. La puerta del portal está abierta, por eso abre y sube por la escaleras. Santiago vive en la primera planta, en la puerta B. La inspectora llama al timbre.

—¿Es usted Santiago Ríos? —pregunta cuando un hombre en bata abre la puerta.

—¿Quién es usted? —quiere saber él.

—Soy la inspectora Amaia Garmendia. —Le enseña la placa—. Me envía el comisario Mendoza.

—Faustino nunca me dijo que vendría una mujer.

—¿Algún problema?

—Ninguno. —Santiago abre la puerta y le hace un gesto a la inspectora para que pueda entrar—. Quítese la cazadora y siéntese por favor.

—Gracias.

El piso es pequeño y acogedor. Cuando entras por la puerta ya estás en el salón, con sofás de piel y muebles de madera robusta. Huele a limpio. Encima de una repisa hay varias fotografías y condecoraciones.

—¿Quién le dijo Mendoza que vendría?

—Nadie en concreto. Solo comentó que enviaría a una persona de su confianza. Pero…

—Usted pensó que vendría un hombre, ¿no es así?

—Exacto. Discúlpeme, inspectora…

—No se preocupe. Explíqueme todo lo que tenga que saber, tengo mucho trabajo.

—Sí, por supuesto.

La conversación es interrumpida por una mujer que entra en el piso. Está demacrada y lleva un pañuelo en la cabeza.

—Hola, cielo —añade Santiago—. Es la inspectora Garmendia, la envía el comisario Mendoza.

Las dos se saludan con un apretón de manos.

—¿Cómo ha ido la quimioterapia? —quiere saber el hombre.

—Como siempre… eso no cambia. Bueno, os dejaré solos.

La mujer camina y se pierde por un pasillo que conduce a las habitaciones.

—Discúlpela, inspectora, últimamente mi esposa no se encuentra demasiado bien. Intento que esté animada, pero le está resultando muy difícil.

—Lo siento mucho.

—Gracias, pero no se preocupe. Estoy seguro de que saldrá de esta. Bueno… no quiero hacerle perder más tiempo. Verá, la pobre Noelia Crespo lleva ya cuatro años desaparecida, como imagino le habrá adelantado el comisario. Se la llevó alguien mientras jugaba en un parque, muy cerca de donde ella vivía. Conocí a sus padres hace ya muchos años, cuando ella tenía solo unos meses de edad. Tuvieron un accidente de coche, y fui yo el que paró a socorrerles. Un hijo de puta se saltó un stop y se los llevó por delante… a partir de ese día nos hicimos bastante amigos, yo, mi esposa y ellos. Jaime y Margarita se convirtieron en íntimos, y hemos visto como su pequeña Noelia ha ido creciendo. Pero hace cuatro años todo cambió.

—¿Qué ocurrió? Necesito que me lo cuente todo, Santiago.

—Hubo un día en el que mi coche se estropeó, lo dejé en el taller durante una semana, le digo eso porque todo tiene relación, ya lo verá. Durante esos días en los que yo no tuve mi coche, Noelia se quedó a dormir con nosotros. Sus padres tuvieron que viajar al sur por la muerte de un familiar y cogí el vehículo de mi mujer para llevar a Noelia durante esos días. Cuando el martes de esa semana la recogí del colegio, vi una furgoneta blanca aparcada muy cerca, una Mercedes Benz. El copiloto estaba haciendo fotografías hacia la puerta del colegio justo en el momento en el que Noelia salía. Ese vehículo me resultó curioso y muy familiar, era la misma marca y modelo que utilizábamos en comisaría para algunos operativos en los que los agentes iban camuflados. Los de esa furgoneta eran de mi comisaría.

—¿Era la misma matrícula?

—No, era otra. La habían cambiado. Pero la reconocí, tenía exactamente el mismo golpe en el faro derecho que la nuestra, solo habían cambiado las placas.

—Pero…

—Espere, inspectora, deje que continúe —interrumpe—. Verá, en ese momento no le di importancia ya que la niña entró en el coche después de salir del colegio, y la verdad es que a las horas se me olvidó, pero al día siguiente volví a ver la misma furgoneta estacionada en el mismo lugar. Cuando llegué a comisaría hice dos comprobaciones: la primera era si existía algún tipo de operativo por la zona del colegio de Noelia, y la segunda fue averiguar dónde estaba la Mercedes en ese momento.

—¿Y bien?

—No había ningún operativo y la furgoneta no estaba en comisaría. Le he mencionado al principio que dejé mi coche en el taller y que cogí el de mi esposa, se lo he dicho porque si llego a recoger a Noelia con mi vehículo, estoy seguro de que esos policías me habrían reconocido. Al ir con otro ni se percataron de mi presencia.

—¿Sabía entonces quienes eran?

—Sí, como ya le he dicho eran dos agentes de mi comisaría. No de los de mi confianza, pero eran dos agentes de la unidad de narcóticos.

—Usted era el comisario, ¿por qué no fue hasta la furgoneta a indagar y hablar con ellos?

—¿Sinceramente? No lo sé, algo me olía muy mal y no quise levantar la liebre. Son muchos mis años de experiencia para saber cuando algo tiene muy mala pinta… Pero, el viernes, cuando ya habían vuelto los padres de la pequeña, alguien se la llevó de un parque. Una testigo afirmó haber visto una Mercedes Benz de color blanca con un golpe en el faro delantero. ¿Lo comprende ahora? Siguieron a Noelia durante una semana y la secuestraron.

Amaia está en silencio. Ha prestado atención a todos los detalles y ahora intenta asimilarlos.

—Espero haberlo entendido, Santiago, cree usted que unos policías de su comisaría utilizaron una furgoneta de operativos para secuestrar a una niña hace ya cuatro años?

—Sí, inspectora.

—Y nadie de su comisaría conocía nada de todo eso, ¿es así?

—Así es. Sé que era el mismo vehículo que utilizábamos, no hay ninguna duda y esos dos eran de narcóticos. Por eso no me fio de nadie. Hace poco me he jubilado, eso y la enfermedad de mi esposa me impiden cumplir la promesa que les hice a Jaime y Margarita, y yo jamás incumplo una promesa.

—¿Cuál?

—Que encontraría a su hija. Esa promesa me atormenta, y he de cumplirla, por eso necesito su ayuda. Ya hace mucho que dejé de dormir bien. Este maldito caso me mantiene en tensión todo el tiempo.

Santiago Ríos se levanta de la silla y camina hasta el mueble del salón. Abre un armario y saca una carpeta de color azul.

—Aquí tiene todo lo que hay del caso, inspectora. Puede leerlo con calma.

—¿Nunca habló con esos dos policías?

—Primero los investigué, pero a los dos días de desaparecer Noelia, escuche atentamente: aparecieron calcinados en un piso franco. Según parece se dijo que fue un ajuste de cuentas por temas de drogas, se decía que aprovechaban para vender mercancía incautada. Todo mentiras, nunca lo creí. Alguien se los cargó por lo de la niña… yo comencé a indagar y los quitaron de en medio. Estoy seguro.

—¿Quién más sabe de todo esto? —le pregunta Amaia.

—Usted, yo y el comisario Mendoza… y mi esposa, claro. Un agente de mi confianza fue el que estuvo investigando el caso de Noelia. Se llamaba Vicente Prado.

—¿Se llamaba?

—Lo encontraron en su piso con un tiro en la cabeza. Se había reventado la cabeza con una Llama M-82. Dijeron que se había suicidado… jamás lo creí. A partir de ese día decidí no involucrar a nadie más.

—Pues, acaba de involucrarme a mí, Santiago.

—Es usted mi última baza, según las palabras del comisario Mendoza, su persona de confianza podría resolver el caso… y esa es usted.

—Los milagros no existen, Santiago. Para eso hay que ir a Lourdes.

—¿Cree que podrá ayudarme a encontrar a la niña?

—Sí.

La afirmación de la inspectora resuena en todo el comedor, pero en ese momento todavía no es consciente *la vasca* de donde estaba a punto de entrar.

CAPÍTULO 14

Un hombre de unos cincuenta años con aspecto de yonqui ha forzado la puerta del portal y ha podido abrirla sin problema. Entra en el ascensor y pulsa el botón de la planta número cuatro, se mira en el espejo y abre la boca, observa sus dientes ennegrecidos y se toca el diente que se le mueve desde hace unos días.

—Joder, me cago en la puta —susurra—. Está a punto de caer…

El ascensor ha llegado a la cuarta planta, las puertas se abren y el tío sale con paso chulesco. Sabe que la mujer vive en la puerta D y que ahora no está en casa, la que sí está es su madre, que es la que le interesa. Una señora de ochenta y tres años que padece Alzheimer. El desconocido abre la puerta con una ganzúa, podría llamar al timbre pero según ha podido saber, la anciana está tumbada en la cama y no abriría nunca la puerta. Cuando entra en el piso camina por el pasillo con sigilo, no quiere alertar a ningún vecino. Al llegar a la habitación ve a la mujer tumbada, viste con un camisón blanco y está tapada con una manta de rodillas para abajo. El orinal que hay al lado está lleno de orina.

—Hola, Remedios —saluda.

La mujer lo mira, lo intenta reconocer pero no lo consigue. Su mirada está perdida. Quizá se pregunta dónde está su hija, o lo que es lo mismo, esa mujer que la viste y la cambia a diario.

—¿Eres mi hermano? —pregunta ella.

—No, Remedios, soy el ratoncito Pérez —le dice riendo acordándose del diente que se le mueve—. Ahora te vendrás conmigo ¿entendido? Te voy a llevar a un sitio que te va a gustar, mujer.

—La chica tiene que venir a darme de comer.

—¿La chica? Imagino que hablas de tu hija, ¿no? Pobre mujer, no sabes la que te espera. No te preocupes, al lugar al que vamos no necesitarás comer nada.

—No eres mi hermano, ni el ratón Pérez —afirma la mujer en un momento de lucidez.

—Claro que no, Remedios. Yo soy el demonio.

CAPÍTULO 15

Raúl, el novio de Sandra Vega, puede ver desde la entrada de la casa como dos de los agentes de la Policía Local bajan del coche patrulla y se dirigen hacia él.

—¿Es usted Raúl Cuadras? —le pregunta uno de ellos.

—Sí, soy yo.

—Bien, cuéntenos que ha ocurrido, señor.

—Estaba hablando con Sandra por teléfono, ella es mi novia, y de repente la llamada se cortó, fue muy extraño porque me pareció oír a alguien con ella… después ya no me respondió.

—¿Qué le hace pensar que puede haberle ocurrido algo? —le pregunta el otro, que es el más bajito.

—Debería de haber cogido un taxi para ir a trabajar, y no lo ha hecho, ella no es así —explica, alterado—. Ella no faltaría nunca a un trabajo. La puerta no está forzada, pero las plantas del jardín están chafadas, puede haber entrado alguien, o quizá alguien la vigilaba.

—¿Tiene llaves de su casa?

—No. —Al responder, pensó en que ojalá fuera así, si tuviera llaves no hubiera llamado siquiera a la policía.

—Verá, señor Cuadras, si no hay indicios de violencia no podemos entrar en el domicilio. Solo podemos echar un vistazo desde el exterior si existiera riesgo para la propietaria sí podríamos entrar, por lo contrario, no podremos proceder.

—¿En serio? —pregunta el joven, sorprendido—. ¿Y qué se supone que he de hacer? ¿Y si no aparece nunca?

—Tendrá que esperar veinticuatro horas y poner una denuncia ¿Algún familiar que pueda abrir el domicilio?

—No. Sus padres fallecieron —responde—. No tiene a nadie más.

—En ese caso, señor Cuadras, lo único que puede hacer es esperar. Seguro que ella está bien y no le ha ocurrido nada, nosotros echaremos un vistazo por el exterior y pasaremos parte… si mañana no sabe nada de ella venga a comisaría a interponer la denuncia.

Los dos agentes dan un rodeo por el exterior de la casa y no ven nada sospechoso. Incluso la puerta del jardín que da al comedor está cerrada y no hay ninguna actividad sospechosa en el interior. Cuando los policías se marchan, Raúl se apoya, inquieto, en la verja de la entrada. Sabe que su única opción es entrar a la fuerza en el domicilio de su novia. Y eso decide hacer, bordea la casa y salta la valla trasera camina sigiloso por el jardín e intenta abrir la puerta corredera, pero está cerrada. No le queda otra que romper el cristal y entrar, y lo hace Con una maceta revienta la puerta y los cristales salen disparados hacia el interior del salón.

—¿Sandra? —grita él, mientras intenta esquivar los trozos de cristal del suelo.

Silencio.

—¿Cariño? ¿Estás aquí?

Silencio.

Raúl registra toda la casa pero no hay ni rastro de la chica Comienza a desesperarse y se sienta en el sofá.

—Piensa, Raúl, piensa —susurra.

Es entonces cuando recuerda que, en la entrada de la urbanización, está la garita del vigilante, y sabe que hay cámaras Estaba tan nervioso por lo que le pueda haber ocurrido a su chica, que no se había parado a pensar en las posibilidades. Alguna vez, Sandra le había explicado que la urbanización estaba mucho más vigilada de noche, y que durante el día, un hombre de unos sesenta años, es el que se encargaba de hacer rondas y observar por las cámaras, pero muy por encima, ni siquiera cuando ha entrado él estaba en la garita

Quizá era esa la única oportunidad que tenía Raúl para poder avanza en encontrarla. Sale del domicilio, se sube al coche y circula por e camino hasta que llega a la caseta de la entrada de La Rinconada Ahora está vacía, pero puede ver a través del cristal el monitor cor todas las cámaras de seguridad. Observa a su alrededor, no hay nadie que ahora lo vigile, quiere entrar y retroceder hasta poder ver que vehículos han entrado y salido durante la mañana. Sabe que quizá es el comienzo para poder dar con Sandra. Vuelve a echar un vistazo a su alrededor, no hay nadie, al menos eso cree, gira el pomo de la puerta y comprueba que está abierta. Entra, pero una voz que viene de detrás lo alerta.

—¿Qué haces? —le pregunta la voz, pero cuando Raúl se da la vuelta, comprueba que no es el vigilante.

CAPÍTULO 16

Amaia ha explicado a Pedro y a Martín lo que han averiguado sobre Felipe. Han de buscar cualquier relación que pueda tener con alguien del exterior.

—Bien —comienza a explicar la inspectora—, lo que sabemos de Felipe es que entró en prisión por la muerte de un hombre, el crimen tiene las mismas características que el de Julián Herrero, la única diferencia aquí es que en ese caso no se llevó el cerebro…

—¿Y si no es el mismo? —suelta el subinspector Pedro Sierra.

—De momento es lo único que tenemos, Pedro, pero ya te digo mucha casualidad es que ese pájaro cortase a alguien por la mitad y ahora haya un crimen igual. Rocío, ¿has podido averiguar si tiene contactos en alguna parte? Tú fuiste la primera en ponerte a indagar.

—No, Amaia, no he encontrado nada.

—Joder. Vale, ¿y qué hay sobre la hemofilia? Martín, ¿averiguaste algo?

—Sí, pero es algo bastante común, no es nada extraño ese tipo de coagulante que la víctima se inyectaba, podría habérselo recetado cualquier médico del país. Aquí en Madrid, por ejemplo, hay unas cuatrocientas personas que la padecen.

—Bien —zanja la inspectora—. Quiero la máxima concentración ¿estamos? Este caso tiene prioridad absoluta. Si veis que estoy un poco ausente ya sabéis que es por lo del caso de la niña de Segovia creo que me va a llevar más tiempo del que imaginaba. Ya tengo todo el expediente y he de ponerme con ello lo antes posible.

—¿Cómo lo llevas? —quiere saber el subinspector Osorio.

—He estado hablando con Santiago Ríos, el comisario que llevaba el caso. Ya os digo que no sé ni por donde comenzar.

—Me jode decirlo —añade Sierra—, pero tanto tiempo… esa pobre niña seguro que está muerta.

El almacén donde la inspectora tiene a su equipo reunido es oscuro, se iluminan gracias a una lámpara que hay en el techo colgada. Nadie de los de la comisaría quiere bajar ahí, excepto el comisario Mendoza, que, muy de vez en cuando, le gusta pasarse y supervisar la operación. Como por ejemplo, hoy.

—¿Cómo lo lleváis? —les pregunta Mendoza al entrar en la sala.

—Menuda sorpresa, comisario —salta Osorio—. ¿Qué se le ha perdido por los subsuelos del edificio?

—Osorio… déjate de sermones. He venido porque ya se ha filtrado a la prensa que al muerto ese le han quitado el cerebro. Y en Interior están poniéndose nerviosos. Y para colmo ya están comparando ese crimen con el de Felipe Carrera.

—¿Cómo se enteran tan rápido? —pregunta Rocío.

—Para eso les pagan, los periodistas son como buitres —le indica Amaia—. ¿Algo más, Mendoza?

—Sí, cuando puedas, sube a mi despacho. Y, al resto, quiero resultados lo antes posible. ¿Entendido?

El comisario Faustino Mendoza suelta un ligero soplido cuando se sienta en la silla frente a la mesa de su despacho. El dolor en las rodillas se resiente, sabe que la edad no perdona a nadie.

—Estoy deseando jubilarme, Amaia. No te imaginas las ganas que tengo de estar todo el santo día en chándal.

—Mendoza, tengo trabajo…

—Lo sé. Tu siempre tan directa en todo… ¿cómo te ha ido con Santiago Ríos? Me ha dicho que ya has estado con él.

—Así es.

—¿Y?

—No sé por dónde comenzar. No hay nada.

—¿Nada?

—Ese hombre ha acusado a dos agentes de narcóticos de haberse llevado a esa niña. Solo lo cree porque la furgoneta con la que se la llevaron tenía un golpe en uno de los faros y piensa que es la misma que utilizaban en comisaría.

—Esos agentes murieron, ¿no?

—Sí, se los cargaron en un ajuste de cuentas, pero no hay nada que indique que fue por lo de la niña —le interrumpe—. Luego está un tal Vicente Prado, el agente que se encargó de la investigación.

—Lo encontraron muerto me dijo Santiago —añade Mendoza.

—Sí, se suicidó, aunque él cree que lo asesinaron. Me he leído el informe, la puerta no estaba forzada y no hubo ningún indicio de que no fuera él el que apretase el gatillo.

—¿Primeras conclusiones? —quiere saber el comisario.

La inspectora no sabe por dónde comenzar a investigar ese caso y mucho menos sabe qué responder.

—Por tu silencio veo que estás bastante perdida —le indica Mendoza—. ¿Crees que podrás con todo, Amaia?

—Mendoza, ya hace mucho que nos conocemos, yo puedo con eso y con lo que me echen.

—Bien, eso es lo que quería oír. Ya sabes, quiero resultados rápido, Amaia. Pero, te he hecho una pregunta… ¿primeras conclusiones?

—No lo sé, Mendoza. La niña hace cuatro años que desapareció. La investigación se paró, no había nada extraño en el caso, o al menos no lo pudieron averiguar. Lo primero que haré es hablar con los padres, los he llamado, he quedado con ellos mañana.

—Bien. Me vas informando, y, lo del tío sin cerebro… métele caña a tu equipo, ¿entendido?

La inspectora asiente y sale del despacho. El portazo ha sido fuerte, pero el comisario ya está acostumbrado a la actitud de *la vasca*. El subinspector Sierra viene hacia ella, da la sensación de estar inquieto.

—Amaia —la alerta.

—¿Qué ocurre, Pedro? ¿No podéis vivir sin mí o qué?

—Ya te gustaría, jefa. Ha llamado una mujer denunciando que su madre ha desaparecido…

—¿Y? Que vaya a personas desaparecidas, que le den un café y una magdalena y que ponga la denuncia.

—No, joder, hay un testigo en el bloque de la mujer. Según dice, ese testigo del bloque vio a un tío con pinta de yonqui en el portal. Lo escuchó hablar por teléfono y mencionó, según dice, a un tal Felipe Carrera mientras hablaba por teléfono.

—Joder —añade la inspectora—. Prepáralo todo, vamos para allá.

CAPÍTULO 17

El bloque de siete plantas está en Lavapiés, una barriada de Madrid ubicada en el barrio Embajadores en el distrito centro. En la calle del Amparo hay varios negocios de toda la vida: un bar de carajillos y menús, un estanco, la farmacia de toda la vida y tiendas de arreglos de ropa y tintorerías entre otros.

—¿Quién ha sido el primero en llegar? —indaga la inspectora.

—Una patrulla de la local —le explica Osorio—. Hablaron con el vecino y nos llamaron.

—Bien, subimos. Pedro y Rocío, intentad hablar con los negocios de aquí, sobre todo con la farmacia, tiene una cámara en la fachada.

—Hecho, jefa —añade la agente Contreras.

—¿En qué piso vive la hija, Martín?

—En el cuarto D, Amaia —le dice—. Y el testigo en la planta baja.

—¿Cómo se llama?

—Joder, ni idea de como se llama el tipo…

—Me refiero a la hija, hostia…

—Ah, Amanda.

—Bien, subimos caminando.

—Joder, como os gusta tocar los cojones con las escaleras, eh.

Pedro y Rocío entran en la farmacia. Una señora mayor con bata blanca desgastada les saluda, y una chica joven sale de la rebotica ésta con una bata impecable.

—Buenas tardes —saluda la mujer mayor—. ¿Qué desean?

—Somos policías, señora. —El subinspector enseña su placa y la agente hace lo mismo—. Nos gustaría saber hacia donde enfoca la cámara que hay fuera.

—¿Tienen una orden? —salta la chica joven interrumpiéndoles.

—Tranquila, guapa, que no queremos detener a nadie de aquí. Ha ocurrido algo en un bloque cerca y queremos ver si ha grabado algo.

—Tranquila, niña, yo me ocupo —comenta la mujer—. Es mi nieta se pone algo nerviosa a veces… todo por culpa de mi hija, que siempre le dice que cuando esté en la farmacia ayudándome no deje que nadie me tome el pelo. Cuarenta años llevo yo aquí y nadie me ha hecho nunca nada…

—Y los que le quedan, eh, señora —indica Pedro, sonriendo.

—Exacto, y los que me quedan. Vengan a la rebotica, el ordenador de la cámara está ahí.

—Deberías salir a hacer ejercicio, Martín —le suelta Amaia—. Así no te cansarás tanto al subir escaleras.

—Iros a tomar por culo, tú y los demás… venga, llama al timbre y habla tú, no tengo ni fuerzas.

Cuando la inspectora pulsa el botón, Amanda, la hija de Remedios, no tarda en abrir ni cinco segundos.

—Hola, ¿Amanda? —le pregunta Amaia enseñando la placa Osorio hace lo mismo.

—Sí, pasen, por favor.

La mujer está muy nerviosa, demasiado alterada, y es completamente normal.

—¿Saben algo ya de mi madre?

—Todavía no, Amanda. Por eso hemos venido, quiero que me explique todo lo que sepa.

—¿Qué voy a explicar, inspectora? Mi madre tiene Alzheimer, no puede ni siquiera andar. Va con pañal todo el día, pero a veces se lo quita porque prefiere orinar en el orinal, la lucidez al menos le da para eso. Me fui a hacer unas gestiones al banco y cuado volví ya no estaba…

—Bueno, tranquilícese. Hemos activado un protocolo para que los agentes que hay en la calle la busquen, ¿de acuerdo? Estoy segura que daremos con ella muy rápido.

—Pero… se dice que no se ha ido ella sola, que un hombre se la ha llevado, ¿quién haría algo así y por qué? No entiendo nada.

—No lo sabemos. Pero, dígame, ¿ha ocurrido alguna cosa los últimos días?

—¿A qué se refiere?

—Alguna pelea con alguien, llamadas extrañas, algún incidente que sea poco habitual.

—No, nada.

—Intente hacer memoria —le indica Martín—. A veces cualquier pequeño detalle es el importante, ¿comprende?

—Es que no ha ocurrido nada que yo les… esperen, un momento…

—¿Qué? —dice la inspectora, ansiosa.

—Ayer tenía que venir el médico de mi madre, la suele visitar una vez por semana. Es un doctor de pago que nos recomendó un primo mío hace ya unos años. Tiene una consulta enorme y se dedican a varias especialidades. Pero ayer justo nos llamó para posponer la visita a mañana, al parecer alguien había robado los expedientes de su despacho después de sufrir un robo en la consulta. No sé si eso puede ser importante.

—Podría ser —concluye Amaia.

La mujer mayor, que ya les ha indicado que es la farmacéutica titular, enciende el ordenador y muestra las cámaras. En total hay tres una en la rebotica, otra que enfoca a la caja, y la del exterior.

—Colocamos esa cámara porque el almacén con medicamentos lo tenemos a tres locales de aquí, en este ya no cabe mucha cosa —explica la mujer—. Por eso la tenemos enfocando hacia allí.

—Es perfecta, señora —le indica Rocío—. Está justo enfocando a portal que a nosotros nos interesa.

Retroceden la grabación hasta el momento en el que, un hombre con aspecto de yonqui, mete a la mujer en una furgoneta después de salir del portal del edificio.

—Ahí está —confirma Pedro—. Ese gilipollas no vio la cámara.

Es una Citroën Berlingo plateada con matrícula de Madrid.

—¿Tiene algún disco o un USB, señora? —quiere saber Sierra.

—Claro. Aquí hay de todo, joven.

Pedro y Rocío han copiado la grabación en un CD. Salen a la calle e intentando disimular, el subinspector saca la petaca del bolsillo interior de la cazadora y le da un trago.

—Escóndete lo que quieras, Pedro, el olor de ese whisky huele a kilómetros —le suelta la agente Contreras.

—A ti también te gusta meterte en todo, eh, novata. Entre tú y la jefa me tenéis hasta los cojones.

—Solo quiero que estés bien.

—Estoy de puta madre, así que, tú a lo tuyo, compañera.

El vecino de la planta baja se llama Valentín, es el testigo que ha asegurado haber visto a alguien con actitud sospechosa en la puerta del edificio y, lo más importante, ha podido escuchar el nombre de Felipe Carrera mientras el sospechoso hablaba por teléfono. Es un hombre de setenta y cinco años, cabello canoso y con no más de cuatro dientes en la boca.

—Cuéntenos lo que sepa, Valentín —le pregunta Amaia.

—Cuando salí vi a ese cabrón cerca de la puerta del bloque. Me dio muy mala espina ese tipo, un tío raro, la verdad. El barrio se está poniendo que da asco, tanta mierda que hay… bueno, se puso a habla por un móvil con alguien y mencionó a un tal Felipe Cabrera, Calleja o algo así… Se me ha olvidado.

—¿Carrera? —propone la inspectora.

—Eso, Felipe Carrera, fue ese el nombre que dijo. Tenía una cara de yonqui ese malnacido, me cago en su madre… Llego a tener m escopeta y le reviento la cabeza. A ese tipo de calaña hay que cargárselos.

—¿Tiene usted armas? —quiere saber Martín.

—Soy cazador, claro que tengo. Pero está en la casa del campo en un armero, eh. Ahora no me vayan a dar por culo a mí.

—No se preocupe, Valentín —indica la inspectora—. ¿Alguna cosa extraña más?

—¿Sobre qué?

—Sobre el tipo ese que ha visto.

—Ah, no, para nada. Iba vestido normal, pero tenía la cara de yonki, eso sí… maldito hijo de perra, ¿le ha hecho algo a la Remedios?

—Al parecer se la han llevado, pero la encontraremos. Eso se lo aseguro.

El equipo se reúne, nuevamente, en el bar del Luque. El dueño no tarda en servirles a cada uno su bebida habitual. Hoy, Pedro ha preferido un cubata de whisky. Pero antes, le ha dado un trago a su Petaca.

—Bien, ¿qué mierda tenemos? —suelta la inspectora, furiosa— Porque, que yo sepa no tenemos nada. Hay un tío sin cerebro, y ahora una anciana con Alzheimer desaparecida. Así que, eso mismo, una puta mierda tenemos.

—El CD que hemos grabado en la farmacia deja claro que es e mismo que el tal Valentín vio, se le ve metiendo a Remedios en la furgoneta —explica Rocío—. Pero el vehículo era robado, denunciaron ayer su desaparición.

—Pero, no entiendo una cosa, ¿para qué secuestran a esa pobre anciana? ¿Qué relación tienen esa mujer y Julián Herrero? No creo que sean dos casos aislados. Solo espero que Remedios no aparezca sin cerebro o sin otra parte de su cuerpo. Pero no tenemos nada…

—Pues sí, tienes razón en una cosa, Amaia —salta Martín—. No tenemos nada. De hecho, tenemos una puta mierda.

En ese momento, la melodía navideña del teléfono de la inspectora suena en el fondo del bolsillo de su americana. Y como era de esperar, todos la miran.

—Joder, jefa —le dice Pedro—. Te irás un día de vacaciones a Caribe, te sonará esa música y saldrás hasta en las noticias.

—Sierra, no me toques el coño —le suelta mientras se levanta de la silla para atender la llamada—. Mendoza, ¿qué ocurre?

—Amaia, recógeme mañana a primera hora en comisaría, nos vamos para Segovia —le ordena al otro lado de la línea.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me acaban de llamar de allí. Han asesinado a Santiago Ríos.

CAPÍTULO 18

Raúl Cuadras, el novio de Sandra Vega, al darse la vuelta ha podido comprobar que la persona que le ha preguntado qué es lo que hacía es una mujer que debe rondar los setenta años, de cabello canoso y cara de muy mala hostia.

—Disculpe, señora, es que he de revisar una cosa.

—No vas a revisar nada, eso es propiedad privada, tú no puedes entrar ahí.

—Mi novia vive en esta urbanización, alguien se la ha llevado y he de revisar las cámaras.

—Vamos a ver, joven, te repito que esto es propiedad privada y no puedes estar aquí, y mucho menos entrar en la garita. O te marchas o llamo a la policía…

—¿Qué ocurre aquí, doña Amparo?

Damián, el conserje del turno de día, acaba de llegar a la garita con una bolsa de basura en las manos por la que asoman varias ramas rotas.

—Este chico quería entrar a robarte —le responde la mujer.

—Oiga, señora, yo no quiero robar nada —confiesa Raúl—, le he dicho que mi novia ha desaparecido y solo quería ver las putas cámaras, joder.

—Escucha, chico, mantengamos la calma, ¿de acuerdo? —le pide Damián—. Explícame qué es lo que te ocurre.

—Sandra Vega vive en esta urbanización, en la calle del final, la de fachada blanca. Es mi novia y creo que le ha podido ocurrir algo

solo quiero revisar la grabación de las cámaras para poder comproba algo.

—¿Por qué no llamas a la policía?

—Ya he llamado y han estado aquí. Ni los ha visto, ¿verdad? No pueden hacer nada, solo me dicen que vaya a poner una denuncia a la comisaría. ¿Usted tiene llaves de la casa?

—No, aquí no tenemos llaves de nadie.

—No hagas caso de este ladrón, Damián, yo de ti llamaba a la policía y que se lo lleven —añade la mujer.

—Tranquila, doña Amparo, váyase a casa y yo me ocupo… no se preocupe.

La mujer no pronuncia ni una palabra más. Se marcha enfurruñada hacia su domicilio gesticulando con los brazos en alto.

—Doña Amparo es una mujer muy especial —explica el conserje —, hay que saber llevarla. Bueno, chico, te voy a ayudar.

—Gracias, Damián. De verdad, muchas gracias.

—No lo hago por ti, lo hago por Sandra. Es una buena chica, y muy simpática, si de verdad es tu novia has tenido mucha suerte.

Los dos entran en la garita y el conserje prepara la grabación de las cintas de seguridad. Tarda unos ocho minutos en poder dar con el vídeo que puede esclarecer algo sobre la desaparición de la joven, y cuando Raúl Cuadras observa la cinta solo puede pronunciar una palabra:

—Joder.

CAPÍTULO 19

—Aquí dentro huele a tabaco —recrimina el comisario Mendoza.

—Claro, si fumo aquí es normal que huela a tabaco —indica la inspectora.

—Tú y tu equipo hacéis lo que os sale de los huevos.

—Mendoza, falta algo más de una hora para llegar a Segovia tengamos la fiesta en paz —le pide Amaia mientras se enciende un cigarrillo.

—¿Cómo está Pedro?

—Bien, como siempre.

—¿Bien? No me toques los cojones, Amaia. Se habla por comisaría que se tira todo el día bebiendo.

—A Sierra lo controlo yo, no te preocupes, Mendoza.

El camino se le hace interminable a *la vasca*. Después de cuatro cigarrillos, alguna recriminación más por parte del comisario y un par de canciones de Alejandro Sanz, llegan al anatómico forense de Segovia, donde los espera el forense Miguel Cruz.

—Conocía a Santiago desde hace muchos años… se lo han dicho a su mujer, estaba con unas amigas cuando ocurrió —explica el forense—. Ahora una amiga de la familia está con ella en el hospital, le ha dado un ataque chungo.

El cuerpo del ex comisario Ríos está tendido desnudo en la mesa metálica del anatómico. La sala es fría y el aire se siente denso. Huele a antisépticos, y hay un ligero olor a putrefacción, como si hubiera pescado o carne podrida. Amaia mira el cadáver, estupefacta, sabiendo que el día de antes había estado con él.

—¿Qué le han hecho, Miguel? —pregunta Mendoza al forense.

—De todo. ¿No ves como está el cuerpo? Hay que ser un hijo de puta para hacerle esto a Santiago. Siempre ha sido un hombre íntegro.

—¿Quién encontró el cuerpo? —quiere saber Amaia.

—Un vecino vio salir a alguien sospechoso del piso y llamó a la policía. La puerta estaba abierta, y cuando una patrulla entró se encontraron el cuerpo.

—Cuéntanos, Miguel, ¿qué has podido ver de momento? — Mendoza acaba de hacer la pregunta, pero no puede dejar de mirar el cadáver de su amigo.

—Lo torturaron, al menos durante un buen rato. La mano derecha, como podéis ver, la tiene medio arrancada —explica—. La izquierda está machacada, imagino que por un martillo o una herramienta bastante grande.

—¿Cuántas puñaladas? —indaga Mendoza.

—He contado dieciocho.

—¡Joder! —exclama Amaia.

—Siete en el tórax, cinco en la cara, tres en el cuello, y otras tres repartidas en la zona de la ingle. No le clavaron el arma blanca demasiado, lo justo para que se desangrase a poco a poco.

—¿La causa de la muerte? —pregunta el comisario Mendoza.

El forense levanta la cabeza de Santiago Ríos y señala hacia el cuello.

—Le pegaron un tiro en la nuca —resuelve el forense.

—¿ETA?

—No lo creo, Amaia —indica Miguel—. Demasiado ensañamiento para ser de los terroristas. Aquí hay algo más. Querían sacarle información, estoy seguro de ello. Y por las terribles heridas diría que no lo consiguieron.

Mendoza y Amaia están sentados en uno de los despachos de la comisaría en la que fue comisario Santiago Ríos. Han acordado verse con Giménez, el inspector que llevará el caso de su muerte.

—No podemos decir nada sobre el caso de Noelia —añade Mendoza.

—Lo sé. He pensado lo mismo.

—Si su asesinato tiene relación con el caso de la niña estamos bien jodidos, Amaia. Así que, máxima discreción.

—¿Crees que puede ser por hablar yo con él?

—Joder, ni puta idea. Si es así lo estarían vigilando… y recuerda que Santiago no confiaba en nadie de esta comisaría, por eso tenemos que ir con pies de plomo.

—Me has metido en un buen marrón, Mendoza.

—Tranquila, Amaia, yo sé que a ti te van estas movidas.

Unos minutos después, un hombre barrigudo con una barba de tres días entra por la puerta del despacho.

—Hola, disculpad que os haya tenido esperando —comenta nada más entrar.

Los tres se saludan con un apretón de manos. Hablan del tiempo y del tráfico que Amaia y Mendoza han encontrado hasta llegar ahí.

—Bueno —prosigue Giménez—, el asesinato De Santiago ha sido terrible, en la comisaría estamos todos consternados.

—Me lo imagino —afirma Mendoza—. No queremos entrometernos, solo hemos venido aquí porque él era un buen amigo mío.

—Lo sé, comisario, él había hablado muy bien de usted.

—¿Tienen algún dato o pista? —indaga Amaia.

—Todavía nada. Hemos estado en su piso, y según parece forzaron la puerta de entrada mientras Santiago se estaba duchando. La tortura fue en el comedor, lo sentaron en una silla y lo ataron. Por el momento no hemos encontrado ninguna prueba relevante.

—¿Habéis hablado con el testigo que vio salir a alguien de ahí? – quiere saber Mendoza.

—Sí. Era alguien vestido con un mono de trabajo azul… lo describe como un tipo alto, fuerte y cabello negro.

—¿Nadie oyó el disparo? El forense nos ha dicho que le pegaron un tiro en la nuca.

—No. Hemos hablado con los vecinos del bloque, en ese momento solo había un matrimonio mayor y un chaval joven en la planta de arriba. Creemos que quizá el asesino usó un silenciador.

La conversación no se alarga ni cinco minutos más. Amaia y Mendoza salen de comisaría y quedan con Giménez que cualquier dato de interés se lo hará saber. El comisario actual no estaba, por eso Mendoza no ha podido ni hablar con él.

—Quiero que te centres en lo de la niña —le ordena Mendoza— La clave del asesinato de Santiago tiene que estar ahí, estoy seguro ¿estamos?

—Sí. Pero necesitaré algo de ayuda, no quiero que se me escape nada, Mendoza. Con lo de la muerte de Santiago no quiero que esto se me complique demasiado.

—¿A quién quieres?

—A la agente Contreras.

—Bien, que Rocío te ayude, pero que le dé también apoyo a Martín y a Pedro con el tío sin cerebro y el secuestro de la mujer esa la tal Remedios.

Cuando la inspectora y el comisario se suben al coche para volver hacia Madrid, ninguno de los dos se ha percatado que un Seat Ibiza de color blanco los sigue a una distancia prudencial. Dentro van dos tipos y el copiloto está cargando una pistola con calibre 22, un arma ligera estándar capaz de perforar la carrocería del vehículo a pocos metros Amaia y el comisario están en peligro, pero todavía no lo saben.

CAPÍTULO 20

Raúl Cuadras retrocede la grabación y vuelve a verla sin da crédito a lo que ven sus ojos. Un coche negro ha entrado en la urbanización y casi media hora después sale, pero si se pausa la grabación en el momento exacto, se puede ver a Sandra Vega estirada en la parte trasera del vehículo. La cámara de la calle lo ha captado a la perfección.

—Joder —suelta su novio—. ¡Hijo de puta!

—Tenías razón, chico. Se la han llevado —le confirma Damián, e conserje. Hay que llamar a la policía…

—¿Para qué? No me hicieron ni caso —interrumpe Raúl.

—Pero ahora hay pruebas, chaval. Llamaré yo.

Damián llama a la policía local e informa de lo ocurrido. Le dicen que un chico ya dio parte de ese hecho, pero el conserje les confirma que hay pruebas de que alguien se la ha llevado y que tiene la matrícula del secuestrador.

Una patrulla de la local, otra diferente a la que antes había acudido, ha tardado trece minutos en llegar a La Rinconada.

—¿Qué ha ocurrido? —quiere saber uno de los agentes.

Damián les enseña las grabaciones y Raúl les explica todo lo ocurrido desde la llamada con Sandra.

—Pasa la matrícula a tráfico —le indica al otro agente—. Que los compañeros pasen nota a la Nacional y les digan que se trata de un posible secuestro.

—¿Posible? —salta Raúl.

—Chico, todavía hay que esclarecer lo ocurrido, todo apunta a que sí, pero hay que comprobarlo, ¿entiendes?

—¿No ven que mi novia está tirada en la parte de atrás de coche?

—Lo único que se ve es a la chica tumbada, ya está. Ni amordaza ni nada…

—Es increíble, puta incompetencia —interrumpe el joven.

—Tranquilícese, ya le hemos dicho que haremos todas las gestiones posibles y ya se ha procedido a facilitar la matrícula a los compañeros.

—Joder. —Raúl está enfadado, y por momentos, mucho más— Ese tío ya puede estar en cualquier parte.

En ese momento, un mensaje por radio deja estupefacto al chico El agente agarra la emisora sobre su hombro y responde:

—Adelante, central.

—Localizado el vehículo negro, la matrícula coincide. El coche está cerca de La Casa Quemada.

—¿Se ha localizado a la chica? —indaga el agente.

—Negativo, no hay nadie. Los compañeros de la Nacional van de camino con la científica.

Raúl Cuadras ha escuchado la conversación. Se ha quedado sin palabras. Ahora ya es seguro que alguien se ha llevado a Sandra. Pero ¿por qué? Él sabe que es una buena chica, de buena familia y adinerada, pero quizá no tanto como para que alguien quiera secuestrarla, ¿o sí? El terror invade su cuerpo, le vienen a la mente muchos casos de desapariciones en España que no han terminado nada bien. Es consciente que a lo mejor ya no la vuelva a ver con vida en un ataúd quizá. Lo único que desea es que la encuentren lo antes posible. De todas formas, él también tiene sus métodos para poder hacerlo, pero lo más importante es que conoce a gente que podría llegar a encontrarla. Ahora el tiempo corre en su contra.

CAPÍTULO 21

Amaia abre la ventanilla del coche y se enciende un cigarrillo. De fondo, en la radio, suena una canción de Mónica Naranjo.

—Mendoza, todo esto me huele jodidamente mal…

—Lo sé, Amaia —le confirma el comisario—. Lo de la niña esa desaparecida puede que se complique más de…

—No hablo de eso, Mendoza —le interrumpe—. Me refiero al Seat Ibiza que nos sigue desde que hemos salido de Segovia. No se ha despegado de nosotros ni un solo momento.

Cuando el comisario quiere darse la vuelta, Amaia lo detiene con su brazo derecho.

—No, es mejor no alertarles.

—¿Quién crees que son?

—Ni puta idea, Mendoza, pero me da que no quieren parar para hacer un botellón con nosotros.

La vasca observa un cartel desgastado en el que se anuncia un área de servicio a dos kilómetros. Están a poca distancia de Navacerrada, pero no quiere esperar a llegar y parar en el municipio y que se pueda convertir en un baño de sangre. Por eso, y sin poner el intermitente, sale por la salida y entra en el área de servicio. El Seat ha hecho lo mismo, pero pasan de largo y paran un poco más adelante delante de varios vehículos.

—Se han parado allí —informa Amaia—. Son dos los que van en el interior.

—¿Por qué no nos han interceptado por el camino? —le pregunta el comisario a la inspectora—. Han podido hacerlo en cualquier momento.

—No lo sé. Quizá quieren esperar al momento adecuado, o simplemente son dos gilipollas que solo nos quieren asustar. ¿Llevas tu arma?

—No.

—Joder, Mendoza… vale, toma la mía. Voy a entrar e iré a los lavabos, si alguno de esos dos se acerca le pegas un tiro en la pierna ¿estamos? Y si vienen los dos, le pegas el tiro a los dos.

—Amaia, no podemos ir sacando el arma cuando a ti te dé la rea gana…

—Vivir o morir, comisario. —La inspectora le entrega su pistola reglamentaria colocándosela en sus manos—. Ahora vuelvo.

Amaia Garmendia, con paso decidido y sin dudar ni un solo segundo, camina hacia el edificio de la zona del Buffet sin perder de vista al Seat Ibiza. Ha anotado la matrícula del coche en su cabeza y le manda un mensaje a Rocío para que busque información de la matrícula. No tarda en obtener respuesta: le informa que esa placa no está registrada, perteneció a un Golf de color rojo que se llevó a desguace dos años atrás.

La inspectora se queda en el interior, en la zona de souvenirs observando de reojo el coche blanco. Lo de ir al lavabo era verdad tiene unas ganas de orinar inhumanas, pero no puede despegar la mirada de los que les han estado siguiendo.

—Venga, joder —susurra—. Salid del puto coche.

Como si su Dios la hubiera escuchado, la puerta del conductor se abre. Del interior sale un tipo con la tez algo oscura, cazadora de piel marrón, barba negra poblada, pantalón militar y botas.

—Hijo de puta —vuelve a susurrar—. ¿Quién cojones eres?

El copiloto se ha quedado en el interior del coche, y el conductor el de la cazadora marrón, camina hacia el área de servicio. Amaia se

da la vuelta y va hacia el pasillo que la lleva directa a los lavabos. No entra en el de mujeres, pero sí decide entrar en el de los hombres. No hay demasiada gente, y eso es buena señal, al menos nadie la ha visto. Entra en el cuarto baño individual comenzando a contar por la derecha. Tira de la cisterna y se sube encima de la taza para tener los pies en alto y así no ser vista. El olor es algo insoportable. Es una mezcla entre ambientador y sudor que casi le provoca un estornudo Ha de contenerse, no puede alertar al tipo de la cazadora marrón. Por suerte los baños están vacíos, eso es algo que se repite una y otra vez en su cabeza. Está segura que el tipo la está esperando fuera, la duda es si lo hace en el lavabo de mujeres o en el de hombres, pero, es en ese momento cuando una voz la estremece. Es profunda y tiene acento colombiano. El tipo habla porque sabe que no hay nadie además de Amaia.

—Inspectora Garmendia —salta el tipo—, vea pues, yo sé que usted está acá. Hágame el favor y salga de una vez, mija, pa´ que arreglemos esto como personas civilizadas. No pongamos esto feo.

Amaia está en silencio. No se permite ni siquiera el lujo de respirar. Evidentemente no se le olvida el detalle de que, el posiblemente sicario, sabe quién es, y seguramente también saben que el comisario Faustino Mendoza espera fuera. Esto es más peligroso de lo que ella podría imaginar. Un tío colombiano que la sigue junto a otro en un Seat Ibiza medio destartalado con una matrícula ya inexistente Eso huele muy mal y ella lo sabe. Son demasiados años ya en la policía.

—¿Inspectora? —vuelve a llamarla, pero *la vasca* está en silencio esperando su oportunidad—. No haga esto más difícil… hágame caso seamos civilizados.

Amaia espera su momento, tiene paciencia, y tenerla es algo muy valioso. No suele tenerla, pero ahora es muy necesaria. La voz del colombiano está cada vez más cerca, lo único que tiene que hacer la inspectora es esperar unos pocos segundos más para poder atacar. Y justo cuando los pies del sicario pasan por delante del baño, ella lo intuye por su sombra, Amaia da un fuerte golpe a la puerta con el pie

La revienta haciendo saltar las bisagras y el colombiano cae contra un espejo, cortándose la mejilla derecha.

—¡Pendeja! —exclama el sicario.

La inspectora se lanza hacia él y comienzan a forcejear, caen al suelo y el colombiano se coloca encima y, colocando sus manos en su cuello, comienza a asfixiarla.

—¡Te vas a ir al otro barrio, gonorrea!

Amaia no se da por vencida y consigue agarrar un trozo de cristal del espejo hecho añicos. Cuando lo agarra se hace un pequeño corte en la mano, pero le da igual, lo empuña fuertemente y se lo clava en el cuello al sicario. Su rostro se paraliza, un chorro de sangre cae por el cuello y comienza a convulsionar. Cae en el suelo, muerto.

—¡Hijo de puta! —exclama ella mientras se lo quita de encima.

Amaia Garmendia sale corriendo y se dirige hacia el exterior. Mientras corre, se cruza con varias personas que seguramente se dirigen hacia el baño, cuando vean al muerto se alertarán, sabe que se ocupará de eso en cuanto termine, pero ahora ha de salir al exterior, todavía queda uno de los tíos en el coche y Mendoza está solo, igual que lo ha estado ella unos minutos antes, pero sabe que, llegado el momento, la ética del comisario le impedirá pegarle un tiro a alguien. Es lo que tiene ser comisario, hay reglas que hay que seguir. Cuando Amaia sale fuera, puede ver al copiloto junto a la puerta del conductor del Seat, lleva un arma en las manos y dispara hacia ella. Consigue agazaparse tras un contenedor y responde también con dos disparos pero no consigue darle. Eso sí, ha agujerado el Ibiza, en la zona del capó. En la zona del aparcamiento hay unas nueve personas y se han escondido detrás de vehículos. El compañero del de la cazadora marrón se sube al coche y arranca, quiere huir. En pocos segundos se ha vuelto a meter en la autopista. *La vasca* hace una llamada a central

y pasa por teléfono móvil los datos del vehículo para que den orden a las patrullas de la zona para que lo intercepten. Su compañero está muerto, pero él no puede escapar.

—¡Mendoza! —grita ella mientras corre hacia el vehículo.

Cuando Amaia llega al coche la escena la deja aterrorizada. Se queda inmóvil ante lo que sus ojos están viendo. El comisario Faustino Mendoza está tirado sobre el salpicadero, hay sangre por todo el coche, y cuando la inspectora lo incorpora para tomarle las constantes vitales se da cuenta de que le han disparado en la cabeza.

SEGUNDA PARTE

"Estoy seguro que a cualquiera le gusta un buen crimen, siempre que no sea la víctima (Alfred Hitchcock)."

Madrid (España), invierno de 1965.

La habitación no es demasiado grande y desde fuera uno podría pensar que incluso es acogedora, pero su olor es nauseabundo. Huele a sudor, sangre y a medicamentos. El anciano está tumbado sobre la cama, su respiración es pausada. Junto a él, en una pequeña mesita hay varios botes con pastillas y una palangana para que pueda escupir y orinar. Cuando la puerta se abre, ni siquiera se percata de la presencia de su propio hijo, que lo ha de zarandear para que le preste atención cuando se sienta junto a él en la cama.

—Hola, padre.

—Hijo, ¿eres tú? Qué alegría verte por aquí —le dice susurrando.

—¿Cómo te encuentras?

—Peor que ayer, mejor que mañana. ¿Y la guerra?

—La guerra ya terminó, padre —le responde su hijo—. Hace ya tiempo que todo acabó.

—Nunca olvides esto: Alemania es solo una, y grande…

—Lo sé —le interrumpe—. Escuche, padre, creo que lo estoy consiguiendo.

—¿El qué? —pregunta desconcertado.

—Lo que comenzó el abuelo, lo que siguió usted, ¿recuerda?

—¿Y la guerra, Gustav?

Gustav, que ahora tiene treinta y un años, sabe que ya no puede hacer nada por su padre. La edad no perdona. Ese hombre ya no es el que era. Desapareció ese alemán digno de su raza que acabó con la vida de muchas personas para conseguir un propósito, un propósito que ahora su propio hijo ha de continuar. No es fácil mentirle a un

padre, pero tiene que hacerlo. Quizá es la mejor manera para que se vaya de este mundo, pensando que su propio hijo sigue con su legado cuando ni siquiera ha querido intentarlo.

—La guerra ya acabó, padre —le vuelve a decir.

La puerta de la habitación se abre y entra un cura. Lleva en sus manos una toalla y un brebaje.

—Le he traído al señor un jarabe, ha de tomárselo —comenta.

—Padre —le dice Gustav—. Tiene que tomarse esto, le vendrá bien.

El anciano intenta levantar la cabeza con ayuda de su hijo y se bebe todo el cuenco con el líquido.

—Muy bien, padre. —Gustav le devuelve el cuenco al cura— Gracias.

—No hay de qué, si me necesitan estaré en la sacristía.

El anciano tose, el brebaje no le ha sentado demasiado bien.

—Explícame, hijo, ¿lo conseguiste ya?

—Estamos cerca, padre, ya lo verá —le indica su hijo mintiéndole.

—¿Cuál ha sido el último muerto? Explícamelo —le pide.

—¿Quiere saberlo?

—Adelante. Quiero conocer las hazañas de mi hijo, y después hablaremos de la guerra y de la Alemania grande.

—Fue una mujer, bastante joven —explica—. Algo menos de veinticinco años.

—Bien, ¿qué más? —dice con voz pausada.

—La llevé a la casa y allí la maté.

—¿Cómo?

—Con un cuchillo —resuelve al fin volviéndole a mentir—. Se lo clavé en la garganta, hasta el fondo.

—¿La violaste?

—No.

—Bien. Eso es importante, hay que ser respetuoso con los que van a morir… en otra vida quizá los muertos te busquen, y a mí también, claro.

—¿Cómo era su cerebro?

—Excelente, padre.

—Bien, Gustav, te he enseñado bien. Eso me hace feliz.

El anciano vuelve a toser, pero ahora es diferente, le han salido babas de sangre por la boca. Comienza a convulsionar y sus ojos se ponen blancos. Sus músculos se ponen rígidos y escupe mucha más sangre. Gustav lo sujeta por los hombros, si no lo hace puede que hasta caiga de la cama. Las convulsiones son fuertes y la rigidez de sus extremidades es extrema.

—Tranquilo, padre —le pide su hijo mientras continúa sujetándolo

El anciano ya no escupe sangre, ahora un líquido blanco y espeso sale por su boca y nariz. Después de un minuto y medio agonizando ha muerto. Ya no respira. Ahora quizá está con los muertos, con todos los que ha asesinado.

—¿Se fue? —pregunta el cura entrando de nuevo por la puerta.

—Sí —responde Gustav—. Ha sufrido.

—Lo sé, el veneno era fuerte, pero era lo más rápido.

—¿Más que cortarle el cuello?

—¿Quién se lo hubiera cortado? ¿Tú? Es tu padre, sabes que no hubieras podido hacerlo. Ha sufrido, pero ha sido rápido.

—No sé si he hecho lo correcto.

—Lo has hecho. Desde que vinisteis a Madrid todo lo que has estado haciendo por él ha sido lo mejor… la demencia de tu padre ha podido con él —explica el párroco—. A él ya no le quedaba mucho tiempo. Así que, has hecho lo que debías.

—De acuerdo. La verdad es que ya no podía seguir mintiéndole, a él, no.

—Así es, Gustav. No te martirices, no vale la pena. Te esperare abajo para que te confieses. Yo también hablaré con Dios, he de limpiar mis pecados.

CAPÍTULO 22

Amaia está de pie, junto a la ventana, hablando por teléfono. La agente Rocío Contreras observa su cuerpo desnudo, quizá verla sujetando un teléfono móvil apoyada en el marco de la ventana no sea la escena más sexy del mundo, pero para ella sí lo es.

—De acuerdo, doctor —dice la inspectora—. En cuanto sepa algo infórmeme.

La vasca cuelga la llamada y se tumba de nuevo junto a Rocío Las dos se abrazan y sus cuerpos desnudos son ahora uno.

—¿Qué te ha dicho? —quiere saber la agente.

—La operación ha ido bien —resuelve la inspectora—. Ahora está en observación, las primeras horas son cruciales.

—Tuvo mucha suerte.

—Demasiada. La bala entró por la sien y fracturó el cráneo, pero ha dañado parcialmente el lóbulo frontal. La suerte de Mendoza es que la bala no atravesó por completo el cerebro.

—¿Y ahora, qué?

—Quizá haya secuelas, eso dice el médico. Problemas motores dificultad en el habla, lapsus de memoria —explica—. No lo sé. Hasta que no pasen los días no se sabrá con exactitud.

—¿Por qué no estás en el hospital, Amaia?

—Ya te lo dije. Su mujer está allí… digamos que no nos llevamos demasiado bien. Mira esto, me lo envió ayer.

La inspectora coge su teléfono móvil y muestra a Rocío un mensaje de texto. Es de la mujer del comisario en el que le dice que todo es por su culpa, que Mendoza debería haber estado en su despacho, que para eso le pagan, y no por estar en un operativo. Después de ese mensaje prefiere ni acercarse al hospital. Lo único que puede hacer es rezar por él.

—No tienes la culpa de nada —le dice la agente Contreras.

—No debería de haberlo dejado solo.

—No fue culpa tuya. No cargues con eso, Amaia.

La vasca sí cargará con esa culpa, y todo irá a peor si el comisario no sale de esa situación.

—Escucha, Rocío: Mendoza dio el visto bueno para que me ayudes con el caso de Segovia, pero tendrás que apoyar también a Pedro y a Martín.

—No hay problema con eso. Ya lo sabes.

—Bien. Llama a Martín y a Pedro, diles que he dado orden de vernos en la sala de reuniones. Dales media hora.

La sala de reuniones, la que tiene asignada Amaia en el sótano de la comisaría, huele a whisky. Pedro ha sido el primero en llegar y se le ha derramado un poco del alcohol que lleva en la Petaca.

—¿Cómo está el gran jefe? —pregunta el subinspector Osorio.

—El comisario está estable, pero hasta que no se despierte no se sabrá el alcance de las lesiones, Martín —explica la inspectora.

—Joder, hay que ser un buen cabronazo para plantarse en el área de servicio esa y liarse a tiros —salta Pedro.

—Esperemos que salga de esta —acaba diciendo Amaia para zanjar ese tema—. Bien, escuchadme: Rocío me dará apoyo con lo de Segovia, y también a vosotros, ¿estamos? Quiero que esta investigación sea rápida y fluida. Necesitamos encontrar a Remedios, s

el responsable es el mismo que el muerto sin cerebro, esa mujer puede que tenga las horas contadas. Pedro, ¿algún dato sobre las llamadas y visitas de Felipe Carrera en la cárcel?

—Todavía nada. El juez lo tiene en la mesa pero no lo ha autorizado.

—Joder, que cabrón. Bien. Martín, ¿algo nuevo sobre el chava que salió huyendo?

—Nada de nada. Por el momento no podemos rascar una mierda de ahí. Los padres están dando por culo y como no hay pruebas para incriminarle por nada pues está un poco jodido. Pero… tengo un amigo que me debe un favor, así que en cuanto tenga algo quizá pueda darte buenas noticias, hay algo que no me huele demasiado bien. Tengo un presentimiento.

—¿Y sobre ese nombre, el tal Hans? —quiere saber Rocío—. El chaval dio ese dato, ¿cierto?

—Sí. Pero no tenemos nada más sobre eso. Hans es un nombre sí, pero podría ser cualquier otra cosa. Incluso hasta una alucinación por el atropello.

—Pedro y Martín —indica Amaia—, quiero también que averigüéis algo sobre el expediente médico que fue robado de Remedios. Si alguien se tomó las molestias en llevarse eso seguramente sea importante.

Los dos subinspectores afirman con la cabeza sin decir nada. En ese momento, suena de nuevo la melodía navideña del móvil de la inspectora. Dada la situación que hay ahora, ninguno comenta nada al respecto. Quizá en un buen momento, sí, ahora no lo es.

—Dime, Espinosa —dice al descolgar.

—…

—Perfecto. Voy para allá. —Amaia cuelga el teléfono—. Poneos con lo que os he dicho a los dos, y Rocío, te vienes conmigo al anatómico.

El cuerpo del colombiano muerto del área de servicio, el que se ha cargado *la vasca*, está tumbado sobre la fría camilla del anatómico Desnudo, con toda la zona del tórax abierta y algunos órganos fuera de su cuerpo.

—Le clavaste bien hondo el cristal, eh —le confiesa el forense— Cualquiera podría decir que te has desahogado con ese.

—Que se joda, Espinosa. Un poco más y no lo cuento, te lo aseguro.

—No imaginas todo lo que he tenido que mover para que nos dejasen hacerle la autopsia aquí y no en Segovia —explica Espinosa.

—Si yo te explicase lo que he tenido que hacer para que asuntos internos no me toque el coño con el muerto este… bueno, al lío. ¿Que tenemos?

—Se llamaba Carlos Alberto Londoño. Nació en Medellín, pero llevaba en España unos diez años. Es un buen perla… tiene antecedentes por robo, posesión de droga, secuestro y, por supuesto asesinato.

—¿Y qué cojones hacía este tío en la calle? —pregunta Rocío.

—Al parecer tiene muy buenos amigos. Por posesión y robo ya cumplió condena, por asesinato consiguió librarse.

—¿Por qué? —indaga Amaia.

—¿Conocéis a Rafael Pomares?

—Joder, Espinosa, ¿en serio? —suelta la inspectora, sorprendida.

—¿Quién es Rafael Pomares? —les pregunta la agente Contreras desconcertada.

—Un abogado. El mayor cabrón que te puedes echar a la cara Conociéndole, seguro que metió una prueba falsa el muy cerdo —relata Amaia—. A ese le encanta salir por televisión.

—¿Nos centramos en ese? —añade Rocío.

—Todavía es pronto. No sabemos si puede tener relación Espinosa, ¿qué más? Deléitame con alguna cosa más, anda.

—Poca cosa. Sus huellas estaban registradas en el sistema, po eso ha sido fácil, y en su cuerpo no había ni drogas ni alcohol.

—Así que ese hijo de puta quería matarme estando sereno, eh.. ¿Y las armas?

—La que disparó al comisario era una del calibre 22, es muy corriente. La verdad es que tuvo mucha suerte, llega a ser una 9 mm y quizá estaría muerto. La de este pájaro también era de un 22.

—Bien. Pásame los datos por email, Espinosa.

Amaia y Rocío salen del anatómico y la inspectora llama a comisaría para que le preparen información de los últimos contactos conocidos del colombiano muerto. Al llegar, se fuma un cigarrillo y sube junto a la agente. Le han dejado el expediente sobre una mesa Carlos Alberto Londoño, conocido también como *el gato*, es un delincuente de los pies a la cabeza. El único contacto que encuentran es una ex novia del colombiano que vive actualmente en Carabanchel por el barrio de Pan Bendito.

—Comenzamos tirando de ese hilo, Rocío —le indica la inspectora —. Con un poco de suerte sacaremos algo.

Las dos salen de comisaría. Aunque hay sol, hace mucho frío. Po eso, la inspectora se abriga nada más bajar las escaleras de la entrada Se enciende un cigarrillo y le guiña un ojo a la agente, pero ninguna de las dos se ha percatado de algo: a varios metros, apoyado en una farola que hay junto a una sucursal bancaria, hay un chaval, ronda los veinticinco años, guapo, elegante y bien repeinado. Las observa a las dos, claro, lleva siguiéndolas desde que salieron del anatómico forense Saca un teléfono movil del bolsillo del pantalón de pana y hace una llamada.

—Dime —le responde una voz.

—¿Qué hago con ellas? —pregunta el joven.

—Mátalas. En una zona tranquila, sin testigos.

CAPÍTULO 23

La Casa Quemada, originalmente llamada Casa del Portillo, es un acceso histórico situado en el límite occidental de la Casa de Campo de Madrid, cerca de la tapia norte y la Carretera de las Dos Castillas. Debe su nombre a un incendio que destruyó la edificación original. Fue reconstruida posteriormente y funcionaba como punto de vigilancia a estar ubicada en una zona elevada. Son muchos los ciclistas y excursionistas que ahora pasan por ahí. Muy cerca de la entrada, casi tocando con la autovía, está el vehículo negro. La matrícula coincide con el coche que ha entrado en La Rinconada para llevarse a Sandra Vega. Ahora, la policía tiene acordonada la zona y la científica está tomando huellas del vehículo.

Raúl Cuadras ha ido hasta allí, se ha subido hasta su coche y no se lo ha pensado. Quizá por desesperación ha creído que estando en ese lugar podría llegar a esclarecer algo sobre la desaparición de su novia. Pero no es así.

—Escuche —le pide un agente—. Tiene que dejarnos trabajar ¿entiende?

—Si me hubieran hecho caso al momento quizá no estaríamos así —añade Raúl.

Los de la científica encuentran restos de cabellos en los asientos de atrás. Posiblemente sean de Sandra a falta de acabar de confirmarlo con el ADN. No hay sangre ni fluidos.

Raúl observa el vehículo, ese que un rato antes había estado observando por la grabación de las cámaras de seguridad de la garita

de la urbanización. Saca su móvil y hace una llamada.

—Dime, nene —le responde un hombre al otro lado.

—Necesito tu ayuda, Gabriel.

—¿Qué te ocurre?

—Es Sandra. La han secuestrado.

—¿Qué cojones dices?

—Sí. Tienes que ayudarme, tío.

—Quedamos donde siempre en una hora, ¿te va bien?

—Sí, te veo ahí.

El bar "Juanjo" está en la calle Castro de Oro en el barrio de Opañel, en Carabanchel. El olor a marihuana se hace presente mezclándose con el hedor a sudor y fritanga. Gabriel Requena, un gitano muy respetado con negocios turbios y que vende droga en el barrio, está sentado en la última mesa del local. Se está fumando un cigarrillo y bebiendo una copa de coñac. Raúl Cuadras nunca se ha sentido orgulloso de consumir cocaína u otro tipo de sustancias, pero cuando conoció a Sandra en un bar del centro todo cambió, pero no del todo. Infinidad de veces le había prometido que las dejaría, pero el mono era más fuerte que él. Muchas veces, a escondidas, llamaba a Gabriel para comprarle unos gramos. Hubo un tiempo en el que se dedicó también a vender, pero, de buenas maneras, Gabriel le dijo que el negocio era suyo. Que le daba una oportunidad y que si continuaba con los trapicheos le cortaría la polla.

—Siéntate, compadre —le dice a Raúl en cuanto lo ve.

El novio de Sandra se sienta en la silla que hay libre.

—Gracias por verme tan rápido.

—No hay de qué, amigo. Cuéntame, ¿qué mierda es esa de que han secuestrado a tu churri? Ni que estuviéramos en México, joder, o en una puta película.

—Hablaba con ella por teléfono —explica—, y la llamada se cortó Fui a verla hasta su casa y no estaba allí. He podido comprobar por las cámaras de la urbanización que un tío con un coche negro se la ha llevado. Ella iba detrás, tumbada en el asiento. El coche ha aparecido en La Casa Quemada, la policía está ahora investigando. Tienes que ayudarme a encontrarla, Gabriel. Estoy completamente desesperado no puedo perderla.

—Ya te advertí que salir con esa tía te traería problemas… una chavala con tanto dinero y viniendo de la familia que viene... Las tías con dinero solo pueden traer problemas… ¿No ha llamado nadie para algún rescate?

—No que yo sepa.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo, verdad, Raúl?

—Sí, joder. Quiero que la encuentres con tus recursos. Sé que puedes hacerlo.

—¿Eres consciente de la deuda que vas a adquirir conmigo? Encontrar a tu paya vale mucho, nene.

—Sí, Gabriel. Lo sé.

—Dame una foto de tu churri, la más reciente que tengas y me cuentas todos los detalles de lo ocurrido, de absolutamente todo. Y n un puto día te despegues del teléfono, un día te pediré que me pague la deuda que acabas de adquirir.

Raúl sale del bar. Contempla la calle y se estruja la frente con sus manos. Tiene un lío en la cabeza de tres pares de cojones.

—Me cago en la puta —susurra—. ¿Dónde cojones te han llevado Sandra?

Ahora es Gabriel quien aparece en su cabeza. El gitano está en sus pensamientos y sabe que ya no hay vuelta atrás. Muchos dirán que pedirle ayuda al Requena es un grave error, porque si le pides un favo al gitano estás perdido. Y Raúl sabe que un día, no sabe cuándo tendrá que pagar una deuda muy cara. Demasiado.

CAPÍTULO 24

Cecilia ya no responde. A través del respiradero solo hay un silencio estremecedor. Sandra no quiere creer que esa chica que también estaba secuestrada puede llegar a estar muerta. «¿Qué quería decir Ceci con lo de que hay algo que no encaja?». Se pregunta. Quizá esa pregunta nunca tenga respuesta.

Observa a su alrededor. Ese lugar es oscuro y frío. Verdaderamente aterrador. La cerradura vuelve a oírse, la puerta se abre. El hombre de la máscara blanca, esa que da tanto miedo, entra y se queda de pie, mirándola.

—¿Qué has hecho con Cecilia? —indaga.

—Túmbate en el colchón —le ordena el hombre.

—No.

—No te lo voy a volver a repetir. Túmbate en el colchón o te ocurrirá lo mismo que a Cecilia.

Sandra traga saliva. Ahora sabe que a Ceci le ha ocurrido algo. Posiblemente esté muerta.

—Túmbate —le vuelve a ordenar el hombre—. Conseguir a otra chica no me costará nada, tampoco sería difícil cortarte el cuello... túmbate, por favor.

La joven obedece, no tiene otro remedio. Si consigue seguir con vida quizá encuentre en algún momento la manera de salir.

—Súbete el vestido —le pide el hombre de la máscara.

Sandra obedece. Lentamente, se sube el vestido blanco y sucio dejando ver su sexo. Ahora, el secuestrador saca de su bolsillo una pequeña cámara de fotos *Sony* y enfoca hacia la chica mientras se acerca hacia ella.

—No te muevas. —El hombre aprieta el botón de capturar imagen varias veces. Observa la pantalla digital y desecha algunas.

—¿Qué haces? —quiere saber Sandra.

—Te he dicho que no te muevas.

El tipo de la máscara, esa tan aterradora, hace varias fotografías más y le pide a la joven que ahora se quite el vestido y se quede desnuda.

—Y ahora, siéntate, apóyate contra la pared y abre las piernas. – El hombre no ha de hacer fotos de la chica con las piernas abiertas, no es importante para el plan, eso lo hace solo para él, quizá por obscenidad.

Sandra vuelve a obedecer, no le queda otra. Evita a toda costa sentirse sucia, no quiere darle poder a ese horrible hombre que le pide esas cosas obscenas. Ella es fuerte, sabe que, de una manera u otra saldrá de ahí con vida. El secuestrador hace varias fotografías más y desecha, de nuevo, las que no le gustan. Se guarda la cámara en el bolsillo y le indica que ya se puede vestir.

—Más tarde volveré —añade él—. Te traeré comida y agua.

La puerta vuelve a cerrarse cuando el hombre sale de la sala. Sandra llora, no puede evitarlo, sabe que cuando ese cerdo vuelva con comida y agua será para volverla a dejar dormida y ocurrirá eso tan terrible que no quiere ni imaginar. Pero, es en ese momento, cuando se le ocurre un plan, y está segura de que no fallará.

CAPÍTULO 25

Pan Bendito es un barrio del distrito de Carabanchel en el que viven, sobre todo, inmigrantes que vinieron en los años cincuenta provenientes de regiones como Andalucía o Extremadura. Barrio obrero donde casi todo el mundo se conoce. En un bloque de la calle Besolla vive Inés Alonso, mujer de treinta y nueve años y, según parece, ex pareja del colombiano muerto, Carlos Alberto Londoño.

Amaia y Rocío entra en el portal y suben hasta la cuarta planta. No necesitan llamar al interfono de abajo, la puerta está forzada y reventada. La puerta C está descolorida y tiene un Cristo pequeño colgado de la mirilla. El timbre no funciona, así que la inspectora golpea la puerta con los nudillos. Al minuto, una mujer un poco obesa y con el cabello grasiento abre.

—¿Inés Alonso? —le pregunta Rocío.

—Soy yo —responde—. ¿Qué quieren?

La vasca y la agente Contreras enseñan sus placas y le piden permiso para pasar. La mujer abre del todo la puerta y las invita a sentarse en unas sillas medio podridas que hay en el comedor. Da la sensación de que casi están comidas por termitas hambrientas.

—Ustedes dirán —suelta la mujer—. ¿En qué les puedo ayudar?

—Queremos hablar de Carlos Alberto Londoño, usted fue su pareja —le explica Amaia.

—No era mi pareja —corrige—. Solo follábamos de vez en cuando.

—Pero en el registro consta como su ex pareja y persona de contacto…

—Sí —interrumpe la mujer—. Pero fue porque una vez le dio una buena pájara después de fumarse un porro y beber como un cabronazo y lo acompañé al hospital. La enfermera dejó anotado mi teléfono y mis datos, así me podrían localizar por si volvía a ocurrir algo parecido. Pero ese cerdo no ha sido mi pareja en mi puta vida… ¿qué le ha pasado ahora?

—Está muerto —responde la inspectora.

—Joder… ¿Por qué?

—Al parecer quiso matar a unos policías —le dice, omitiendo que fue a ella a quien quiso asesinar—. ¿Qué puede decirnos sobre él? Creemos que trabajaba como sicario o hacía encargos para alguien…

—Bueno, a Carlos lo conocí en Segovia. Él vivía allí desde que vino de Colombia —relata—. Yo me prostituía y así lo conocí. La primera vez me pagó por una mamada… a los días me volvió a llamar para follar. Sin más.

—¿Desde cuándo lleva viviendo aquí en Madrid? —indaga Amaia.

—Desde hace unos dos años, más o menos. Tengo un amiga que me dijo que aquí se ganaba mucho dinero, más que en Segovia… y así fue. No me va mal. A los madrileños les gusta follar, y mucho. Y cuando gana el Madrid, más.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Carlos Alberto? —la pregunta se la hace ahora Rocío.

—Hace un par de semanas. A veces venía y pasábamos el día juntos. Me pagaba, claro. Un día entero gratis con ese no me he pegado en la puñetera vida… yo estoy para ganar dinero, y no para perderlo, y mucho menos el tiempo.

Amaia le explica a Inés los delitos en los que el colombiano había sido acusado. La mujer le dice que era consciente, pero que mientras hubiera dinero de por medio le daba igual.

—¿Sabe con qué tipo de gente trataba o había visto alguna cosa extraña que hiciera con alguien? Cualquier dato puede ser importante.

—Nunca lo veía con nadie, excepto con un tío de aquí, un hijo de la gran puta, eso sí. La verdad es que Carlos venía mucho por Madrid para verse con ese hombre, y de paso, pues quedábamos. Él follaba y a mí me pagaba, y mucho, eh, que yo soy de las que se dejan da hasta por detrás, y eso a él le gustaba más que nada. Y otras cosas mucho más extrañas que no quiero ni mencionar.

—¿Sabe quién era ese hombre con el que se veía? —le pregunta Amaia.

—Claro. Un abogado, Rafael se llama.

—¿Rafael Pomares?

—Exacto. Rafael Pomares… menudo cabrón.

—¿Por qué lo dice? —quiere saber la inspectora.

—Porque un tío me pegó una vez, en su casa. El mierda me ató a la cama y comenzó a darme una paliza mientras me follaba y me metía de todo por el coño. Cuando salí de allí lo denuncié, claro. Carlos me puso en contacto con el abogado y me echó una mano con ese caso. Al cabrón que me pegó lo metieron en la cárcel… eso sí, yo al abogado no le pagué con dinero, ya me entienden. Después a ese malnacido lo violaron y le cortaron el cuello en la cárcel. Carlos nunca me lo confesó, pero creo que fue él el que lo organizó. Cosas de hombres… ¿entienden?

—Sí, entendemos.

—Pues lo que les diga, el abogado ese y Carlos hacían muchos trapicheos juntos, pero nunca supe qué era.

—Gracias, Inés.

Amaia y Rocío salen del bloque y, ya en la calle, la inspectora se enciende un Marlboro.

—Menuda tía —salta la agente.

—Sí, pero nos ha dado una buena información.

—¿A dónde vamos ahora?

—A ver al abogado Rafael Pomares.

CAPÍTULO 26

La consulta del doctor Fonseca está muy cerca de Gran Vía. Por lo que han leído Martín y Pedro, es un médico con muy buena reputación y caro. Tiene la consulta en un edificio de oficinas y al parecer toda la sexta planta pertenece a la clínica.

—Joder, aquí hay nivel —suelta el subinspector Osorio.

—No hay nada como tener dinero, compañero —añade Pedro.

Una chica muy guapa y simpática les ha dicho que esperen en la sala de espera, la del fondo. Hay siete butacas, dos plantas y una mesita en el centro con varias revistas para todos los gustos. La puerta se abre y un hombre con una bata blanca se presenta como el doctor Fonseca. Los hace pasar a su despacho.

—Bueno, ¿es sobre Remedios, verdad?

—Así es —afirma Martín—. Su hija Amanda nos ha dicho que alguien entró en la consulta y robó su expediente médico.

—Pues sí —confirma el doctor—. La verdad es que no entiendo nada, tenemos una caja fuerte con dinero que ni siquiera tocaron, y los ordenadores son bastantes caros, pero lo único que se llevan es un expediente de una enferma de Alzheimer…

—¿Sabe por qué pudo ocurrir eso?

—En absoluto. En todos mis años de carrera he visto de todo, me refiero a robos. Algún cliente que le quita el monedero a una señora robos de noche para llevarse dinero o medicinas… pero ¿un expediente? Por el amor de Dios.

—Verá, doctor Fonseca, esto es confidencial —le admite Martín— pero alguien ha secuestrado a Remedios, y creemos que el responsable está relacionado con otro crimen ocurrido hace unos días. Asesinaron a un tal Julián Herrero y se llevaron su cerebro. Creemos que lo de su paciente y él está relacionado.

—¿Por qué lo creen?

—Por un nombre en común que ha aparecido entre ellos en la investigación: Felipe Carrera, ¿le suena?

—Espere… ¿ha dicho Felipe Carrera?

—Sí —le confirma Martín.

El doctor Fonseca enciende su ordenador y, sin decir nada comienza a teclear.

—Otras cosas no lo sé, pero memoria tengo bastante —les explica el médico—. ¿Conocen las gafas de marca *Carrera*?

Los dos subinspectores afirman con la cabeza, confusos.

—Bien —prosigue—, pues hace unos seis años perdí mis gafas de sol, bueno, realmente creo que alguien me las robó, delante de mis narices y no me di ni cuenta… el tema es que quería comprarme unas nuevas y estaba decidiendo entre dos marcas, y una de ellas era precisamente *Carrera*. Y un buen día vino ese tal Felipe, se presentó aquí para hacerse una radiografía. Recuerdo escuchar su apellido y me pareció realmente curioso, pensé que todo era una especie de señal o de coincidencia. Quizá les parezca una tontería pero, aquí está todo. Miren.

Pedro y Martín observan la pantalla del ordenador y comprueban que, efectivamente, un tal Felipe Carrera se visitó en la consulta en noviembre del noventa y dos para hacerse una radiografía. Justo meses antes de entrar en prisión.

—Doctor, ¿cuándo se visitó aquí por primera vez Remedios? –quiere averiguar Pedro.

—Pues… un segundo. —El médico vuelve a teclear en e ordenador y a los poco segundos encuentra la información que busca pero se queda bastante sorprendido—. Qué curioso…

—¿Qué ocurre, doctor?

—El día que vino ese tal Felipe Carrera a la consulta fue justo e primer día que Remedios se visitó aquí, incluso coincidirían en la sala de espera. Por lo que veo en la ficha vino con su hija Amanda recomendada por un primo suyo.

—Mucha coincidencia —suelta Martín—. Pero nosotros…

—No creemos en las coincidencias —prosigue Sierra.

CAPÍTULO 27

Gabriel Requena abre la puerta del piso y de seguida un chiquillo de unos siete años va corriendo hacia él.

—¡Papá, papá!

—Hola, renacuajo. —Gabriel lo coge en brazos y le da un beso— ¿Dónde está tu madre?

—En la cocina, haciendo la comida.

Eso ya se lo imaginaba Gabriel. El olor a las lentejas de la Mari se podía oler desde el rellano. Cuando entra en la cocina, la agarra por detrás y le estruja el culo.

—Cada día estás más buena, niña —le suelta.

—¿Ya vienes bebido? —le pregunta ella a la vez que le da un beso.

—No, Mari, déjate de mierdas, anda. Esas lentejas huelen que alimentan, eh.

—¿Ya me estás haciendo la pelota, nene?

—No, mujer. Por cierto, comeré rápido, el Pepe viene en un rato Tenemos que hablar de negocios.

—¿Pepe? Ya sabes que ese tío no me cae bien y no me…

—¿Y desde cuándo mandas tú en esta casa, mujer? Te he dicho que luego viene Pepe, y punto.

Mari no dice nada. Se pone a remover las lentejas y las prueba.

—En cinco minutos estarán —le dice ella—. Avisa al niño y que se vaya lavando las manos.

A las dos y media, cuando ya han comido, suena el timbre de piso. Es Mari la que abre y ve a Pepe en el rellano.

—Hola, Mari —saluda—. He quedado con Gabriel.

—Lo sé. Pasa, anda, está en el despacho.

—Gracias, bonita.

Pepe *el alicates*, que así lo llaman, camina por el pasillo. Ya son muchas las veces que ha estado en el despacho de Gabriel hablando de negocios, ninguno bueno, por supuesto. Llama a la puerta y el gitano al otro lado le invita a pasar.

—¿Qué hay, compadre? —dice al entrar.

—Hola, hermano —saluda—. Pasa, hombre, siéntate.

Los dos se fuman un cigarrillo cada uno y se beben una copa de orujo. Charlan sobre el tiempo, de mujeres, de apuestas deportivas y por supuesto, del clan de los Montoya.

—Bueno, al lío, Pepe. —Gabriel deja sobre la mesa una fotografía de Sandra Vega—. Hay que encontrar a esta paya.

—Es guapa —admite Pepe.

—Se llama Sandra y al parecer alguien se la ha llevado de La Rinconada.

—¿Tiene pasta?

—Bastante. Ella es modelo, y de buena familia.

—Dame más información, compadre.

Gabriel le explica todo lo que sabe sobre ella. Al menos la información que su novio Raúl le ha facilitado. El gitano saca un fajo de billetes de diez mil del cajón del escritorio y se lo lanza hacia Pepe.

—Con eso ya tienes para comenzar.

—Aprovecharemos antes de que venga el dichoso Euro.

—El Euro ese me come los huevos, de momento lo que vale aquí es la Peseta… así que dale caña. Ya sabes que estoy para cualquier

cosa que necesites. Llama a los tuyos y encontrad a la paya.

—Hecho, Gabriel.

CAPÍTULO 28

La casa de Rafael Pomares está en La Moraleja, una urbanización de lujo que está situada en Alcobendas, al norte de Madrid.

—Menuda casita, eh —suelta Rocío—. No hay hada como ser abogado.

—Más que abogado, abogado corrupto —le rectifica Amaia.

Amaia y la agente Contreras llaman al interfono de abajo, un hombre responde, ellas se presentan y el abogado les abre la puerta. La casa de Rafael está al final de una calle privada de la urbanización, protegida por altos cipreses y una verja negra de hierro que oculta buena parte de la parcela. Es moderna, de líneas rectas y enormes ventanales oscuros, revestida en piedra clara y madera tratada. A un lado del jardín, perfectamente cuidado, descansa una piscina más grande que el piso de la inspectora. Dos vehículos de alta gama permanecen aparcados bajo un porche minimalista, mientras varias cámaras de seguridad vigilan discretamente cada rincón de la propiedad. Todo en esa casa transmite dinero, poder y la necesidad obsesiva de mantener el mundo exterior a distancia.

—Hola, señor Pomares —le saluda Amaia—. Soy la inspectora Garmendia, y ella es la agente Contreras, ¿podemos pasar?

—Adelante —les dice en un tono serio.

El abogado las conduce hasta el salón tras atravesar un amplio recibidor de mármol que huele ligeramente a madera barnizada y café recién hecho. La estancia principal es enorme, silenciosa, podría decirse que casi demasiado perfecta. Unos ventanales de suelo a techo dejan ver el jardín y la piscina exterior, mientras una cortina gris cae pesadamente a ambos lados del cristal.

El salón está decorado con un lujo elegante y frío. Sofás italianos de cuero beige, una mesa baja de cristal negro y una chimenea, que seguramente cuando esté encendida, los reflejos de las llamas iluminen las paredes de piedra natural. Sobre una estantería descansan varios premios jurídicos, fotografías con políticos, jueces y empresarios conocidos. También una colección de botellas de whisky carísimas perfectamente alineadas.

—Siéntense, por favor. —El abogado señala su sofá con una sonrisa falsa.

—Gracias —le dice Amaia.

Los tres están sentados. Hay silencio, incómodo. La tensión se hace presente. Pero es Rocío la que decide hablar.

—Gracias por recibirnos, señor Pomares.

—No hay de qué. Considérense afortunadas, no suelo recibir visitas sin cita previa. Bueno, díganme, ¿qué puedo hacer por dos policías tan guapas como ustedes? —les pregunta en tono chulesco. El rostro de Amaia ha cambiado, dejando claro al abogado que no vaya por ese camino.

—¿Conoce a un tal Carlos Alberto Londoño? —indaga la inspectora.

—No sabría decir…

—Fue cliente de usted, un colombiano, un tío fuerte. No me creo que un abogado de su talla no recuerde a un cliente suyo…

—Ah, sí, ahora lo recuerdo —interrumpe el abogado—. Acusado de asesinato, ¿verdad?

—Así es —le confirma Rocío.

—Lo recuerdo perfectamente. Que yo sepa el señor Londoño quedó en libertad, no hubo al final ninguna prueba incriminatoria contra él.

—Lo sabemos —añade Amaia—. Hemos leído el informe: un empresario muerto de un tiro en la cabeza y tres testigos que afirman haber visto al colombiano en la escena del crimen sacar un arma, por

no hablar de una cámara de seguridad que se estropeó los cinco minutos de antes… debe ser usted un muy buen abogado.

—El mejor, inspectora. —El señor Rafael Pomares muestra ahora una nueva sonrisa falsa, y se le nota a leguas—. Bien, ¿qué ocurre exactamente con el señor Londoño?

—Está muerto —responde Amaia, tajante. Pero el abogado no parece sorprenderse.

—Bueno, no le voy a negar que el señor Londoño ha tonteado muchas veces con la justicia, y alguien así al final puede acaba teniendo problemas, incluida la muerte, claro.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio, señor Pomares?

—El día en el que lo declararon inocente.

—¿Seguro?

—¿Está poniendo en duda mi respuesta, inspectora?

—No, solo quiero asegurarme.

—Por cierto, ¿desean tomar algo? He sido muy desconsiderado no preguntando.

—Yo no quiero nada.

—Tampoco. Gracias —añade la agente.

—¡Beatriz! —llama él.

En menos de un minuto una chica de no más de veintidós años con cabello rubio y de tez blanca entra en el salón. Viste con un vestido muy corto de color blanco y lleva zapatos de tacón enormes que parecen incomodar. Pero lo que más llama su atención es su escote.

—Dígame, señor Pomares —dice la joven.

—Tráeme una copa de whisky, por favor. Y acuérdate de ponerme solo un cubito de hielo, anda.

Amaia y Rocío continúan haciendo preguntas al abogado, pero no hay ninguna respuesta clara y tampoco llevan a nada que las ayude. El señor Pomares sabe perfectamente como esquivar cada una de ellas.

A los pocos minutos, Beatriz le da al abogado una copa de whisky, él la mira y le guiña un ojo, pero mientras se aleja observa atentamente sus piernas.

—Este whisky es escocés —les explica—. Solo hay sesenta botellas en el mundo, y una de ellas la tengo yo…

Da la sensación de que se da aires de grandeza mientras habla de la bebida que lleva en la copa.

—… este pequeño sorbo que le estoy dando a la copa que Beatriz me ha traído —prosigue— vale mucho más de lo que cobrarán ustedes juntas en un año entero.

—¿Nos quiere vacilar, señor Pomares? —le suelta Amaia.

—Lo que quiero es que se marchen de mi casa antes de que llame a sus superiores. Les he dejado pasar amablemente pero ustedes indagan sobre un caso que un juez ya cerró… o tienen una orden para reabrir ese caso, cosa que dudo… o se largan ahora mismo de aquí —les dice mientras le da un nuevo sorbo al whisky.

—Vámonos, Rocío —indica Amaia.

—Ya saben donde está la puerta, y cierren al salir. —El abogado se cruza de piernas y le da otro sorbo a la copa, emitiendo un sonido desagradable.

Cuando la inspectora Garmendia y la agente Contreras salen de la casa del abogado se alejan lo suficiente para que las cámaras que enfocan hacia el exterior no las lleguen a ver. Amaia se enciende un cigarrillo y resopla.

—Ese cabrón me ha puesto de los nervios —señala.

—Lo sé, conozco tu cara cuando te pasa. ¿Qué opinas?

—Que gilipollas no es, eso seguro. Está pringado hasta arriba… pero todavía no sé con qué.

CAPÍTULO 29

Martín y Pedro salen de la consulta del doctor Fonseca y ninguno de los dos comprende por qué no hay ni una sola cámara de seguridad en la clínica.

—¿Entiendes algo, Pedro? Una clínica de lujo con un médico con pinta de llevar un Rolex los fines de semana y no tiene ni una puta cámara… será cabrón agarrado.

—Quizá después de esto se las instale…

—Y una mierda, ¿no lo has oído? Le han robado un montón de veces y nunca se ha puesto nada, no creo que ahora se le encienda la bombilla.

El subinspector Sierra saca su Petaca del interior de la cazadora y le da un trago al whisky.

—Antes te cortabas —le dice el subinspector Osorio—-, pero ahora ya ni eso, compañero.

—Lo siento. No he podido evitarlo.

—Sé de gente que puede ayudarte, Pedro.

—No necesito ayuda. Estoy bien, de verdad.

La conversación es interrumpida por la melodía de llamada de *El último mohicano* que suena en el teléfono móvil de Martín.

—Es Amaia —indica antes de responder—. Dime, Amaia.

—¿Cómo os va?

—Acabamos de salir de la clínica del doctor Fonseca.

—¿Y qué os ha dicho?

—A ese tío le han robado más veces y no tiene ni una sola cámara el muy cabrón… pero escucha esto: la primera vez que Remedios se visitó en su consulta, hace ya varios años, adivina quién vino también el mismo día a hacerse una radiografía…

—Sorpréndeme, Martín.

—Felipe Carrera.

—¿En serio? Joder…

—No sabemos dónde está exactamente la clave en esa historia pero mucha coincidencia, jefa.

—Demasiada… y nosotros no creemos en las coincidencias.

—Amaia, dame un momento, tengo otra llamada y es importante.

Osorio pone a la inspectora en espera, y eso solo puede significa una cosa: alguien con un dato muy importante posiblemente este llamando, ya que en la brigada de homicidios que maneja *la vasca* lo más importante es un caso y prestarle atención a ella.

—Ya estoy aquí —dice después de recuperar la llamada.

—¿Quién era, Martín?

—¿Recuerdas que te hablé de un contacto amigo mío que me debía un favor? Me ha conseguido las cuentas de los padres de Agustín, el chaval que salió huyendo y fue atropellado… algo me olía mal así que le pedí los datos.

—¿Y bien?

—Será mejor que lo veas, Amaia. He quedado con mi amigo en diez minutos para que me dé toda la información … ¿nos vemos en el Luque? Es algo gordo, Amaia. Muy gordo.

—Bien. Nos vemos en una hora allí —le confirma ella.

CAPÍTULO 30

Pepe *el alicates* observa de nuevo la fotografía de Sandra Vega Pasa sus grasientos dedos por ella como si la estuviera acariciando.

—Está buena la *jodía*, eh —les dice a los que le acompañan en la sala—. Pues a esta es a la que hay que encontrar. ¿Os ha quedado claro?

Los tres que están en la sala dicen que sí, todos a la vez, como si fueran robots que acaban de salir de una cadena de montaje.

El que hay a la izquierda, que es el más bajito, le llaman *Godoy*. El del medio, que tiene la cara pecosa y es un poco pelirrojo, se llama Guillermo, y el último, el más fuerte y grande lo llaman *Carroña*. Tres pájaros que en más de una ocasión han estado en la cárcel, pero que harían todo lo posible por encontrar a alguien, y mucho más si hay dinero o droga de por medio.

—¿Qué probabilidades hay de que esa pájara esté muerta, Pepe? —quiere saber *Godoy*.

—Cincuenta y cincuenta por ciento, quizá. Si la encontramos viva la recompensa será mejor, claro.

—¿Te ha dicho Gabriel si podemos divertirnos con ella cuando la encontremos? —pregunta *Carroña*—. Una jaca así hay que catarla.. seguro que lo tiene todo rasuradito.

—Es un trabajo limpio, hostias —zanja Pepe—. A la paya ni se la toca, ¿estamos?

—Tú pregúntale al gitano por si acaso, nunca se sabe —añade Guillermo.

—Sois unos putos degenerados —les suelta *el alicates*.

Se beben varias copas de Ginebra y se fuman unos cuantos cigarrillos. *Carroña* saca una pequeña bolsita con cocaína, la extiende en la mesa y prepara cuatro rayas.

—Venga, Pepe —le dice—. Haz tú los honores.

El alicates enrolla un billete de dos mil pesetas y se la mete por la nariz. Los tres hacen lo mismo. Se quedan apalancados en el sillón mientras siguen bebiendo.

—¿Alguien se viene a la *Platea*? —les pregunta Guillermo—. Me han dado ganas de que me la chupe alguna guarra.

La Platea es un club de carretera. El dueño se llama Genaro Roldán, que controla el garito como si aquello fuera un hijo más. Está plagado de prostitutas, casi todas de Rusia o Rumanía. También sirve de tapadera a Genaro para el contrabando de droga y otras mercancías, como obras de arte.

Los cuatro han ido al club, según dicen ellos, hay que darse un homenaje antes de comenzar el trabajo. La bienvenida las da, como prácticamente siempre, Tatiana. Una rusa de metro ochenta y uno con el cabello más rubio que puedas haber visto nunca.

—Amigos, bienvenidos —les dice en un perfecto castellano.

—Que buena estás, Tatiana —le suelta Pepe—. ¿Cuándo me vas a dejar que te folle? Dile a Genaro que ya va siendo hora de que te

saque al escaparate.

—Hace ya tiempo que me la pedí yo primero, cabrón —interrumpe Guillermo.

—No os peleéis por mí —añade la chica—. Ninguno de los cuatro me tocará ni un pelo, así que esta discusión es bastante absurda. Seguidme, pájaros.

Tatiana los acompaña a la sala principal del club. Es grande y hay dos barras de bar, una a cada lado de la sala. En el centro hay una pasarela por la que pasan varias chicas desnudas, y otras con algo de ropa. Los clientes las observan y eligen. Algunos ni siquiera miran hacia la pasarela, solo se sientan en un taburete y conversan con las camareras. Esos suelen ser los habituales, los que están cansados de subir con chicas a las habitaciones y solo quieren alguna pequeña distracción alejándose de los problemas de sus hogares.

—No hay mucho ambiente hoy —señala *Godoy*.

—Bueno, estamos a jueves, los fines de semana y los viernes es cuando más se llena el club —dispara Pepe.

—Y no olvidéis los lunes —apunta *Carroña*—. Que están los tíos hasta los huevos de haber discutido todo el fin de semana con sus mujeres y ese día vienen a darlo todo.

Los cuatro ríen mientras se dirigen hacia la barra. Se piden cuatro cubatas y miran los pechos de la camarera. Guillermo suelta una palabra obscena y se lleva la mano a sus partes.

—Bueno, voy al lío —dice él—. Vamos a ver a cuál de ellas me subo hoy, que ya la tengo durísima.

Guillermo se aleja hacia la pasarela. Se sienta en una de las butacas y se enciende un cigarrillo mientras da sorbos a su cubata.

—Bueno —añade Pepe—. Mientras este se desfoga nosotros vamos a pensar en lo siguiente… A la tal Sandra Vega hay que encontrarla sea como sea. Gabriel va a pagarme bastante por la tía, así que

cuanto antes la podamos localizar mucho mejor. Ya sabéis que a gitano tenemos que tenerlo contento.

—¿Por dónde comenzamos, Pepe? —quiere saber *Godoy*.

—Prestad atención, tengo un plan de puta madre.

CAPÍTULO 31

El chaval que ronda los veinticinco años, guapo, elegante y bien repeinado que está siguiendo a Rocío y a Amaia, se enciende un pequeño puro mientras espera a que salgan de la casa del abogado Rafael Pomares. Mientras saborea cada una de las caladas como si fuera la última, recuerda la llamada que ha tenido un rato antes.

—¿Qué pasa? —le ha preguntado el hombre.

—No te lo vas a creer… han venido a ver al abogado.

—Hijas de puta. Lo van a enfilar al imbécil ese… como se vaya de la lengua… quizá hoy no, pero ese es de los que al final cantan.

—¿Qué propones? —le preguntó el chaval.

—Pues lo que pone en el contrato, mata al abogado. Que parezca un suicidio. ¿Tienes todo lo necesario?

—Claro, está en el coche.

—Bien. Pues de momento deja a las policías y ocúpate de él. Llámame cuando termines.

—¿Y qué hago con la chica?

—Le das un teléfono de esos de prepago y que espere la llamada como siempre.

—Hecho.

El chaval vuelve a dar una nueva calada y observa las casas que hay a su alrededor. No le sorprenden las de La Moraleja, ha estado en otras mucho más elegantes y majestuosas. Desde su posición ve como la inspectora y la agente salen de la casa del abogado. Después de que Amaia se fume un pitillo, las dos se suben al coche y se marchan. E

chaval coge su pequeño puro, le da una última calada, lo apaga bien asegurándose que no puede volver a prender y lo guarda en una pequeña caja metálica dentro del coche. No quiere dejar rastro de su ADN por ahí. Eso ya lo aprendió hace tiempo. Abre el maletero y busca entre todo lo que tiene. Al final la encuentra, es una cuerda de yute gruesa. Lo único que tiene que hacer es el nudo a la soga, no es la primera vez que lo hace, el chico ya tiene experiencia en eso. Como siempre suele decir «será coser y cantar».

CAPÍTULO 32

—Te has dado cuenta de que la novata está últimamente más feliz, más sonriente…

—¿Qué quieres decir, Martín? —quiere saber Pedro.

—Joder, pues eso, que me parece que sale con alguien.

—Bueno, ¿y qué? Deja a Rocío salir con quien le salga del chocho. Ya te dije una vez, y ella también te lo dejó claro, que las posibilidades con ella eran cero.

—Lo sé, Pedro, no hace falta que me lo recuerdes.

La puerta del Luque se abre y entran Amaia y la agente Contreras. Lo primero que hace la inspectora es pedir una copa de Bourbon, y Rocío se pide un botellín.

—¿Qué tenéis? —suelta *la vasca*, mirando sobre todo a Martín.

—Mira esto, jefa. —El subinspector Osorio abre una carpeta en la que hay diferentes folios—. Estos son los extractos de la cuenta de Sonsoles y Luis, los padres de Agustín Díaz, el chaval que salió huyendo cuando se le preguntó por el muerto Julián Herrero. Tengo un amigo que trabaja en un banco, tiene bastantes contactos…

—¿Por qué has querido saber sobre sus cuentas? —indaga la inspectora.

—Cuando entraron en la habitación del hospital, cuando hablábamos con el chaval, me fijé en el reloj del padre, ¿no os disteis cuenta? Aquello brillaba más que la mesita de noche de un gitano.

—¿Qué quieres decir, Martín?

—Pues que no me pega que ese tío tenga un reloj de esas características, y no era falso. Además, el chaval no solo me sacó

ventaja por ser más joven y más delgado, el cabronazo llevaba unas deportivas que valían más que mi sueldo. Y, bingo, en esos extractos lo tienes todo, jefa.

Amaia observa detenidamente los documentos y comprueba que el matrimonio tuvo diferentes ingresos días antes de lo acontecido. Importes muy elevados que provienen de un número de cuenta desconocido.

—De puta madre, Martín, buen trabajo —lo felicita la inspectora—. Vamos a por los padres.

CAPÍTULO 33

Rafael Pomares coge el pequeño canuto de cartón, se inclina y esnifa la raya de cocaína que tiene preparada en la mesa. Suelta un grito que ha salido de la más pura adrenalina y se tumba en el sofá. Se desabrocha el pantalón, se baja la cremallera y se queda desnudo de la parte de abajo mientras acaricia sus testículos sudorosos.

—Dale, nena —le dice a Beatriz, su criada—. Toda tuya.

La chica, que ha tenido que ver como su jefe esnifaba la droga tiene que hacerle ahora una mamada al abogado. Eso ocurre cada día y a veces también tiene que follar con él. Le da asco, le repugna esa situación, pero no tiene otro remedio. Tiene que hacerlo. Se aparta el cabello y comienza a chupársela.

—Métetela entera en la boca, ya sabes que me gusta que te den arcadas —suelta él—. Y la leche, en la boca.

En ese momento no lo ve venir, el chaval repeinado viene por detrás, coge a la chica del cabello y la aparta sin agresividad, como si fuera un pianista tocando las teclas. El abogado abre los ojos y se percata de lo que ocurre.

—Hijo de… —Antes de terminar la frase, el chaval lo ha dejado inconsciente—. Coge tus cosas y lárgate de aquí. Toma y espera la llamada, es de prepago, como siempre —le dice ahora a ella, a Beatriz.

Ella contempla el teléfono móvil que acaba de recibir. Ya sabe lo que eso significa, no hace falta que le den demasiadas explicaciones. No dice nada, solo asiente con la cabeza y sube hacia la planta de arriba para hacerse su maleta. Una vez le ocurrió exactamente lo mismo, no fue ese chaval guapo y repeinado el que lo hizo, pero vino

otro hombre, más mayor, pero también guapo y elegante. Entró en la casa en la que estaba y de varios disparos se cargó a aquel juez Ocurrió lo mismo que ahora, recibió un teléfono y órdenes de espera una llamada, una llamada que tardó seis días en llegar.

El abogado Rafael Pomares abre los ojos. Se siente desconcertado, le duele la cabeza y siente un pequeño mareo. Nota algo en su cuello, y cuando se percata de lo que tiene se queda horrorizado. Observa a su lado, reconoce al chaval que tiene a escasos dos metros. Es ese chico repeinado y elegante con el que ha hablado muchas veces.

—¿Qué cojones haces? —quiere saber el abogado.

—Conoces las reglas, Rafael. Leíste el contrato.

—¡No he dicho nada, joder! —grita.

—Puede que no, pero lo harás. Conocemos a los que son como tú… te has visto involucrado en un interrogatorio, y sabes que eso no lo podemos tolerar.

—¡Os juro que no diré nada!

—Desde La Corporación agradecemos todos tus servicios prestados, Rafael, pero ya sabes que esto no es cosa mía.

No hay más palabras, las explicaciones se acabaron, y a partir de ahí solo existe un silencio espeso, insoportable. El abogado está inmóvil, con la mirada clavada en el vacío. En una fracción de segundo lo comprende todo, sabe lo que va a ocurrir. El chaval repeinado da un paso al frente, su expresión no cambia. No hay rabia, ni duda, ni siquiera un poco de compasión. Entonces alza una mano y propina al abogado un leve empujón en el pecho que le hace caer. Rafael pierde el equilibrio y cae hacia atrás. Durante algo más de un segundo agita los brazos buscando algo a lo que aferrarse. No encuentra nada. Solo hay vacío.

La caída desde la planta de arriba provoca una fractura de la tercera vértebra cervical. La médula queda gravemente dañada por el

impacto. La muerte es prácticamente instantánea. El cuerpo permanece suspendido, balanceándose lentamente en medio de ese incómodo silencio. Desde arriba, el chaval observa la escena sin pestañear. No hay lágrimas, ni palabras. La soga del cuello lo ha matado rápido. Si alguien viene verá que el abogado se ha suicidado. Dirán que es normal, que las deudas que ha podido acumular han podido con él, o las drogas, o vete a saber qué mierda podrán llegar a inventarse. Una cosa está clara, el abogado ha muerto. Si la policía no lo hubiera relacionado con el colombiano lo más seguro es que estaría vivo. Pero proteger a La Corporación es mucho más importante que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 34

La inspectora Amaia Garmendia ha citado en comisaría a Sonsoles y a Luis, los padres de Agustín Díaz. Ahora están en una de las salas de interrogatorio. Sentados y expectantes a lo que les puedan llegar a decir. Al otro lado del cristal, Amaia y su equipo los observan sin ser vistos.

—El tío está acojonado —señala Pedro.

—Cierto —afirma Rocío—. Le cae hasta el sudor por la frente.

—Los de la brigada tecnológica no han podido averiguar de quién es el número de cuenta de donde provienen los pagos —les explica la inspectora—. Creen que puede ser de un paraíso fiscal, pero está muy bien montado.

—Déjame cinco minutos con ellos —le pide Osorio—. Ya verás como cantan.

—No quiero que se meen encima, Martín. Hablaré con ellos, si veo que no saco nada, entras tú.

—Eso quiere decir que no tendrás que entrar —le dice Pedro sonriendo—. La jefa es bueno en lo suyo.

Cuando *la vasca* entra en la sala de interrogatorios, el hombre parece ponerse tenso. Luis agarra la mano de Sonsoles y la mira.

—Tranquila, todo irá bien —le dice.

—Hola —les saluda Amaia.

Sonsoles y Luis no dicen nada. Solo saludan haciendo un leve gesto con la cabeza. No quieren que se les note, pero están asustados

Son un matrimonio sencillo, sin más. Al menos eso creen ellos. Tiene un hijo algo conflictivo, sí, pero eso no quiere decir que no harían cualquier cosa por él.

—¿Cómo están? —les pregunta la inspectora mientras se sienta en una de las sillas.

—Bien. Pero con ganas de saber qué ocurrirá con nuestro hijo… les recuerdo que por su culpa está todavía en el hospital.

Luis parece haber recuperado la cordura y ahora se siente poderoso, al menos durante esa última frase.

—Su evolución es muy favorable, seguro que en pocos días estará en casa —indica Amaia.

—¿Qué es lo que quiere, inspectora? —le pregunta el hombre con sequedad.

—¿Saben qué es esto? —Amaia deja sobre la mesa los documentos de los extractos de cuenta del matrimonio que ha conseguido Martín. Ningún juez ha autorizado el registro de la cuenta pero es una baza que la inspectora ha de jugar.

La pareja los observa detenidamente y lo reconocen, sobre todo al ver sus nombres en la parte de arriba.

—¿Qué hacen con esto? —quiere saber Luis.

—Responda, señor Díaz —insiste la inspectora.

Después de que su esposa y él se miren durante unos segundos en un completo silencio, el padre de Agustín decide hablar en un tono chulesco, intentando ponerse a la defensiva.

—Es un extracto de nuestra cuenta bancaria. ¿Algún problema?

—Bueno, mire las transferencias recibidas, ¿ve algo extraño?

—No, inspectora, todo parece normal.

—Entiendo… así que estoy hablando ahora con un matrimonio que piensa que recibir diferentes ingresos de una cuenta desconocida es algo muy normal, ¿verdad? Hemos investigado de donde provienen todas esas transferencias, ¿y sabe qué? Que esto pinta muy negro para ustedes…

—¿Está insinuando algo? Mi mujer y yo somos dos personas decentes, no le hemos hecho daño a nadie jamás, somos demasiado honrados…

—Lo que usted diga, señor Díaz, honrados y con dinero… es cuestión de tiempo que averigüemos quién les hizo todos esos ingresos, pero si nos adelantan el trabajo quizá podamos llegar a un acuerdo… los jueces suelen tenerlo en cuenta.

—Díselo, Luis. Todo esto me avergüenza —interrumpe Sonsoles.

—Cállate, mujer —le suelta él.

La inspectora mira a la mujer, la mirada es fija e incómoda.

—Sonsoles —le dice Amaia—, hágalo por su hijo. ¿Quiere que Agustín pase varios años en la cárcel?

—Mire, inspectora —salta el marido—, no puedo consentir que venga aquí y nos amenace con…

—Todo gira en torno a un tal Hans —le interrumpe Sonsoles.

Luis se queda perplejo, su mujer acaba de hablar de algo que no debe. Ya habían decidido no hacerlo, era un acuerdo, gracias a eso todos los ingresos en la cuenta existen.

—Nos acabas de condenar, Sonsoles —le dice él—. ¿Por qué lo has hecho, mujer?

Amaia reconoce ese nombre, y los que están al otro lado del cristal también. Agustín dio ese mismo nombre cuando fue atropellado. Quizá porque, en un estado de lucidez, imaginaba que podía llegar a morir, o simplemente quería joder a alguien.

—¿Quién es Hans? —les pregunta la inspectora.

—Sabemos muy poco de él —le confiesa Sonsoles—. Pero un día nuestro hijo vino y nos explicó que nuestros problemas podían arreglarse. Dijo que había conocido a un hombre en un bar, nunca supo decirnos su nombre. A los pocos días teníamos todo ese dinero en la cuenta. Cuando le pregunté a Agustín me dijo que todo había sido gracias a Hans.

—¿Y ustedes no se extrañaron? De repente, un día, tienen todos esos ingresos y les da igual, ¿no? Un poco extraño todo…

—Mire, inspectora —la interrumpe la mujer—. Somos una familia humilde, pagamos las facturas como podemos… pero, tenemos deudas, demasiadas… Mi madre iba en silla de ruedas y de mi padre mejor no hablar, cuando era pequeña pasábamos penurias seguramente como los suyos, o como los de muchos españoles. Mi marido y yo vimos la oportunidad de llevar una vida mucho mejor que la que llevábamos… solo le hice una pregunta a mi hijo: ¿Para conseguir ese dinero has tenido que hacer algo ilegal que pueda llevarte a la cárcel? Y me respondió que no, que lo único que había hecho era negociar para proporcionar una información, que al parece era muy importante.

—¿Qué información? —indaga Amaia.

—No lo sé —responde Sonsoles—. Tendrán que hablar con Agustín. Dígale que lo cuente todo, que su madre no puede más… y déjele claro que un día iremos a las rocas de la playa para coger cangrejos. Usted dígale eso y él le dirá todo lo que quieran saber.

CAPÍTULO 35

El niño juega a la pelota, de mayor quiere ser futbolista, su ídolo es Guti, el del Madrid. En alguna ocasión se le ha ido el balón hacia la carretera, pero su madre le ha gritado por la ventana diciéndole que n se le ocurra cruzar, y que si lo hace se llevará un buen bofetón.

—¡Juan! —le llama su madre—. ¡A comer!

—¡Ya voy, mamá! ¡Los últimos toques y entro!

—¡Me cago en tu santísima madre! ¡La mesa está puesta! —grita —. ¡Un minuto te doy!

Juan no hace demasiado caso. Su padre, que ahora trabaja en la obra, siempre le dice que es un niño rebelde, y que cuando sea mayo comerá huevos. El chaval sigue dándole toques al balón y el último ha sido fuerte. La pelota cruza la carretera y cae sobre unos matorrales cerca de la nacional. El niño mira hacia su casa, su madre no esta asomada, por eso decide cruzar corriendo para recuperarlo sin se visto. Antes de pasar observa a ambos lados, no viene nadie, así que cruza. Cuando llega a los arbustos coge su balón, pero Juan resbala Algo le ha hecho caer. Se lleva la mano hacia el muslo derecho, e golpe ha sido ahí, le duele. Pero cuando observa hacia su lado el dolo desaparece, su cerebro ahora intenta asimilar otra cosa: hay un cuerpo, el de una chica, repleto de sangre y moscas que lo sobrevuelan. El cadáver comienza a estar en estado de putrefacción Juan grita, ya no se acuerda de su balón. Corre y cruza de nuevo la carretera. Al llegar a su casa le dice a su madre que hay una muerta en el arcén de la nacional, junto a unos arbustos. La comida ya se ha enfriado, pero a Teresa eso le da igual. Ha ido con una vecina para comprobar lo que su hijo decía, y es cierto. El cadáver de la chica esta

repleto de bichos. Algunos parecen que ya se están comiendo la carne
El olor es insoportable. Huele a podrido. Como cuando hace calor y se
va la luz y toda la carne de la nevera se estropea, igual. Al menos muy
parecido. La joven está desnuda, llena de sangre y tiene un corte muy
profundo en el cuello. Ni Juan ni su madre lo saben todavía, pero la
muerta que han encontrado trabajaba de enfermera en un hospital y
se llamaba Cecilia. Y alguien la ha tenido varios días encerrada en una
especie de sótano.

CAPÍTULO 36

Amaia le ha pedido a Pedro y a Martín que se ocupen de habla con Agustín Díaz en el hospital, que ella y Rocío tienen que continua con el caso de Noelia Crespo, la niña desparecida hace cuatro años También se ha sumado a todo eso el asesinato del ex comisario Santiago Ríos. *La vasca* sabe que hay demasiados cabos sueltos.

—Viven aquí —le dice la inspectora a la agente Contreras.

—Bonita zona residencial.

—Sí.

—¿Te han dicho si estarán? —quiere saber la agente.

—Sí, cuando hablé con ellos me dijeron que podíamos pasar a a cualquier hora.

Jaime y Margarita, los padres de Noelia, viven en una de las casas de una zona residencial a las afueras de Segovia. Delante hay un parque, que es justo donde la niña desapareció. Cuando la inspectora y Rocío bajan del coche tienen la sensación de que alguien las observa pero al mirar no ven a nadie. Es como si fuera una sensación extraña de esas que te obligan a girarte cuando notas una presencia. Al llega a la casa suben los dos peldaños que llevan hacia la puerta y pulsan el timbre. Un hombre, con aspecto desaliñado y con una ropa que ha visto mejores días, abre la puerta.

—¿Jaime Crespo? —le dice Amaia.

—Soy yo. Imagino que usted será la inspectora Garmendia.

—Así es, y ella es la agente Rocío Contreras.

—Pasen, por favor.

Cuando entran en la casa, Margarita aparece por el pasillo. La mujer viste con un vestido blanquecino bastante desgastado. La decoración del interior es como si se hubiese detenido en el tiempo hace cuatro años. La limpieza es escasa, el polvo asoma en cualquier esquina y encima de los muebles. Amalia no reprocha nada y tampoco quiere juzgar. Imagina que una hija desaparecida puede llegar a provocar toda esa dejadez.

Los cuatro se sientan alrededor de una mesa, tres de las sillas cojean, y la cuarta da la sensación de que está a punto de romperse.

—Ustedes dirán —salta Jaime, desconcertado—. Cuando recibí su llamada me quedé sorprendido… hace ya mucho tiempo que nadie se preocupa por nuestra hija. El único era el comisario Ríos, pero hace ya tiempo que no nos facilitaba ninguna nueva información, y ahora con su muerte, mucho menos.

Margarita no dice nada, está en completo silencio y con la mirada perdida.

—Bueno —dice Amaia—. El señor Santiago Ríos le pidió ayuda a nuestro comisario, por eso ahora nos ocupamos nosotros… nuestra brigada.

—¿Desde Madrid? —Margarita acaba de hablar, y hace esa pregunta como si desconfiara del trabajo de las personas que tiene ahora en su casa.

—Sí, desde Madrid —le confirma la inspectora—. Nos han asignado esto porque creen que somos los mejores en esto.

—¿Lo son? —quiere saber Jaime.

—Lo somos.

—Mi hija lleva cuatro años desaparecida —explica el padre—. Nos la arrebataron, y no sabemos quién fue. El día que alguien se la llevó nuestras vidas se pararon por completo.

—Lo imaginamos, señor Crespo —le indica Amaia—. Queremos encontrar a Noelia, sea como sea, se lo aseguro. Es nuestra prioridad. Pero necesitamos que nos diga todo lo que ocurrió aquel día, y los días

anteriores, también. Cualquier cosa extraña aunque crean que pueda ser insignificante puede ser clave.

—Lo que ya saben, imagino. Lo hemos contado todo. El ex comisario Ríos decía que alguien vigilaba a nuestra hija desde hace días, dijo que eran unos policías. Esos murieron, y el que investigó la desaparición también. No sabemos nada más… nuestra niña era feliz y risueña. Nadie nos llamó para pedir ni siquiera un rescate… desapareció de la faz de la tierra.

—Hubo una testigo, ¿cierto?

—Sí. Una mujer vio una furgoneta en el parque, el día que se llevaron a Noelia —afirma Jaime.

—Una Mercedes Benz —señala Amaia—. Según parece es la misma que usaban esos policías de narcóticos para seguir a su hija.

Ya le gustaría a Amaia poder hablar con esa testigo, pero mientras indagaba ha descubierto que falleció de un accidente de tráfico.

—Santiago Ríos ya habló con esa testigo, pero solo pudo mencionar esa furgoneta con el faro delantero roto —le explica el padre—. Pero esa mujer falleció en un accidente.

—Lo sabemos —comenta Rocío—. ¿Algún dato más que recuerden?

—No. Nada. ¿Qué más quieren? Como saben hace cuatro años que se marchó, por aquí han pasado decenas de agentes y todos hacen preguntas, y después, nadie la encuentra. Incluso el policía que estaba en la investigación falleció… era Vicente Prado, un policía excepcional. Dijeron que se había suicidado, todo mierdas, inspectora. Detrás de la desaparición de mi hija hay algo muy oscuro.

Amaia y Rocío se miran, lo suficiente como para que se digan con esa mirada que saben perfectamente que en todo eso hay algo muy oscuro, cierto. Demasiado, quizá. Unos agentes de narcóticos siguen a una niña, la secuestran aunque no haya pruebas de ello, después asesinan a esos agentes de narcóticos y al policía que investiga la

desaparición de Noelia. Alguien se carga al ex comisario que continuaba indagando sobre el caso, y unos sicarios disparan a comisario Mendoza intentándolo asesinar, tanto a él como a Amaia por entrometerse en esa investigación. Sí, *la vasca* sabe que detrás de todo eso no solo hay algo oscuro y turbio, si no que probablemente involucre a gente que esté muy arriba. Cuando hay policías implicados suele ser lo que al final acaba sucediendo.

—No tenemos nada nuevo que de momento podamos decirles —añade Amaia—. Pero les quería decir que vamos a hacer todo lo posible para averiguar todo lo ocurrido.

Jaime y Margarita han escuchado esa frase demasiadas veces por eso prefieren no decir nada ni alabar lo que dice la inspectora. Se despiden cordialmente de los padres y las dos se marchan. Ya no pueden hacer nada más ahí.

Cuando salen a la calle, Amaia se enciende un cigarrillo y saborea cada una de las caladas intentando esclarecer toda la información que tiene metida en su cabeza. Y es ahí cuando recibe una llamada a su teléfono móvil. Es de central.

—La llamamos, inspectora, porque consta en el acta que usted ha ido a verle —le dice la voz—, el señor Rafael Pomares ha fallecido, lo han encontrado muerto en su casa. Al parecer se ha suicidado.

Amaia cuelga la llamada. Piensa durante unos segundos y apaga el Marlboro en el suelo pisándolo con la bota.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Rocío.

—Se han cargado al abogado.

—¡Joder! —exclama la agente—. ¿Quién?

—Hay que averiguarlo, de cara a la galería se ha suicidado.. alguien nos la ha metido doblada.

CAPÍTULO 37

El subinspector Pedro Sierra y el subinspector Martín Osorio están en la habitación del hospital y tienen a escasos metros, tumbado en la cama, a Agustín Díaz. El chico, cuando los ha visto entrar, a girado la cara para evitar incluso saludarles.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —les dice mirando hacia la ventana—. Así que ya podéis marcharos de aquí.

—Hemos estado hablando con tus padres, chaval…

—¿Y?

—Pues que lo han confesado todo, nene —le indica Sierra—. Te tenemos cogido por los huevos, ya no hace falta que finjas o que te hagas el imbécil.

—No sabéis una mierda… ya he dicho lo que sabía, y es que no sé nada, ¿entendéis?

—Tu madre nos ha dicho que un día —Martín hace una pausa mientras se acerca a la cama— iréis a la playa para coger cangrejos entre las rocas.

Agustín Díaz se ha quedado callado, incluso blanco por momentos, como si hubiera visto un fantasma. Solo él y su madre saben que significa esa frase: quiere decir que hubo tiempos mejores momentos en los que todo no estaba perdido, y que lo mejor está por llegar. El abuelo de Agustín; el padre de Sonsoles, era un alcohólico que se pasó sus últimos años de vida de bar en bar, bebiendo y drogándose como si no hubiera un mañana. El dinero que debería de haber llevado a casa como padre de familia se lo gastaba en las tragaperras y en apuestas deportivas. A Sonsoles le gustaba ir mucho

a la playa cuando era verano, cada agosto se marchaban a un hote por el sur. Y mientras su padre se pasaba las mañanas en el bar, ella y su madre jugaban en la arena a hacer castillos. Su madre tenía un problema en las piernas y la mayor parte del tiempo lo pasaba en una silla de ruedas. Por eso, Sonsoles siempre pensó que nunca había dejado a su padre por eso, quizá un poco por egoísmo y así pode tener a alguien en casa que la pudiera sacar de la cama y sentarla en la silla y ocuparse de ella.

—¿Dónde está papá? —le preguntaba ella a su madre.

—En el bar, cariño —le respondía su madre con sinceridad.

Cuando Aurelio se había bebido casi todo el alcohol y se había esnifado toda la coca que llevaba en ese momento, iba al puticlub más cercano y se gastaba lo que le quedaba en alguna prostituta. Mientras su padre hacía todo eso, Sonsoles se quedaba sentada en la orilla observado como los demás niños iban a las rocas y cogían cangrejos con sus padres.

—Yo quiero ir a coger cangrejos con papá, mami —le decía ella.

—Tu padre ahora no está, cariño. Cuando venga se lo dices y seguro que te acompañará —le mentía ella.

Pero el padre de Sonsoles no venía nunca. Después de follarse a alguna de las putas se iba al hotel a dormir, y eso era todos los días. Por eso, en momentos de tristeza o momentos melancólicos, Sonsoles siempre le contaba a Agustín la historia de ir a buscar cangrejos, y eso significaba en ese momento que lo mejor estaba por llegar, y que confiase en ella, que todo saldría bien. Es el empujón que Agustín necesitaba para decir lo que sabe. Es como si su madre le estuviera mandando una señal.

—Está bien —añade él—. ¿Qué queréis saber?

Hay tantos datos que a los subinspectores les gustaría saber que el primero que se les ocurre es averiguar quién es Hans, por eso, esa es la primera pregunta que le hacen.

—No lo he visto nunca —les explica Agustín—. No sé ni cómo es... pero un hombre que un día conocí en un bar me habló de él.

—¿Qué te dijo? —indaga Pedro.

—Que ese tal Hans necesitaba ayuda, que se estaba muriendo.

—Bien, vamos por partes —dice Martín—. ¿Cómo era ese tipo? E que conociste en el bar.

—Era alto, delgado… ojos azules. Vestía muy elegante, con ur traje y corbata. De unos cincuenta y cinco años o sesenta.

—¿Te dijo su nombre?

—No. Me dijo que podía llamarlo *"Ge"*.

—¿Ge de gato? —pregunta Sierra, incrédulo.

—Exacto —confirma Agustín.

—Vale. ¿Qué te dijo exactamente ese tipo?

—Yo no tenía tabaco, así que le pedí un cigarro, era el tipo del ba que estaba más cerca, por eso se lo pedí a él. Me comenzó a decir que fumar era malo, que no lo hiciera… la verdad es que estuvimos charlando durante bastante rato, no sé, es como si nos conociéramos de siempre, y creo que hasta nos hicimos amigos, al menos es la sensación que me dio. Después me hizo una pregunta: Oye, chico ¿quieres ganar algo de dinero fácil? Y yo le dije que sí, evidentemente Me contó que buscaba a gente enferma, o personas que estuvieran desarrollando enfermedades…

—¿Enfermedades? —le pregunta Martín asegurándose de que ha entendido bien.

—Sí, eso me dijo. Me dio un número de teléfono para llamarle cuando tuviera algo de información.

—¿Qué más? —añade Pedro.

—En ese momento no caí, pero a los dos días lo llamé porque me acordé de Julián Herrero, el vecino del bloque donde vivimos mis padres y yo. Por eso salí corriendo cuando me preguntasteis por él, me asusté.

—Ahora lo entiendo —acaba diciendo Martín—, Julián padecía hemofilia, fue eso lo que le dijiste al tío del bar, ¿verdad?

—Sí. Me pidió a personas con enfermedades, por eso le hablé de Julián, y de alguno más también que me fui enterando… yo solo quería dinero para mí y para mis padres. Ellos lo han dado todo para ayudarme con todos mis problemas, era lo mínimo que podía hacer por ellos. Era la manera de devolvérselo todo.

—¿Y a tus padres no les pareció extraño?

—Mi madre solo me preguntó si lo que hacía era ilegal, y no lo era, al menos eso creía yo… solo pasaba información a *Ge*, nada más. Supongo que le caí bien. Les aseguro que si yo en la vida no hubiera tenido tantos problemas jamás hubiera confiado en ese tipo del bar nunca. Lo juro. Pero mis problemas con el juego y con las drogas… joder, ni siquiera tengo un puto número de cuenta, por eso di el de mis padres, ¿entienden? Yo solo quería ayudarles.

—Pues Julián Herrero está bien muerto, chaval, como bien sabes.

—Yo no sabía que acabaría así. Es la verdad.

—¿Y qué cojones tiene que ver el tal Hans con todo esto? —quiere saber Pedro.

—No lo sé… *Ge* me decía que todo lo hacía para ayudar a Hans. Ya está. Es lo único que me dijo sobre él.

—¿Cuál es el número de teléfono que te dio para que lo llamases?

Agustín saca de debajo de la sábana blanca del hospital un móvil *Nokia* con la tapadera trasera rota.

—Este es el número. —Martín se anota en su teléfono la numeración.

—¿Qué más nombres le diste? —quiere saber Pedro Sierra—. Me refiero a otros enfermos.

—Dos más. Tengo un amigo con un cáncer, y el padre de una charcutera del barrio donde compra mi madre la carne tiene Hepatitis.

Cuando Agustín facilita los dos nombres que le dio a *Ge*, Martín y Pedro salen del hospital e informan a Amaia de todo lo que han averiguado.

—Por eso han cogido a Remedios —señala la inspectora—. Esa mujer padece Alzheimer, seguramente es por eso.

—Todo apunta a que sí —le confirma Pedro.

Existe una expresión coloquial que dice: "parece que los astros se han alineado". En astronomía, la alineación visual de varios cuerpos celestes es un suceso muy raro y fascinante que desde la antigüedad se consideraba el presagio de un evento único. En el lenguaje cotidiano, se aplica cuando hay factores independientes que encajan perfectamente para hacer posible una situación improbable. Por eso cuando Amaia Garmendia cuelga la llamada con los subinspectores recibe una nueva llamada desde central.

—Si es por lo de la muerte de Rafael Pomares ya me han informado —suelta ella al descolgar.

—No, inspectora —indica la voz—. Verá, han encontrado a Remedios, está muerta y se han llevado su cerebro.

CAPÍTULO 38

Cuando tienes un problema con multas de tráfico o, peor todavía quieres encontrar a una persona desaparecida, lo mejor que hay es tener contactos en la policía que te puedan ir informando de cualquier avance en la investigación. Eso mismo tiene Pepe *el alicates*, es íntimo amigo de Garriga, inspector de policía en una de las comisarías, como algunos dicen, más cochambrosas que existen en todo Madrid. Asuntos internos suele estar más allí que en sus propios despachos, dado que los casos de corrupción están a la orden del día. Ese era el plan de Pepe, hablar con Garriga para que le informe de cualquier cosa que se sepa sobre el paradero de Sandra Vega. Al final, es como una especie de pirámide: Raúl Cuadras, el novio de Sandra, pidió ayuda a Gabriel Requena, lo que gana el gitano con eso es la deuda que el chico ha adquirido con él; y las deudas de Gabriel se pagan caras, son de esas en las que él no se ensucia las manos, pero otros sí lo hacen. El gitano contactó con Pepe *el alicates*, y él y su banda, por un buen puñado de pesetas, se encargarían de encontrarla. ¿El mejor parado? Ese siempre será el gitano Requena, que es el que no se ensucia las manos y tampoco lo podrían involucrar en absolutamente nada.

—Pepe, hay noticias buenas —le dice Garriga al otro lado del teléfono.

—Cuéntame —le pide.

—Han encontrado muerta cerca de la nacional a una chavala, un niño que jugaba cerca la ha encontrado… se llama Cecilia, pero escucha esto: tiene unas marcas en la ingle en las que pone en pequeñito S. Vega, por lo que dice el forense se las hizo recientemente con un pedazo de piedra o algo así.

—¡Joder, Garriga! —exclama Pepe—. ¿Algo más?

—De momento eso es todo, pero todo apunta a que esta chica ha estado encerrada cerca de la chavalilla que buscáis. Imagino que se conocerían y ha intentado que la encuentren, digo yo, porque no se me ocurre nada más. Por eso se habrá marcado.

—Bien, Garriga. Necesito que me pases toda la información de esa tal Cecilia… intentaremos unir piezas, con un poco de suerte podremos saber dónde cojones la tienen encerrada.

Cuando Pepe cuelga la llamada, es *Godoy* quien le pregunta que le ha dicho el inspector Garriga.

—Algo más sabemos —explica—, han encontrado muerta a una chica que al parecer ha estado encerrada con la que estamos buscando.

—¿Alguna idea del lugar en el que puede estar Sandra? —pregunta Guillermo.

—De momento nada —le dice Pepe—. Pero ya sabemos más que hace una hora.

Justo casi una hora después, Pepe recibe una nueva llamada de Garriga.

—Era enfermera en un hospital —le explica el inspector—, el día que tenía turno no llegó al trabajo, pero las cámaras registraron su entrada en el parking y no salió.

—Eso quiere decir que alguien tuvo que sacar a Sandra de allí ¿no? —pregunta extrañado Pepe.

—Exacto. Estoy revisando las cámaras, pero por el interior no hay solo en la entrada y salida, y tengo una matrícula. Es de una furgoneta Berlingo que también fue captada por cámara cerca de la nacional en

la que ha sido encontrada la tal Cecilia. Pero hay más, Pepe, esa furgoneta también ha sido vista cerca de un domicilio en el que también ha habido una desaparición. Se han cruzado datos y alguien se llevó en esa misma furgoneta a una mujer llamada Remedios.

—¿Chica joven, también? —quiere saber Pepe.

—No, es una mujer mayor, con Alzheimer. Por eso no entiendo que cojones tiene que ver con esas chicas…

—¿Has comprobado los datos de la furgoneta?

—Sí, pero es robada. No podemos hacer nada por ahí. Pero puedo hacer un seguimiento del vehículo con los de tráfico, en casos así siempre hay alguna multa o cualquier persona que ha denunciado la matrícula por alguna infracción o algo extraño que hayan podido ver. De momento, es lo único que se me ocurre, Pepe.

—Tenme informado, Garriga. —*El alicates* cuelga el teléfono y se enciende un cigarrillo como si fuera algún tipo de señal de victoria.

—Al final, ¿qué? —quiere saber *Carroña*.

—Nos toca esperar —le indica Pepe—. Creo que dentro de poco tendremos algo importante.

CAPÍTULO 39

Sandra Vega desea, con todas sus fuerzas, que el hombre de la máscara abra la puerta con la bandeja en la que lleva agua y algo para comer para poder poner en marcha su plan. Una vez, en una película vio como una mujer secuestrada ingería un veneno disuelto en agua y a los pocos minutos vomitaba y conseguía neutralizar los efectos. Pero claro, en otra película vio el mismo caso y la víctima caía inconsciente a los diez segundos. Cuando la anterior vez ese hombre le hizo beber el agua y comerse el sándwich, podría calcular que se desmayó a los pocos minutos. Por eso mismo sabe que como mucho ha de vomitar máximo ciento veinte segundos después de beber el agua. No tiene muchos conocimientos sobre ello, pero imagina que el líquido ha de pasar del estómago al intestino y ser absorbido por el organismo para que haga efecto. Si consigue expulsar el fármaco en un tiempo prudencial, quizá no se desmaye. Lo único que desea es que su secuestrador se marche de esa habitación rápidamente para que ella pueda poner en práctica su plan. Con algo de suerte, ese hombre no tendrá apenas conocimientos sobre el somnífero que hace tomar. Por eso pone las esposas, porque no sabe si despertarán o no mientras las viola.

No para de pensar en Raúl, su novio. Se pregunta qué es lo que estará haciendo para poder encontrarla. Incluso por un segundo se le ha pasado por la cabeza pensar que no la esté buscando, pero sabe

que eso es imposible, esa opción no puede existir. Sabe que él la quiere. Se aman. Se lo han dicho muchas veces. No llevan demasiado tiempo, pero lo suficiente como para saber que quieren estar juntos para siempre.

La puerta no se abre. Quiere que ese hombre malvado vuelva a a entrar para dejarla dormida. Es su plan, es la única manera que se le ocurre de poder escapar de ahí.

—Vamos, hijo de puta, entra de una vez —susurra.

Y, era cuestión de tiempo, pero al final la puerta se abre. El tipo de la terrorífica máscara blanca entra con la misma bandeja en la que hay un vaso con agua y otro sándwich. Ya se lo dijo él, que no tardaría en volver. Deja la bandeja en el suelo y saca las esposas del bolsillo de su abrigo.

—Vuelve a ponértelas —le ordena él cuando se las lanza.

Ella no protesta. Se las pone y se acurruca sobre el colchón.

—Ahora bébete el agua y cómete el sándwich —le indica el secuestrador señalándole la bandeja—. Tienes que reponer fuerzas.

En la anterior ocasión, Sandra se esperó a que el hombre saliera de la habitación para comenzar a beber y a comer. Está vez no lo hará así, mientras el secuestrador la mira ella coge el vaso de agua y se lo bebe de un trago.

—Tenía mucha sed —añade ella con voz débil.

—Bien, ahora cómetelo todo. Vendré en un rato.

Ahora es el momento. Sandra calcula que lleva con el agua en su interior unos cuarenta segundos solamente. Cuando su raptor sale de la habitación y cierra la puerta, ella se mete los dedos en la boca sin perder ni un solo segundo más. Introduce el dedo índice y anular hasta la campanilla hasta que vomita. Lo hace sobre el colchón, en la sábana, así podrá dejar todo lo que ha echado escondido. Lo único malo es que la descubra y tenga que dormir los siguientes días entre tropezones de jamón rancio y queso.

Ya ha escondido entre esa sábana azulada y sucia todo lo que ha vomitado, y lo único que puede hacer ahora es quedarse medio tumbada en el suelo a esperar a que ese hombre vuelva a entrar, pero antes, tiene que tener un plan para el siguiente paso. Cuando ese criminal la coja creyendo que está dormida y la quiero colocar sobre el colchón, tiene que aturdirle con lo que sea. Observa a su alrededor pero ni siquiera había pensado en esa segunda parte del plan. Lo único que consigue tener a mano es un trocito de piedra que parece caer de la pared, pero con eso no le hará nada. Después observa hacia su lado, tiene algo mucho mejor, la maldita bandeja que ya odia a muerte. Es de metal, si consigue propinarle un buen golpe en la cabeza está segura de que podrá dejarlo inconsciente. Quizá sea cuestión de suerte, pero es lo único que puede hacer. No hay otra salida, ni otra opción. O es él o ella.

CAPÍTULO 40

Mientras Amaia conduce, de nuevo, hacia Madrid, despotrica con el hecho de que al final tendrá que pedir un préstamo para pode pagar la dichosa gasolina.

—¿No tienes gastos de gasolina ilimitada como inspectora jefa? – indaga Rocío.

—Sí —le confirma *la vasca*—. Pero los cabrones tardan en pagarla y ahora que el comisario Mendoza está en el hospital, peor todavía.

—¿Cómo está?

—De momento sigue igual, esperan que en unos pocos días hayan más avances en su estado. Despierto está, pero no ha dicho nada.

El cadáver de Remedios, la mujer con Alzheimer, ha sido encontrado muy cerca del Santiago Bernabéu, en la avenida Brasil, en unos matorrales. En la zona no hay ni una sola cámara que pueda haber registrado quién dejó el cuerpo. Por lo que han dicho los de servicio de ambulancias, a su hija Amanda le ha dado un ataque muy fuerte de ansiedad y ha tenido que ser trasladada al Hospital Universitario San Rafael. La inspectora Garmendia y la agente Contreras entran en el anatómico forense, un lugar que prácticamente es ya una segunda residencia para ellas.

—¿Cuánto hay de Segovia a Madrid? —le pregunta Espinosa a Amaia cuando la ve.

—Una hora y poco, si le doy caña puedo estar en cincuenta y cinco minutos.

—Tienes que estar hasta el moño de coche, Amaia.

—Hasta el moño no, hasta el coño. ¿Qué tienes?

—Pues un poco más de lo mismo, igual que Julián Herrero – explica el forense—. La han cortado por la mitad y cortado la cabeza *el modus operandi* es el mismo. También se han llevado el cerebro claro.

—¡Joder! —exclama la jefa—. He hablado con Martín y con Pedro me han informado sobre un dato interesante: quizá nuestro asesino se esté llevando el cerebro de gente que padece enfermedades. ¿E motivo? Ni puta idea, Espinosa. Todo es para ayudar a un tal Hans. Tu eres un tío listo, el mejor forense que conozco, ¿alguna idea?

—Pues… —hace una pausa— si el asesino se lleva a hombres y mujeres enfermos y les quita el cerebro, creo que me decantaría porque nuestro hombre sabe de medicina, o tiene conocimientos, o realmente es médico. Quizá intenta curar alguna enfermedad…

—¿Del tal Hans? —interrumpe Rocío.

—Buena observación, agente. Todavía no sabemos quién es, pero quizá la clave de todo esté ahí. ¿Habéis metido el nombre en el sistema?

—Claro —confirma la inspectora—. Pero es una aguja en un pajar imposible tirar de ahí.

—¿Y si Hans no es una persona? —propone la agente.

Amaia y Espinosa se miran. La chica es joven, pero tiene buenas preguntas.

—Interesante dato —la felicita el forense—. Dadas las circunstancias, yo no descartaría nada.

—¿Cómo han matado a esta mujer? —le pregunta la inspectora al forense.

—Sadismo total. La cortó por la mitad mientras estaba viva… comenzó desde la ingle hacia arriba. Al llegar al cuello la degolló arrancó la cabeza y partió el cráneo para sacar el cerebro.

—¡Joder, Espinosa! —exclama Amaia, exhausta—. Menuda puta masacre. ¿Alguna idea de donde lo pudo hacer?

—No lo sé, pero la víctima tenía restos de plantas, podrían ser de cualquier lugar.

—Vale. Si encuentras algo más, avísame.

La inspectora Garmendia y la agente Contreras salen del anatómico forense y se dirigen hacia la escena del crimen del abogado Rafael Pomares. Según han informado a Amaia todavía no ha llegado el juez.

Cuando llegan a Alcobendas entran en La Moraleja y dejan el coche a unos veinte metros del chalet. Al entrar, los agentes que hay proporcionan a *la vasca* los datos encontrados.

—El jardinero encontró el cuerpo —explica un agente de uniforme —. En la casa hay cámaras, tanto en el interior como en el exterior pero no hay ni un solo grabador ni cintas.

Amaia y Rocío observan detenidamente la escena. El cuerpo del abogado está suspendido en el aire con una soga sujeta a la barandilla de la planta de arriba. Va vestido exactamente igual que cuando ellas estuvieron hablando con él.

—Como le he comentado en la llamada —prosigue—, usted había venido a hablar con él según un informe, por eso desde la comisaría norte la hemos avisado.

—Bien hecho —señala Amaia—. ¿Dónde está la criada?

—¿Qué criada? —quiere saber el policía.

—Cuando la agente Contreras y yo vinimos a verle había aquí una tal Beatriz, la empleada de hogar del señor Pomares.

—No hemos visto a nadie, quizá terminó su horario de trabajo en la casa… el que encontró el cadáver fue el jardinero.

—¿Habéis hablado con él?

—Sí, inspectora. Pero no nos ha dicho nada extraño que haya que tener en cuenta.

—¿Dónde está? —quiere saber Amaia.

—Creo que está fuera, con los servicios médicos. Le estaban dando un ansiolítico. Un poquito más y a ese tío le da un infarto.

La inspectora y la agente salen de la casa y se aproximan a un hombre de color que está junto a una de las ambulancias. Ven que incluso ya hay vecinos que están detrás del cordón policial curioseando.

—Hola, soy la inspectora Garmendia —le dice—. ¿Eres el jardinero que ha encontrado el cuerpo?

—Sí, señora —responde visiblemente asustado.

—No queremos molestarte mucho, pero queríamos saber sobre la chica que trabaja en la casa.

—¿Beatriz?

—Así es. ¿Dónde está?

—No lo sé, de verdad. Ella debería estar aquí, pero cuando llegué a la casa solo estaba el señor Rafael… —solloza—, muerto.

—¿Beatriz es interna?

—Sí. Ella duerme y vive aquí.

—¿Puede que se haya ausentado para ir a comprar o a hacer algunos recados? —indaga la inspectora.

—No, eso jamás, creo. A la señorita Beatriz nunca la he visto salir de la casa —explica—. Todas las compras las hacía normalmente el señor Rafael, incluso a mí a veces me había pedido traer algo.

La inspectora y Rocío se retiran de la casa, incluso del cordón policial. Amaia se enciende un cigarrillo y, como suele hacer, se queda unos minutos pensando sin decir nada, pero es la agente la que decide hablar.

—¿Crees que puede haber sido la tal Beatriz?

—Puede ser… Joder, no lo sabría asegurar. Es mucha casualidad que hayamos venido a ver a ese cabrón y que ahora haya muerto, y además, suicidándose. ¿Le viste aspecto de querer acabar con su vida?

—No. Era un cabrón, y seguro que está implicado en mil mierdas pero sus aires de chulo prepotente no daban la sensación de querer terminar con todo. Y encima tiene decenas de cámaras y ni un solo grabador y ni una puta cinta.

—Por eso te digo, Rocío, aquí hay algo que huele muy mal. Hablaré con el comisario de la zona norte y le daré algunos datos. Nuestra prioridad ahora es saber por qué el abogado está muerto y saber dónde está la criada, la tal Beatriz.

A Amaia Garmendia le apasiona su trabajo. Ya desde muy pequeña quería ser policía, sobre todo por su padre. En todos los casos en los que ha estado jamás ha descansado hasta no resolverlo. Tiene una resolución a día de hoy del cien por cien de ellos, y ella quiere que siga siendo así. Ya encerró a un familiar muy cercano a ella, le da igual, sea quien sea tiene que pagar por los actos que hacen, y eso bien lo sabe la inspectora. Por eso, no descansará hasta averiguar todos los flecos sueltos: ¿Quién asesinó a Julián Herrero? ¿Qué tiene que ver el preso Felipe Carrera con eso? ¿Es Remedios una nueva víctima del mismo asesino? Pero, se juntan muchas más preguntas con el encargo que le hizo el comisario Faustino Mendoza. Ayudar al ex comisario Santiago Ríos, asesinado recientemente. Las preguntas son demasiadas: ¿Quién lo asesinó? ¿Dónde está la niña Noelia Crespo? ¿Por qué el colombiano y otro sicario quisieron acabar con su vida y la de Mendoza? ¿Qué ocurrió con Vicente Prado? El policía que se encargaba de la investigación de Noelia. ¿Y qué ocurrió con los de narcóticos que seguían a la niña? Según parece fueron los que se la llevaron. Y ahora la muerte del abogado. Amaia piensa que alguien quiere silenciar a otros, pero, ¿por qué? Conocer el motivo es la clave. Pero contra más indague sobre ello más en la sombra caerá. La oscuridad más absoluta se aproxima hacia la inspectora, y ni ella ni nadie se puede llegar a imaginar el lugar en el que está cada vez más cerca. Es como si se estuviera aproximando hacia el infierno, y en todo infierno hay un Diablo.

CAPÍTULO 41

Beatriz Cortijo está sentada en la terraza de un bar. A pesar de frío ha preferido quedarse fuera. Durante todo el tiempo que ha estado en casa del abogado Rafael Pomares prácticamente no ha salido, y estar sentada ahí, tomándose una Coca Cola es para ella un lujo. Ya n recuerda cuánto tiempo ha estado allí. De lo que sí se acuerda es de las veces que ha tenido que hacerle mamadas a ese hijo de puta, o la de veces que se ha tenido que poner a cuatro patas para que él la embistiera por detrás una y otra vez sin parar hasta correrse, y de muchas cosas más que prefiere ni acordarse.

Observa con temor el teléfono móvil que el chaval repeinado le ha entregado en la casa de Rafael. Lo deja encima de la mesa de la terraza y lo mira con temor, como si fuera una bomba. Y realmente lo es. No se sabe cuándo comenzará a sonar, pero tiene claro que un día lo hará. Puede ser que la llamada entre en una hora, o quizá en cinco minutos, también podría ser que la llamen un mes después. Da igual el tiempo, cuando suene, ha de responder. Si no lo hace sabe que la buscarán y la matarán, y ellos encuentran a todo el mundo. Porque tienen a gente en todas partes y siempre lo saben todo. De mientras dormirá donde pueda, comerá lo que pueda y hará lo que sea necesario para sobrevivir. No le queda otra.

El recuerdo más antiguo que tiene es el estar en un columpio, feliz y sonriente. Un hombre la columpiaba, cree que era su padre, pero no está segura. Después tiene otro bonito recuerdo: el de una comida familiar. Unas diez personas alrededor de una mesa, comiendo bebiendo y riendo. Y una música de fondo, una mujer cantando una

canción pegadiza. No sabe cuál. Sonríe al recordar esos momentos Son buenos, no como los de ahora. También tiene otro recuerdo, e que más le hace sonreír. Es uno con su madre, ella explicándole una anécdota muy graciosa, ella riendo sin parar mientras se come un helado de chocolate. Ya está, Beatriz no tiene ningún recuerdo más Tampoco puede asegurar que Beatriz sea su verdadero nombre, eso no lo sabe. Quizá fuera otro, o quizás no.

Mientras se termina el refresco ve a la gente caminar. Los observa con atención, podría decirse que incluso los admira porque está segura de que han tenido una mejor vida que ella. Cuando un abuelo pasa por delante de la mesa con su nieta comienza a sonar el teléfono móvil. Lo pensó, pero no imaginó que podrían llamar tan rápido. El móvil vibra por un segundo duda en responder, pero sabe que si no lo hace está muerta. Entonces, responde con temor.

—¿Diga?

CAPÍTULO 42

El subinspector Pedro Sierra entra en El Apeadero, un puticlub ubicado en un piso de la calle Serrano de Madrid. No es la primera vez que va allí, se puede decir que es un cliente habitual. A veces pide follar con Laura, otras que se la chupe alguna de las que hay por ahí pero para charlar la mejor es Sonia. Se conocen desde hace seis años. Ella le transmite confianza y paz, y cuando habla con ella siente una tranquilidad que no puede ni siquiera describir. Y hoy, quiere hablar. Lo necesita.

—Pedro, ¿qué tal? —le dice la *madame*.

—Todo bien. ¿Está disponible Sonia?

—Dale diez minutos, está con un abuelo, pero ese solo quiere que le acaricien.

Sierra se espera en la sala. No es muy grande, imagina que hace años sería una enorme habitación, quizá de matrimonio. Hay una pequeña barra con una chica que sirve las bebidas, a la de hoy no la conoce, pero parece colombiana. Es bajita y con grandes pechos.

—¿Te sirvo algo, amor? —le pregunta ella.

—Un whisky, cariño, con hielo.

La colombiana se lo sirve y le acaricia sus partes por fuera del pantalón.

—¿Dos mil pesetas y te hago mamada rápida?

—Joder, aprovecháis cualquier oportunidad, eh —añade Pedro— No, encanto, estoy esperando a Sonia.

Sonia tiene el cabello moreno, es alta, y tiene unas piernas que sería imposible que te las pudieras acabar en una sola noche. Sus pechos son naturales, y eso es lo que más le gusta a Pedro. Sus labios son carnosos y tiene unos dientes bien cuidados. El culo es para admirar, Sierra se lo ha tocado muchas veces, y le encanta. Sus ojos son verdosos, y tiene una mirada enigmática. Es preciosa. Sonia entra por la puerta y el subinspector la contempla de arriba a abajo. Viste con lencería de encaje de color rojo y tacones negros, nada más.

—Amor —salta ella al verlo—. Pasa.

Pedro la sigue hasta la habitación, la del fondo. La llaman La consentida: es la más grande, una cama doble, un jacuzzi y ducha con un hidromasaje que, según dicen, lo han traído desde China. Al entrar ella le pide que se desnude y se tumbe en la cama, según Sonia la mejor manera de charlar es estando como Dios nos trajo al mundo.

—¿Cómo estás, corazón? —le pregunta ella mientras acaricia su abdomen y su sexo.

—¿Puedo serte sincero? —salta él.

—Siempre.

—Necesito ayuda, Sonia. —Pedro se derrumba y se pone a llorar como si fuera un niño pequeño y ella lo abraza acurrucándolo contra su cuerpo.

—Bebé, ¿qué te ocurre?

—Tengo un problema con el alcohol, Sonia, y bastante grave.

—Tú siempre has bebido…

—Pero esto es diferente —la interrumpe—, una cosa es tomar una cerveza o una copa de vez en cuando, o incluso cada día, pero esto no solo es a diario, Sonia, es a todas las putas horas del día. Y creo que me está afectando al trabajo.

—Y a la salud, querido —le corrige ella—. ¿Por qué no lo dejas sin más?

—¿Crees que no lo he intentado? No es tan fácil. Lo necesito, es como que no puedo vivir sin beber… es una locura, lo sé…

—Escucha, Pedro, ¿tienes algún problema para estar así?

El subinspector Sierra se queda pensativo durante unos segundos Sabe que tiene muchos problemas, uno de ellos bastante jodido, perc no se los puede contar a nadie, tiene miedo de que si lo hace lc puedan llegar a juzgar. Se siente aterrado y no puede evitarlo. Por eso prefiere no decirle la verdad a Sonia, aunque su intención fuera charlar no quiere decirle la verdad, por eso opta mejor por mentir.

—No, no tengo ningún problema —acaba diciendo— Simplemente estoy muy enganchado.

—Yo soy puta, no psicóloga. Te voy a escuchar, te voy a mimar hablaré contigo todo lo que necesites, te daré miles de abrazos, puedc follarte y chupártela, pero si esperas que yo te ayude a dejarlo crec que me será difícil, no quiero esa responsabilidad.

Sonia es tajante, ella puede ser muchas cosas, pero también es muy clara en todo lo que dice. Si alguien viera desde fuera esta situación podría pensar que ella es injusta o que no actúa como debería hacer una amiga, pero la verdad es que no son amigos. Pedrc paga para que Sonia la escuche, ya está. Pero para ayudar a alguien a dejar una adicción has de estar especializado en ello.

—Ya sé que no puedes ayudarme —añade él—. Pero como bien has dicho, puedes escucharme.

Los dos se besan, como muchas otras veces, pero no hay sexo, a igual que otras tantas. Lo único que hacen es quedarse tumbados en la cama y abrazarse. La charla continúa. Lloran y ríen, pero Pedro Sierra tiene una cosa clara, jamás le contará a nadie qué problema tiene, nc puede ir explicando por ahí que alguien lo tiene amenazado de muerte a él y a alguien muy cercano. Sierra vivirá con ello, al menos el tiempc que le quede.

CAPÍTULO 43

Al subinspector Martín Osorio le acaban de entregar el listado de llamadas telefónicas y visitas recibidas del preso Felipe Carrera. Llama a la inspectora para informarle de los datos obtenidos y quedan en el bar del Luque para hablarlo.

En este momento, el bar está vacío, se hace raro estar sentado en una de las mesas sin que se oiga el sonido de la tragaperras.

Amaia está bebiendo una copa de Bourbon y Rocío una caña Martín se pide un carajillo de coñac.

—¿Qué tienes? —le pregunta la inspectora—. No perdamos más tiempo.

—Esta puta mierda ha tardado, pero al final la tenemos —le dice Osorio—. Mira esto.

Martín muestra el documento a la inspectora y a la agente. El listado de llamadas podría parecer normal si no fuera porque la llamada que más se repite es a un teléfono fijo de Madrid, uno que todavía no han podido saber a quién pertenece. El resto de llamadas son a amigos de Felipe y varias llamadas a la residencia dónde su madre octogenaria vive. Las únicas visitas recibidas por Felipe son de su abogado, de un amigo, algún que otro vis a vis con una rumana y más de tres veces, cinco para ser exactos, ha ido a visitarle un hombre llamado Tomás Blasco.

—¿Quién cojones es ese Tomás? —quiere saber Amaia.

—He pedido la grabación de las cámaras. La última vez que vino a verle fue hace unos veinte días, y todavía conservan la grabación —explica Martín—. Las tendremos, pero tardará.

—¿Has metido el nombre en el sistema?

—Sí. En Madrid ahora hay ciento trece Tomás Blasco, y en España ya ni te cuento, jefa. Estamos haciendo una criba para descartar.

—Y el teléfono fijo ¿qué?

—Lo que te he dicho, todavía no se sabe a quién pertenece, pero la orden ya está emitida.

—Joder. ¿Puede que ese Blasco sea nuestro asesino roba cerebros?

—No lo sé —se sincera Osorio—. Pero cuando sepamos quién es tendremos que ir a verle.

—Bien. ¿Y Pedro? —quiere saber la inspectora.

—Ni puta idea. Lo he llamado a su móvil y no me lo coge.

—Pedro no está bien —añade ahora Rocío.

—Ya te dije, Rocío, que de eso me ocupaba yo —señala la inspectora—. Ya sabemos que Pedro puede ser algo inestable, pero tengamos paciencia, es un buen policía.

—¿Dices que no está bien por la bebida, Rocío? —dice Martín.

—Exacto. Hay algo en él que no está bien, sé que le ocurre algo grave que no nos quiere explicar…

—Ya está bien —interrumpe *la vasca*—. Dejadme a Pedro a mí y pensad en el puto caso, joder. Su madre está en el hospital y no estará pasando por un buen momento.

Martín se termina el carajillo de un sorbo y decide cambiar de tema, no conviene nunca llevar la contraria a Amaia.

—¿Qué tal os va a vosotras? He oído que el abogado ese se ha suicidado.

—Jodido, Martín, muy jodido —se sincera la inspectora—. Y no se ha suicidado, apostaría a que se lo han cargado.

—Es un puto callejón sin salida —suelta ahora la agente Contreras.

—¿Por qué? —Martín sabe que su jefa y Rocío están con el caso que el comisario Faustino Mendoza les encargó investigar, el de encontrar a Noelia Crespo, una niña desaparecida cuatro años atrás en el que parece que la policía está involucrada. Y en el que hay todavía muchísimas incógnitas.

—Porque tenemos muchas preguntas y ni una puta respuesta —le indica Amaia.

—¿Todavía no sabéis quién asesinó al ex comisario Ríos o al abogado?

—No —le aclara Amaia—. Lo que está claro es que los han querido callar, no hay otra explicación. Rocío y yo coincidimos en que hay algo muy turbio detrás de todo eso. Hay una chica, se llama Beatriz, trabaja… trabajaba como interna en casa del abogado Rafael Pomares, el que libró de la cárcel al colombiano que nos atacó. Esa chica ha desaparecido, no sabemos dónde está.

La melodía navideña del teléfono móvil de la inspectora comienza a sonar. Al estar el Luque vacío, se oye por todo el local. Pero para el dueño no es desagradable, tachan a su bar de antro, que siempre van los mismos y que está sucio y más vale que no te pidas ni un bocadillo por eso, cuando suena ese politono le reconforta.

—Hola —responde Amaia.

La vasca se ha quedado unos segundos con la mirada perdida como si le estuvieran informando de un hallazgo sobrenatural o algo parecido. Rocío y Osorio la observan con detenimiento. La agente Contreras intenta disimular su mirada hacia la inspectora, las dos lo tienen claro, nadie puede saber lo que hay entre ellas. En lo que dura esa llamada que parece bastante importante, Rocío recuerda la primera vez que nació algo entre ellas.

El equipo salió una noche a cenar por Madrid, invitaba Amaia. Habían resuelto un caso bastante complicado sobre un hijo de puta que asesinaba a ancianas en sus casas. Después de la cena salieron a tomar algo a uno de los clubs de moda con más encanto de Madrid

por el barrio de Salamanca. Osorio, Sierra, Rocío y la inspectora estuvieron bailando y bebiendo hasta que prácticamente se les hizo de día. Al salir, cada uno se fue por su lado, excepto Amaia y la agente que se quedaron hablando sobre un asunto familiar de la joven. Un problema que había tenido con su madre unos días atrás que la tenía algo desconcentrada en el trabajo.

—No te preocupes —le dijo la inspectora—. Tu madre te llamará. Las madres siempre lo hacen. Siempre piden perdón.

—Eso espero.

Amaia ya había coqueteado con mujeres, sobre todo en las noches madrileñas en las que se perdía por la capital buscando un bar en el que beber. En cambio, Rocío nunca había sentido nada parecido por alguien de su mismo sexo. Las únicas relaciones que había tenido en el pasado eran con un tío al que llamaban *Torito*, y un chico bastante guapo que al final terminó poniéndole los cuernos. Ninguna de las dos supo el por qué, pero allí, apoyadas en un portal de la calle Hermosilla, se besaron. Esa misma noche hicieron el amor, y los días siguientes, también.

Rocío admira a su jefa y la respeta, pero también la quiere, nunca se lo ha dicho, y, al menos en ese momento, cree que nunca lo hará.

—¿Quién era? —le pregunta Martín al ver que la inspectora ha colgado la llamada.

—Algo bueno —comenta—. Se descarta el suicidio del abogado un vecino tenía una cámara instalada en la entrada y se ha grabado a un chaval joven saliendo de la casa de Rafael Pomares. Te vienes conmigo, Rocío, y tú, Martín, saca a Pedro del agujero en el que se haya escondido y ocupaos de lo de Tomás Blasco y encontrad al puto asesino.

CAPÍTULO 44

Sandra Vega está tumbada en el colchón con los ojos cerrados Intenta contar mentalmente los segundos que pasan, pero no puede concentrarse. Quiere estar quieta, inmóvil, su secuestrador no puede ver ni un solo movimiento en el momento en que entre por la puerta El olor que proviene del cubo en el que ella ha hecho sus necesidades se le está metiendo por las fosas nasales, hasta el fondo, tiene la necesidad de taparse la nariz, pero no lo hace, cualquier movimiento puede ser fatal y la puede llegar a descubrir.

Cuando han pasado varios minutos más, de eso está segura escucha como se abre la puerta. Ahora sí tiene miedo, está aterrada Sabe que solo tiene una oportunidad, si la desaprovecha quizá ya no haya otra. Oye los pasos del hombre, se lo imagina caminando con esa terrorífica máscara lentamente hacia ella, con ganas de poseerla, de poder penetrar su cuerpo y manejarla como si fuera un trozo de carne cualquiera. En el momento en el que él está tan cerca de ella que casi se le puede llegar a oler hasta el after shave barato que lleva, es cuando Sandra agarra con todas sus fuerzas la bandeja y se la estampa contra la cabeza. El impacto ha sido fuerte, tanto que el captor ha caído al suelo llevándose las manos a la cabeza del dolor. La joven, con una fuerza prácticamente sobrehumana, golpea sin parar al tipo, una y otra vez. Sandra Vega jamás había imaginado que podía llegar a tener tanta fuerza. El secuestrador parece estar inconsciente así que le quita la máscara. Observa su rostro ensangrentado, le produce repugnancia. Tiene incluso la boca un poco abierta y puede ver algunos dientes que están podridos. Le dan arcadas. No se percata de un detalle muy importante porque está cegada de odio hacia ese

hombre. Continúa golpeándolo sin parar, una y otra vez. Le revienta la cabeza y aplasta su cráneo con la bandeja. Sabe que ha muerto, es consciente de que todo ha terminado, se siente más libre que nunca. Se pone en pie, va esposada pero le da igual. Avanza hacia la puerta y la abre, hay un pasillo muy largo con una escalera al fondo. Mientras intenta salir de ese lugar le viene un pensamiento, ese hombre al que ha matado era diferente al que estaba acostumbrada a ver con la bandeja. Había algo distinto, quizá la forma de su cuerpo, o la altura. Sí, ese era un detalle importante en el que no se ha fijado, pero acaba de darse cuenta cuando el verdadero secuestrador baja por las escaleras del final del pasillo con una cuerda en las manos. Ese hombre sabía que Sandra había vomitado, lo ha sabido desde un principio y ha mandado a otro para que se haga pasar por él. La ha engañado. Se acabó, ya no hay salida para ella. El plan ha salido mal.

CAPÍTULO 45

Tomás Blasco se está haciendo una paja en el sofá. No está viendo porno, pero la presentadora que sale ahora en televisión le ha puesto cachondo.

—Que buena estás, joder —susurra.

Su momento de placer es interrumpido por la entrada del verdadero secuestrador. Acaba de llegar con una bolsa repleta de comida del supermercado, lo que ha obligado a Tomás a dejar de masturbarse y subirse el pantalón.

—¿Alguna novedad?

—No —responde Tomás—. Todo bien.

El secuestrador deja sobre la encimera de la cocina la compra. Llena un vaso con agua e introduce el somnífero para dormir a Sandra. Lo remueve con una cucharilla y le prepara el sándwich.

—¿Vas a bajar? —quiere saber Tomás.

—Sí —le confirma el hombre.

—Déjame bajar a mí, por favor —le pide.

—No, estás más salido que una perra en celo, esa chica tiene que ver serenidad. Con lo cerdo que eres, serías capaz de hacerte una paja delante de ella. Ya bajaste con la otra, con Cecilia…

—Pero fue para matarla —le interrumpe Tomás.

—Pues ya es bastante, y para eso estás, no lo olvides, que se te meta en la cabeza.

Tomás sabe que ese hombre tiene razón. Es un cerdo y un depravado, y está muy salido. Las veces que ha ido a ver a su amigo

Felipe Carrera a la cárcel no comprende cómo puede estar encerrado sin ver a una sola mujer allí dentro.

—¿Te han follado aquí? —le preguntó en una de las visitas a prisión.

—¿De qué cojones hablas, Tomás? —saltó Felipe al oír esa pregunta.

—Por lo que he oído a veces, los presos os soléis aliviar entre vosotros, ¿no? En las duchas…

—Eres un hijo de puta asqueroso, Tomás —le recriminó Felipe— Porque estoy aquí dentro, sino ahora mismo te pegaría una paliza que te dejaría en una silla de ruedas, cabrón.

—No te enfades, Felipe, solo era una curiosidad.

A Tomás le gusta hablar de sexo, eso le pone cachondo. Es un maldito depravado que ni siquiera sabe hacer una multiplicación de dos cifras, pero es capaz, hoy en día, de descuartizar un cuerpo como si fuera un experto cirujano. Años atrás no hubiera matado ni a una mosca.

Felipe y Tomás se conocen desde pequeños. Su juventud no fue fácil, los dos venían de familias desestructuradas, adictas al alcohol y las drogas. Cuando tenían unos ocho años se dedicaban a matar gatos a pedradas, o a coger perros callejeros para atarlos a las vías del tren. El padre de Tomás un día le dio una paliza cuando se enteró que había entrado en casa de una vecina para hacerse una paja mientras ella dormía. Casi lo deja inválido. Felipe comenzó de bien joven a hacer pequeños hurtos en bares y gasolineras. Su primer asesinato lo cometió con diecinueve años. Salió a una discoteca y se llevó a una chica a un descampado, le dijo que quería follar, pero la ató a un árbol, la violó y la mató a pedradas. Encontraron a la joven seis días más tarde medio comida por los bichos. Felipe solo había sentido cariño por una persona: por su abuela. La pobre mujer lo quería como a nadie y se preocupaba por él. Un día le regaló a su nieto un periquito. Y para su sorpresa, no lo quiso matar. Ese pájaro que su abuela le había regalado era su mejor amigo y confidente.

Su amigo Tomás nunca había matado a nadie, excepto a algún que otro animal al igual que hacía Felipe, pero su amigo sí había sentido la sensación de arrebatar la vida a alguien.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó un día Tomás.

—¿El qué?

—Matar a una persona. ¿Qué se siente?

—Te sientes Dios —le dijo Felipe—. Estás quitándole la vida a otra persona, y te sientes poderoso. Sus padres y Dios le dieron la vida, tú se la arrebatas.

—Yo quiero saber que se siente, Felipe.

—Hacen falta un par de huevos para hacerlo, y tú no tienes lo que hay que tener.

—Sí lo tengo.

—Demuéstramelo, amigo.

—¿Cómo te lo demuestro?

—Sal a la calle y coge a quien te dé la gana y te lo cargas. Sin que te vea nadie, lo coges, te lo llevas a un lugar apartado y le clavas un cuchillo en el cuello o lo haces como te salga de los cojones, pero le quitas la vida.

Solo de pensarlo, Tomás se ponía nervioso, pero a la vez también se excitaba. Quería ser como su amigo, necesitaba tener esa necesidad de matar y, una noche, salió a buscar a una presa por las calles de Madrid. En la calle de Camarena, en Aluche, vio a una chica de no más de veinte años. Iba vestida con ropa de un obrador de pan, imaginó que, dadas las horas que eran de la madrugada, la joven iría a trabajar a alguna de las panaderías del barrio. Se acercó por detrás con decisión, le tapó la cara con la mano y, con un golpe, la dejó medio inconsciente. La llevó a una fábrica abandonada en un polígono, una que se había quemado dos meses atrás. Utilizó dos correas de perro y una cuerda roída para atarla a un poste de hierro cerca de la oficina donde había comenzado el incendio. Al despertar, ella gritó hasta dejarse las cuerdas vocales en ese grito que no le iba a servir de nada.

—Aquí no te va a oír nadie —le dijo Tomás—. La suerte tuya es que vas a a ser la primera a la que me cargue.

En ese momento comenzó a reír a carcajadas. Era más una risa diabólica que otra cosa. La chica, a causa del miedo, se orinó encima.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntaba ella, aterrada.

Él sonrió y se sacó la polla para violarla.

Cuando Tomás se había corrido ya no le dijo nada más, pero ella vomitó del asco que le dio. Después, con una piedra, Tomás le machacó la cabeza. Era como solía hacer Felipe, matar a gente a pedradas, o como hacían los dos con los gatos callejeros cuando eran niños. Tomás le propinó tantos golpes a la chica, que su cabeza y la cara quedaron irreconocibles. Sintió tanto placer al hacerlo que quería volver a repetir. Lo había hecho, al fin había conseguido lo que ansiaba: arrebatarle la vida a alguien. Y sí, se había sentido como un dios.

A partir de ese día todo cambió para Tomás Blasco. Ya no fue el mismo. Su mirada, su voz, la forma de expresarse, todo era diferente. Incluso su forma de andar. Era un hombre que se sentía más seguro de sí mismo, y eso, Felipe lo percibió al instante. Sus caminos se fueron separando, pero algo más cuando Felipe Carrera entró en la cárcel, ahí fue cuando se acabó su relación de amigos. Hasta que, un día, sin ni siquiera esperarlo, Felipe hizo una llamada a Tomás desde la cárcel.

—¿Por qué me has llamado? —le preguntó Blasco.

—Hay algo importante de lo que tenemos que hablar —le explicó Felipe—. Hay alguien que necesita tu ayuda.

CAPÍTULO 46

La grabación muestra a un chaval de unos veinticinco años saliendo de la casa del abogado Rafael Pomares. El chico viste con un pantalón de pana, camisa blanca que parece quedarle como un guante y una cazadora de piel marrón que parece muy cara. Va repeinado con mucha gomina y anda con seguridad, como si se creyera el rey del mundo.

—Tiene que ser el que lo mató —indica el inspector que les está enseñando la grabación.

—¿Se le ha podido identificar? —quiere saber Amaia.

—Todavía no. No sabemos quién es.

—Una cosa —salta la agente Rocío Contreras—. Podríamos retroceder la grabación, quizá veamos salir a Beatriz, la chica interna del abogado.

—Buena idea, Rocío —le dice la inspectora—. Retroceda la grabación, por favor.

El inspector obedece lo que *la vasca* le ha dicho que haga. Ahora están en casa del vecino que tenía instalada la cámara de seguridad con la que han conseguido un gran avance. Unos segundos después pueden ver como la chica sale de la casa con una maleta a su espalda.

—Es ella —señala la agente—. Se dirige calle abajo, pero se pierde al salir del objetivo de la cámara. ¿Hacia dónde llega esa calle inspector?

—A la salida de la urbanización —responde el policía—. En la carretera hay una parada de autobús, o cogió el transporte público o caminó por el arcén.

—Bien —acaba diciendo Amaia—. Mándenos a nuestra comisaría esta grabación lo antes posible, inspector.

Al salir de la casa, Amaia se enciende un cigarrillo y se sienta en un banco que, en una de las esquinas, está repleto de chicles pegados y nombres escritos con rotulador. Es consciente de que incluso en una urbanización de lujo pasan esas cosas.

—Puta sociedad —suelta—, lo ponen todo lleno de mierda.

La agente Contreras no dice nada. Está callada como si hubiera visto un fantasma.

—¿Estás bien? —le pregunta la inspectora.

—Sí… es que… es solo que…

—Joder, Rocío, habla de una vez… ¿qué te ocurre?

—Perdona… es que estaba pensando en que a ese chaval, el de la grabación, lo he visto en alguna parte.

—¿De qué hablas?

—Sí, Amaia, creo que nos seguía. Y creo que una de las últimas veces que lo vi era cuando salíamos de comisaría. Lo vi, estoy segura y en más de una ocasión. Una de las veces estaba junto a la sucursal bancaria que hay frente a la comisaría. Nos miraba.

Veintisiete minutos después, la inspectora y la agente han entrado en la sucursal bancaria frente a la comisaría. Piden hablar con el director urgentemente.

—El señor Tapia está reunido ahora mismo —les indica la mujer que hay en el mostrador.

—Mire, señora, es urgente, ¿entiende? Dígale que la policía necesita ver unas grabaciones.

La mujer hace una llamada, es la segunda que le hace. En la primera, el director de la sucursal la ha colgado al instante.

—Nieves, sabe usted que estoy en una reunión importante, ¿que ocurre? —añade él al descolgar el teléfono del despacho.

—Hay aquí dos agentes de policía, piden hablar con usted, es muy importante.

—Joder, ¿y tiene que ser ahora?

—Parece ser que sí.

Al señor Tapia, director de la sucursal, le ha dado igual que fuera muy urgente, ha salido de su despacho junto con otro hombre trajeado veinte minutos después, y con una sonrisa falsa ha saludado a las de la brigada de homicidios.

—Era urgente, señor —le dice Amaia.

—Bueno, lo mío también era muy urgente… ahora sí estoy por ustedes.

—Colaboración ciudadana, señor —salta Rocío devolviendo también otra sonrisa falsa.

—No perdamos más tiempo, agentes, ¿qué es lo que quieren?

La inspectora Garmendia pide ver las grabaciones en las que Rocío cree que el chaval repeinado de pantalón de pana las estaba observando justo desde el exterior de la sucursal. Y, ahí está, lo ven. Es cierto, las observa desde la distancia y de vez en cuando hace alguna llamada desde un teléfono móvil. Graban en un CD y la llevan a comisaría. Pide a los del departamento tecnológico y equipos informáticos que se pongan a ello e intenten averiguar quién es.

—Lo quiero para ayer —ordena Amaia.

CAPÍTULO 47

Hay momentos en los que Tomás Blasco se siente repugnante, en cambio, hay otros que se siente poderoso. Depende todo de su estado de ánimo. Continúa en el comedor viendo a la presentadora que le pone cachondo, le encanta mirar como se mueve. De vez en cuando ha estado observando al hombre en la cocina, ya tenía preparado el sándwich y el vaso de agua para bajar, y al final lo ha hecho. Ahora está abajo, con la chica guapa. Sabe que le ha dejado la comida y el agua para que se quede inconsciente, cuando lo esté, bajará y la violará. A Tomás le encantaría poder hacerlo, pero él no está para eso. Dos minutos después el hombre vuelve a subir arriba y se mete en el el despacho, el que está cerca de la entrada.

Tomás quiere masturbarse, son seis metros los que le separan de ese hombre, pero no quiere que lo pille. Varios minutos después de haber subido lo ve salir de la habitación.

—¿Quieres bajar, Tomás? —le pregunta.

Blasco se queda sorprendido, no pensó que le iba a dejar, pero no sabe que todo es una estrategia. El secuestrador, desde el despacho ha podido ver, por la cámara que tiene escondida en el zulo, como Sandra Vega ha vomitado toda la comida y el agua. Por eso, tiene un plan, no quiere arriesgarse a ser golpeado por ella, y, además, mata a dos pájaros de un tiro. Es una buena manera de acabar con Tomás de una manera sencilla y práctica, siempre y cuando ella lo mate, claro.

—Sí, quiero bajar —responde, excitado.

—Pues prepárate —le indica—. Tendrás que ponerte la máscara.

—¿Me la podré follar?

—Claro, Tomás, para eso bajas —le miente—. Te la follas las veces que quieras.

Blasco está más excitado que nunca. Ahora sí se siente poderoso Siente que es Dios.

Cuando abre la puerta que da a la escalera para bajar, lo hace con nerviosismo. Lo único que piensa es en llegar a la sala y encontrarse a la chica inconsciente. Se la imagina dormida, relajada Sabe cómo lo quiere hacer, lo tiene todo planeado. Entrará y la acariciará, y después la penetrará. Lo desea con todas sus fuerzas pero al final, no todo sale como él esperaba. Lo único que le espera detrás de la puerta del final del pasillo es la muerte. Sandra Vega espera a su secuestrador tumbada en la cama, fingiendo estar inconsciente, y cuando entra lo mata dándole con la bandeja metálica Le destroza la cabeza. Ahora, Tomás Blasco ni siente ni padece. La vida ha terminado para él.

Sandra observa sus manos, están llenas de sangre, incluso cree ver un trocito de sesos del hombre en uno de sus dedos. Cuando sale al pasillo ve un rostro que le produce terror: el del verdadero secuestrador. Ahora sí, ese cuerpo es el que ha estado viendo los últimos días, y sabe que la ha engañado. El hombre corre hacia ella y la coge con violencia. La vuelve a meter en la habitación después de darle un bofetón. Observa el cadáver de Tomás, le resulta repugnante.

—Te quedarás aquí con el cuerpo —le dice a ella—. Tendrás que oler el cuerpo putrefacto.

—¡Por favor! —suplica Sandra—. ¡Sácame de aquí!

—Dentro de un rato volveré con otro sándwich y un vaso de agua, y esta vez no habrá tonterías.

El secuestrador no dice nada más. Cierra la puerta de un portazo y se marcha. Sandra se queda en silencio, sola. El cuerpo de Tomás todavía no huele, pero a ella le da la sensación de que sí. Está segura de que cuando pasen veinticuatro horas olerá a podrido, cuando se

liberen los gases de las bacterias del muerto. Ya no hay más ideas, ya no existe un plan B. Sandra Vega sabe que ahora sí es el final.

CAPÍTULO 48

Vicente Prado era un buen policía. Tenía cuarenta y seis años cuando dijeron que se había suicidado en su piso. Al menos es lo que pone en el informe. Lo encontraron muerto con un tiro en la cabeza. Se la había reventado con una Llama M-82. El ex comisario Santiago Ríos nunca se creyó esa versión. Y Amaia Garmendia, alias *la vasca* tampoco se la cree. No solo murió él, también murieron los dos agentes de narcóticos que, según parece, seguían a Noelia Crespo. Los asesinaron en una especie de ajuste de cuentas en una redada de droga. Tanto Amaia como la agente Contreras saben que todo eso es sumamente sospechoso.

—¿Qué dice el informe de todo eso? —le pregunta Rocío.

—En el caso de Vicente Prado la puerta no estaba forzada —explica—, pero hay que ser gilipollas para decir eso. Cualquiera podría abrir una puerta sin forzarla. Y en el caso de los de narcóticos ocurrió en una nave abandonada, a las afueras de Segovia. Según parece fueron a comprar droga a un clan de rumanos y todo acabó a tiros.

—No me creo nada —confiesa Rocío.

—Ni yo. Se los han ido cargando a todos: Vicente Prado, Santiago Ríos, a los de narcóticos que se llevaron a la niña y también querían matarnos al comisario Mendoza y a mí por investigar.

—Y al abogado Rafael Pomares.

—Exacto.

La inspectora recibe una llamada a su teléfono móvil, cuando ve en la pantalla quién la llama no sabe si alegrarse o ponerse de los nervios. Lo primero que hace antes de descolgar es encenderse un cigarrillo.

—Hola —responde.

—Por fin, Amaia, ya me han dejado llamarte. —La voz al otro lado suena reconfortante, ahora sí. Quizá en otras circunstancias no lo sería, pero ahora es la mejor persona a la que puede oír.

—Mendoza, qué alegría —añade ella—. ¿Cómo estás?

—Como si me hubieran pegado un tiro en la cabeza.

—Un poco más y no lo cuentas, Mendoza.

—Lo sé… Bueno, cuéntame, ¿cómo va todo?

Se oye una voz de fondo, Amaia cree que es el médico, que le avisa al comisario que no le conviene llevarse disgustos en estos momentos.

—Prefiero que no sepas cómo va —indica ella—. Haré caso a lo que está diciendo el médico.

—No hagas caso del doctor —le dice el comisario—. Este hombre no sabe que tengo al ministro dándome por culo…

La llamada se corta después de que Amaia escuche: «Le he dicho que no hay más llamadas, tiene que descansar».

—Joder —salta la inspectora, riendo—. Creo que ese médico le ha colgado el teléfono a Mendoza, no sabe lo que ha hecho.

Amaia sabe que lo que está a punto de hacer podría llevarla a la ruina, o peor aún, dejarla sin trabajo. Pero no lo puede resistir, es superior a ella. Cuando han llegado a Segovia para investigar lo acontecido con Vicente Prado y los de narcóticos, ha visto junto a una gasolinera un motel que se cae a trozos, pero es suficiente para lo que quiere hacer.

—¿Dónde vas? —le pregunta Rocío.

—Ven conmigo, tengo una idea —le ha ordenado su jefa.

Al entrar en el motel, las suelas de los zapatos se te pegan a suelo. Huele a comida de hospital y a fritanga. El hombre que hay en el mostrador está desaliñado, y su actitud es de la de alguien que querría estar en su casa tumbado en el sofá tocándose los cojones todo el santo día.

—Hola —saluda Amaia.

—¿Qué hay? —les pregunta el hombre con dejadez.

—Somos policías —le suelta la inspectora enseñándole la placa— Queremos una habitación, tenemos que hacer un seguimiento y nos vendrá bien quedarnos escondidas durante una hora. ¿Tiene alguna libre?

—¿Esto me va a buscar problemas? —pregunta el tipo.

—En absoluto, caballero, la colaboración ciudadana siempre viene bien. Se lo garantizo.

El tipo les hace entrega de una llave, la de la habitación número seis. La que da a los surtidores de la gasolinera.

Cuando Amaia y Rocío entran en la habitación, es la agente la que se queda extrañada al ver la situación en la que se encuentran.

La puerta de la habitación del motel se cierra con un leve chasquido. Durante unos segundos ninguna de las dos dice una palabra. Solo hay silencio.

La luz tenue de una pequeña lámpara medio destrozada por el desgaste del tiempo que hay junto a la cama envuelve la estancia en un ambiente cálido. Es de día, pero está encendida.

Amaia deja la pistola reglamentaria sobre la mesilla llena de polvo y se pasa su mano por el cabello.

—¿Por qué estamos aquí? —indaga la agente Contreras.

Están una frente a la otra, apenas un paso las separa. Hay tensión entre ellas, una tensión sexual.

—Me la estoy jugando con esto, Rocío —dice Amaia—, pero necesitaba estar a solas contigo, aunque solo sea por una puta hora.

Rocío sonríe y es la que rompe la distancia. Se acerca a la inspectora y la besa. Roza con la yema de los dedos la mandíbula de Amaia, recorriéndola lentamente hasta detenerse bajo su barbilla. La besa con pasión, jugando con la lengua en el interior de la boca de su jefa. Sus miradas quedan ahora atrapadas, la una de la otra. Se miran como nunca lo han hecho. Hay amor, demasiado.

Los besos siguen, hay pasión, muchísima. Ahora el tiempo deja de importar. Se besan con más pasión, pero hay momentos en los que también existe la ternura. Es como si hubiera una necesidad contenida como si cada beso compensara todas las palabras que nunca han pronunciado mientras están con la investigación.

Se separan unos centímetros, su respiración es agitada. Rocío apoya la frente contra la de Amaia, se miran y vuelven a besarse.

—Te deseo —le susurra *la vasca.*

Vuelven a besarse, esta vez con más seguridad, con más pasión dejando que el mundo exterior desaparezca tras esos besos.

Las horas de tensión, el peso del caso Hans, la losa del caso de la niña de Segovia, y el miedo constante parecen haberse quedado en el exterior. Dentro de la habitación no hay nada de eso, solo hay pasión y mucha excitación.

Se desnudan, se rozan los pechos y se tumban en la cama. Se abrazan y se convierten en una sola persona. Los besos son cada vez más intensos, el roce entre sus sexos también. Hacen el amor sintiéndose la una a la otra más que nunca.

Amaia ha tenido que llamar a recepción y decirle al tipo desaliñado que necesitaban una hora más para el ficticio operativo. El hombre les ha dicho que no hay problema, asegurándole la vasca que tendrá una buena propina de parte del Cuerpo Nacional de Policía, algo que la hundiría mucho más si alguien se entera por esa mentira.

—Voy a ir a buscar unas cervezas —añade la inspectora.

—Vale —le dice Rocío, sonriendo—. Te espero aquí.

La vasca se ha vestido y ha salido de la habitación. Ha evitado pasar por delante de recepción y así poder ir hasta la gasolinera a comprar cervezas. Mejor eso que pedírselas al tipo del motel, no estaría bien visto que en un operativo dos agentes de policía se pongan a beber. Además, piensa que seguro estarían caducadas.

—¿Tienen cervezas? —le pregunta Amaia a la mujer del mostrador.

—Sí, pero hay un problema, guapa —le dice mientras masca un chicle—. No están frías. Las acabo de meter en la nevera.

—Joder, ¿en serio?

—Sí, y al motel ni vayas, el idiota de allí no tiene ni refrescos. Pero si cruzas la calle, al final del puente hay un supermercado.

—¿Está lejos?

—No, unos cinco minutos caminando.

La inspectora Garmendia cruza la calle y una furgoneta Mercedes Vito plateada casi la atropella.

—¡Hijo de puta! —le grita al vehículo.

La inspectora cruza el puente y, junto a una plaza, ve el supermercado. Entra, coge un par de latas de cerveza y una bolsa de patatas. Paga en efectivo y vuelve a salir a la calle. Un matrimonio pasa junto a ella, llevan de la mano a una niña pequeña, de unos cinco años. No puede evitar pensar en Noelia, no sabe dónde puede estar pero ha de encontrarla, sea como sea. Quiere que vuelva con sus padres, Jaime y Margarita. Detiene su marcha y se enciende un cigarrillo, lo necesita. También se abre una de las latas y se la bebe casi toda de un trago. Cinco minutos después vuelve a entrar al supermercado y coge un par más. La que le ha quedado de antes ya se le ha ido un poco el frío. Ahora sí, vuelve a cruzar el puente y camina hacia el motel. Evita, de nuevo, pasar por la recepción bordeando el lugar hasta poder llegar a la entrada. No le hace falta

llamar a la puerta, está abierta. No puede evitar sonreír al pensar que Rocío la está esperando desnuda, quizá junto a la entrada, o tumbada en la cama. Pero cuando Amaia entra en la habitación solo existe el caos. La lámpara está en el suelo, la mesilla también. Hay sangre en las sábanas y en una de las paredes. Amaia tiembla de miedo. Entra en el lavabo, no hay nadie. Solo sangre. La suficiente como para pensar que las heridas pueden haber sido profundas. Avanza por la habitación con su arma en la mano, el pulso ni le tiembla.

—¿Rocío? —suelta.

La agente Contreras no está. La habitación está vacía. En ese momento suena un teléfono móvil, no hay melodía navideña, ni la melodía de alguna película. Es solo un sencillo politono que suena bajo las sábanas. Amaia coge el teléfono y descuelga, con temor, la llamada.

—¿Quién es?

—Hola, inspectora. —Es la voz de alguien joven, al menos eso cree ella.

—¿Quién cojones eres?

—Verás, no podíamos perder más tiempo, ha sido una lástima que no estuvieras en la habitación, pero no podemos tenerlo todo ¿verdad? Así que tenemos que cambiar de planes.

—¿Qué quieres? ¿Dónde está mi agente?

—Venga, Amaia, los dos sabemos que tu agente es mucho más que eso… presta atención: no trates de buscarnos, hazme caso, no lo hagas. Espera instrucciones y todo saldrá bien. Y para que no se te olvide quiero que escuches esto…

La voz ya no dice nada, pero lo siguiente que Amaia escucha por el teléfono es el grito de Rocío. Un chillido tan fuerte parecido al que emiten los cerdos cuando los están degollando. La inspectora oye el grito de la agente Contreras y no puede evitar llenarse de rabia.

—¡Hijo de puta! —grita ella.

—Nueve, Amaia —le dice de nuevo la voz—. Le quedan nueve dedos. Recuerda, espera instrucciones.

TERCERA PARTE

"Imagínese a un hombre sentado en el sofá favorito de su casa Debajo tiene una bomba a punto de estallar. Él lo ignora, pero e público lo sabe. Esto es el suspense (Alfred Hitchcock)."

Madrid (España), invierno de 1990.

Gustav está sentado en la butaca, nervioso. Su esposa a un metro de él, de pie, observando por la ventana. Ninguno de los dos dice nada, ninguno habla, ni siquiera se miran. Desde que han llegado al hospital están así, inmóviles, como si fueran dos desconocidos. La mañana comenzó como cualquier otra: Julia y Gustav se levantaron temprano, prepararon café y unas tostadas con mermelada, y a su hijo un bocadillo para que se pudiera llevar al trabajo. Uno bien grande para que no le ocurriera lo de los últimos días. Se había sentido débil en algunos momentos, tanto en brazos y piernas, había sufrido unas extrañas sacudidas. Seis días antes había experimentado destellos frente a sus ojos, cosas que no podía explicar. Y unos dolores de cabeza muy frecuentes, en exceso quizá. Incluso problemas de concentración. Su madre le había dicho que era por el cansancio y el estrés. Pero esa mañana, al levantarse, el hijo se había desmayado al bajar a la cocina. Sus padres se lo llevaron al hospital. Ni siquiera Gustav había respetado las señales de tráfico.

Entraron por urgencias y fueron atendidos de inmediato. Aunque el hijo estaba ya consciente, las enfermeras vieron algo en él que no era normal.

—¿Por qué tardan tanto? —le pregunta Julia a su marido— Hemos entrado por urgencias hace cuatro horas.

—Ten paciencia —le pide Gustav—. Estarán haciéndole pruebas.

Una semana antes, Gustav había cumplido los cincuenta seis años. Y mientras espera noticias sobre su hijo en esa fría sala de espera, recuerda el día en el que conoció a Julia, y todo para llegar al recuerdo del día en el que nació su hijo. Recuerda que fue el hombre más feliz del mundo. A sus treinta y siete años jamás pensó que formaría una familia, pero así fue. Ahora su hijo tiene diecinueve años

un chico guapo y alto con muchas ganas de vivir y de cumplir todos sus sueños.

Con esos recuerdos queda atrás el pasado de Gustav, aquellos años oscuros en los que vivía con un asesino que tenía una sola idea la de crear al ser humano perfecto. Primero trabajó para su *Führer* después lo hizo para él mismo. Involucrando también a su propio hijo a Gustav. Ya casi ni recuerda aquellos tiempos. Ni siquiera quiere acordarse del día en el que lo envenenó.

Los recuerdos de Gustav son interrumpidos por un médico que entra en la sala. Es el mismo que ha estado atendiendo al chico.

—¿Pueden acompañarme, por favor? —les dice a los padres.

Julia no dice nada, solo se siente aterrada. Teme lo peor.

Cuando entran en uno de los despachos, el doctor los hace sentar en las dos sillas que hay frente a la mesa. Él se sienta enfrente, abre una carpeta y saca varios documentos.

—¿Cómo está nuestro hijo, doctor? —le pregunta Gustav.

—Ahora está bien —aclara—, descansando.

—¿Qué es lo que le ocurre? —quiere saber Julia.

—Verán… para mí no es fácil decirles esto, pero lo mejor es que lo sepan lo antes posible. Después de varias pruebas lo más probable y con total seguridad les diría que su hijo tiene la enfermedad de *Lafora*. Hay un médico muy bueno en Galicia que la conoce bien y me lo ha confirmado.

—¿Qué es eso, doctor? —le pregunta desconcertado el padre.

—Es una afección rara… Verán, a día de hoy, aquí en España, hay aproximadamente unas seis mil enfermedades raras —explica—. En nuestro país puede haber una enfermedad que la tengan incluso uno o dos pacientes solamente. La enfermedad de *Lafora* es una de esas dolencias, y por desgracia, su hijo la padece.

Gustav y Julia intentan asimilar esa información, pero es como si les estuvieran hablando en chino. No tienen la menor idea de lo que el médico les está hablando.

—Los síntomas que su hijo ha padecido durante estos últimos días —prosigue el médico— son el inicio de esta enfermedad. Normalmente comienzan cuando el paciente tiene unos ocho o nueve años de edad, y máximo hasta los dieciocho o diecinueve. Por desgracia la de su hijo ha comenzado ahora.

—Mi hijo siempre ha sido una persona muy sana. Prácticamente nunca se ha resfriado ni cogido fiebres… es fuerte y sano, doctor. No entiendo cómo es posible que ahora le ocurra esto…

—Lo sé, señora, pero así comienza. Lo siento. De verdad que siento mucho que estén pasando por esto.

—¿Por qué le ha ocurrido a él? —indaga Gustav—. ¿Por qué ahora?

—Es rara porque es una enfermedad genética hereditaria. Ustedes dos tienen el gen que ha provocado esa afección en su hijo. Digamos que ambos padres son los portadores. No se sientan culpables por eso, por desgracia puede llegar a existir ese tipo de mutaciones entre genes. Aunque sea extremadamente raro.

—¿Y ahora, qué?

—A día de hoy, *Lafora* no tiene cura. Podemos probar de suministrar antiepilépticos para evitar las crisis que le puedan venir y paliar las convulsiones más fuertes…

—Sea sincero, doctor —le pide Gustav—. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Qué solución hay? Tiene que haber algo que se pueda hacer por él.

—Siento lo que voy a decirles… pero, como ya he dicho, a día de hoy no existe una cura, y tampoco podemos frenarla demasiado. Las pruebas lo han confirmado, y el doctor que les he dicho de Galicia, que desafortunadamente ya ha visto dos casos iguales, me lo ha asegurado. Le he enviado las pruebas y hemos estado hablando por teléfono. Quizá sin él hubiéramos tardado mucho más en dar con el diagnóstico. Lamentablemente su hijo presentará deterioro en su cuerpo y pérdida del control motor hasta causar una discapacidad

completa… La esperanza de vida de estos pacientes suele ser de entre cinco y quince años, aproximadamente.

—¿Me está diciendo que nuestro hijo puede llegar a morir dentro de cinco años?

El médico ya no habla, pero asiente con la cabeza. Su mirada es triste, nadie está preparado para decirles a unos padres algo así.

Julia está llorando en la sala de espera. Ahora mismo está hundida, todo su mundo se ha venido abajo en cuestión de minutos. Ha pasado a ver a su hijo a la habitación, los dos se han abrazado y se han dicho lo mucho que se quieren.

Gustav está ahora con él, sentado junto a la cama. Padre e hijo se miran. Solo con la mirada se lo están diciendo todo, con los ojos se transmiten el amor que sienten el uno del otro.

—¿Ahora qué, papá? —salta el chico—. Voy a morirme.

—No, hijo, no te preocupes, todo saldrá bien. Encontraremos una manera de curarte.

—No hay ninguna manera. El médico ha sido muy claro, papá.

Gustav coge la mano de su hijo y la aprieta con fuerza para hacerle sentir seguro, lo mira fijamente a los ojos y le dice:

—Confía en mí, Hans. Todo saldrá bien.

CAPÍTULO 49

Cuando Beatriz Cortijo ha colgado la llamada se ha puesto a temblar. La voz al otro lado del teléfono le ha facilitado una dirección y un nombre, nada más… Exactamente igual que la anterior vez, y ese día terminó en casa del abogado Rafael Pomares, ahora no sabe si esa dirección será mejor o peor. Sube a un autobús que la llevará directa al lugar que le han indicado.

En una media hora llega a la urbanización Valdelagua, no es la más bonita ni la más cara de Madrid, pero sí es la más segura y blindada. Rodeada de cámaras en todas sus calles y vigilada veinticuatro horas por guardias de seguridad que tienen controlado todo el perímetro. Sus casas acogen a celebridades y a la élite española, también políticos y famosos de todo tipo. Beatriz está ahora en la entrada, junto a la garita del vigilante.

—Vengo a ver al señor Pelayo Íñiguez —le indica al segurata.

—Un momento, por favor. —El guarda hace una llamada y la otra mano no se despega de su revólver reglamentario—. En seguida vendrá un coche a recogerla.

Beatriz espera junto a la garita y observa las casas que hay a su alrededor. Enormes chalets que deben de costar un ojo de la cara. Está nerviosa, tiene miedo, pero ha de disimularlo como sea. No la pueden ver así.

A los pocos minutos un coche de alta gama con los cristales tintados aparece por la calle hasta que llega a la barrera de la garita. El vigilante le indica que puede subirse ya al coche y que la llevarán hasta una casa. Ella obedece y se sube. El conductor no le dice nada, solo arranca y vuelve a subir calle arriba. Es un hombre joven, de unos treinta años, cabello corto engominado y una barba perfectamente

afeitada. Beatriz lo observa desde el asiento de atrás, y él, que lleva gafas de sol, la mira desde el retrovisor, pero ella no lo sabe.

Dos minutos después de haber recorrido un par de kilómetros por la urbanización, el coche para junto a una enorme mansión de fachada blanca. El perímetro está protegido por cámaras de seguridad y la valla es tan alta que sería muy difícil saltarla. Cuando una verja se abre, el conductor accede a la vivienda y deja el vehículo junto al garaje que está muy cerca de la enorme piscina.

—Sube por las escaleras y espérate en el salón —le ordena el chófer señalándole con el dedo el camino que ha de seguir—. Ponte cómoda y espera a que venga el señor.

Beatriz sale del vehículo y camina por el estrecho camino, llega a una puerta abierta y sube por las escaleras. Parece un pasillo de servicio. Vuelve a abrir otra puerta y accede al salón. Observa el sofá enorme de piel marrón, un piano de cola, cortinas de terciopelo y un enorme ventanal con vistas a un jacuzzi y a una terraza. En ese momento, suena la canción *My heart will go on* de Céline Dion, parece provenir de una habitación contigua, de un tocadiscos quizá. Aparece un hombre de unos cincuenta años, con traje, cabello canoso y barba bien arreglada de varios días. Su voz es penetrante e impone bastante y en sus manos lleva una flor.

—¿Te gusta Céline Dion? —le pregunta él a Beatriz—. Toma, esta flor es para ti.

Ella está parada, no sabe ni qué decir. Seguramente porque es la primera vez que la reciben así. Huele la flor y decide responder.

—Sí, me gusta. La he escuchado alguna vez por la radio. Pero no he visto la película Titanic. Sinceramente no he tenido la oportunidad.

—¿No? Eso tiene solución. La tengo en VHS. Una noche la veremos. Podremos preparar palomitas y con una manta tumbarnos en el sofá.

Ella asiente sin decir nada. La canción ha terminado y él la invita a sentarse en el sofá. Beatriz se sienta. Pero no se siente cómoda realmente tiene mucho miedo.

—Imagino que sabrás que yo soy Pelayo, y ahora esta es también tu casa, ¿de acuerdo? Hay normas, claro, pero ya las irás descubriendo a poco a poco.

Pelayo Íñiguez da la sensación de ser un hombre muy respetuoso muy diferente al abogado Rafael Pomares, pero no por eso Beatriz va confiar al cien por cien, nunca lo ha hecho, y en este caso no será la excepción.

—Cuéntame algo de ti, Beatriz, ¿o prefieres que te llame Bea?

—Me da igual, puede llamarme como quiera, señor —dice ella.

—No me hables de usted, por favor, quiero que tengas confianza conmigo y que nos podamos tutear. Venga, cuéntame qué es lo que te gusta hacer. Siéntete libre de poder explicarme lo que quieras.

—Me gusta el cine… y cocinar.

—Eso está bien, Bea. ¿Qué más?

—Leer también me gusta mucho —confiesa ella.

—¿Qué te gusta leer?

—Novelas de romance.

—Interesante. Entonces, ¿eres romántica?

No es la primera vez que Beatriz está en esa situación, una situación de calma, pero quizá sí sea la primera que un hombre la trata con esa delicadeza, pero no puede fiarse, ella sabe que ese tipo que tiene a su lado es un cerdo, exactamente igual que los otros, que para eso paga una gran cantidad de dinero.

—Sí, soy romántica —dice al fin.

— Eso me gusta.

Pelayo la mira directamente a los ojos y ella aguanta la mirada.

—Eres muy bonita, Bea —añade él con una enorme sonrisa mostrando sus dientes blancos.

—Gracias.

—No quiero que me tengas miedo, ¿entendido? Quizá vayamos a estar mucho tiempo juntos, por eso es mucho mejor que nos llevemos bien. Así podré intervenir cuando Alex quiera hacerte cosas malas. Hay veces que lo puedo controlar, otras no.

—¿Alex?

—Mi hijo. Tiene diecinueve años, es joven, guapo.

—No entiendo, señor Pelayo.

—Me lo imagino —le dice pasando sus manos sobre su cabello— Es normal que nadie te haya explicado nada. Pero has de confiar en mí, bueno… en nosotros, ¿entiendes? Alex llegará en media hora, ¿por qué no bailas un poco para mí mientras te quitas la ropa?

Beatriz está, quizá, más asustada de lo que nunca lo ha estado. Ese hombre, el tal Pelayo, le habla de Alex, su hijo. No entiende nada. ¿Qué está ocurriendo? Ha trabajado para hombres que estaban solos, esa situación es nueva para ella.

—¿Me has oído? —suelta él—. Baila para mí mientras te desnudas. Quiero ver cómo te mueves.

Ella obedece, no tiene otro remedio. Se levanta del sofá y comienza a bailar sensualmente, intenta hacerlo lo mejor que puede. A poco a poco, se quita la ropa hasta que se queda completamente desnuda.

—Tienes un cuerpo precioso, Bea. Tus pechos son muy bonitos. Pero tendrás que rasurarte toda, ¿entendido? ¿Ves la caja que hay encima de la estantería? La que hay junto a la chimenea.

La joven observa hacia donde le indica Pelayo y afirma que sí que ve la caja. No es demasiado grande, pero parece robusta.

—La veo.

—Bien. Ábrela y coge lo que hay dentro, es una sorpresa para ti.

Cuando Beatriz abre la caja se queda aterrada. En el interior hay cubierto con un pequeño pañuelo de seda de color rojo, unas tijeras.

—¿Para qué es esto? —indaga ella, aterrada.

—Córtate el cabello.

—¿Qué? —Beatriz no entiende nada, ahora sí está asustada.

—¿Estás sorda, Beatriz? Te he dicho que te cortes el cabello… no todo, varios mechones, tú ves haciendo, ya te diré basta cuando yo crea conveniente.

A Beatriz le tiemblan las manos, las tijeras se le mueven como si tuviera párkinson.

—¡Hazlo! —le grita él, enfadado.

Ella comienza a darse tijeretazos en su cabello, se va cortando varios mechones de diferentes medidas y los va tirando en el suelo. Lo hace a ojo, no tiene ni idea de dónde corta. Cerca de una estantería, al lado del sofá, hay un espejo, pero Pelayo no deja que se acerque para poder mirarse.

Beatriz ya no es la que era, se ha cortado tanto su cabello que ahora no sabrías ni reconocerla. Ella pensaba que Pelayo le diría basta al cortarse solo un poco, pero no ha sido así, se lo ha cortado prácticamente todo, a un ochenta y cinco por ciento, más o menos. Hay zonas que se le incluso ve el cuero cabelludo.

—Ya está bien —le indica él—. Puedes dejar las tijeras en la caja.

Ella obedece y, repleta de pelos por todo su cuerpo y alrededor de ella en el suelo, se cruza de brazos tapando do sus pechos y abrigándose del frío.

—La cocina está allí, entra y coge una escoba que hay detrás de la puerta. Barre tus pelos, por favor. El suelo siempre ha de estar limpio.

Ella quiere llorar, lo desea con todas sus fuerzas, pero una vez lloró delante del abogado Rafael Pomares y él le dio una paliza que casi la mata, por eso evita volver a hacerlo. Ha aprendido a ser fuerte al menos por fuera.

Beatriz obedece y coge la escoba que hay en la cocina, y cuando está barriendo todo el suelo del salón, un joven que ella cree que debe de ser el tal Alex, entra en la casa.

—Hola —saluda el chaval con seriedad.

—Hola, hijo —le dice Pelayo, su padre—. Te presento a Beatriz pero puedes llamarla Bea.

El chico no dice nada, solo la observa de arriba a abajo y lo hace con cara de repugnancia. Como si se tratase de un nazi admirando a un judío.

—Ni siquiera te ha saludado, Bea… —añade Pelayo.

Ella está, si cabe, todavía más aterrada. Siente escalofríos de terror recorriendo toda la piel de su cuerpo.

—… si mi hijo no te ha saludado —prosigue el señor Íñiguez— quiere decir que hoy no lo podré controlar. Ya te dije que hay veces que puedo hacerlo, otras no soy capaz.

Alex tiene la mirada perdida, pero refleja una perversión en sus ojos. Observa de nuevo el cuerpo de Beatriz y le echa un nuevo vistazo, dejando la mirada fija en los pechos. Y ahora es cuando el hijo de Pelayo suelta la frase que podría hacer que ella se orinase encima:

—Sube por las escaleras, vamos a mi habitación. Me lo voy a pasar en grande.

CAPÍTULO 50

La inspectora Amaia Garmendia cuelga el teléfono. Clava su mirada en las sábanas revueltas, en las que minutos antes han hecho el amor ella y Rocío. Da un puñetazo en la pared y tira la lámpara al suelo. Despotrica por su boca todo tipo de insultos. Sale de la habitación y camina hacia recepción. El tipo de la entrada tiene que haber visto algo, tiene que tener alguna puta cámara, piensa ella.

Al acceder a recepción no hay nadie. La inspectora busca al recepcionista desaliñado por toda la entrada, abre todas las puertas y al abrir una de ellas, ve que es uno de los lavabos que hay junto a una sucia cafetería, y se encuentra al dueño sentado en el retrete cagando.

—Acompáñame —le dice Amaia cogiéndole de la camiseta.

—¡Eh, suéltame, joder! —grita él, con los pantalones bajados y el culo lleno de mierda.

La vasca lo lleva hasta la recepción y señala la cámara que hay junto al mostrador.

—Esta de aquí enfoca hacia el parking que está al lado de las habitaciones, ¿dónde puedo ver la grabación?

—¡Joder, tía, estás como una puta cabra! ¿Puedo subirme los pantalones?

—Sí.

—El grabador está en un altillo de arriba, se puede subir por ahí —indica, señalando hacia unas escaleras.

Cuando suben, el tipo del motel pone en marcha el televisor y comienza a apretar botones en una pequeña consola que hay junto al grabador.

—Retrocede una hora y media más o menos —le ordena Amaia.

El tipo desaliñado obedece, y al llegar a la hora indicada es la inspectora la que se hace cargo del control de cámaras, y, cuando una furgoneta plateada Mercedes Vito llega al aparcamiento, se detiene.

—Joder, es la furgoneta con la que me crucé —susurra ella.

—¿Y la otra chica? —pregunta—. La compañera con la que llegaste al motel…

—Cierra el pico, necesito concentrarme.

Del vehículo salen dos hombres de unos cuarenta años, los dos visten de negro y con botas militares, seguidos de otro más joven Amaia lo reconoce, es el chaval que salió en la grabación de la casa del abogado Rafael Pomares, el que las había estado siguiendo, a ella y a Rocío.

—Mierda —suelta ella—. Hijo de puta.

La grabación continúa, y los tres se dirigen hacia la habitación en la que estaban ellas dos. Uno de los dos hombres que visten de negro golpea con los nudillos la puerta, a los pocos segundos la agente Contreras abre y los tres entran de golpe al interior de la habitación. Ya no se ve nada de lo que ocurre. Se la imagina tirada en la cama forcejeando con ellos. Siente rabia e impotencia. Muy pocos minutos después salen de la habitación, se llevan a Rocío en brazos y la meten en el interior de la Mercedes, ella parece estar inconsciente. El vehículo se pone en marcha y se pierde en la lejanía. Amaia tiene un problema ¿cómo explicar que ella y la agente Contreras estaban en ese motel? No puede decir la verdad. Si dijera que se había puesto caliente y necesitaba un poco de intimidad con su "pareja", seguramente le abrirían un expediente o algo peor. Lo que hace es llamar a Martín y pedirle ayuda.

—¿Qué te ocurre, Amaia? —le pregunta él al otro lado del teléfono.

—Ven a la dirección que te acabo de pasar por mensaje, es urgente —le pide la inspectora—. ¿Estás ya con Pedro?

—Casi —le responde Osorio.

—¿Casi?

—Sí, no te preocupes, luego te cuento. En cuanto esté con é vamos para allá, jefa.

El subinspector Martín Osorio cuelga el teléfono móvil y se apoya en el coche. Frunce el ceño y mira hacia arriba. El bloque de pisos de la calle Serrano es majestuoso, no comprende cómo es posible que en uno de sus pisos haya un prostíbulo. Minutos antes ha subido, ha charlado con la *madame* y ella le ha explicado la situación: le ha dicho que Pedro está con Sonia, charlando en una habitación, y que no cree que estén follando, pero que irá a buscarle y le avisará de que su compañero está abajo, esperándole. Osorio debería de haber buscado primero en ese piso, pero ni siquiera había caído. No se había imaginado que en mitad de la investigación en la que están, se le haya ocurrido dedicarse a hablar con su prostituta de confianza; como siempre dice él.

Seis minutos después de haber hablado con Amaia, el subinspector Osorio ve como el subinspector Pedro Sierra sale del portal con cara de avergonzado. Al menos eso piensa, que la cara que lleva su compañero es de estar avergonzado.

—¿Qué cojones hacías ahí arriba, Pedro?

—No estaba follando, eh, solo charlaba con Sonia…

—¿Charlando? Me cago en tu estampa, cabrón. Si quieres charla te vas a una iglesia y hablas con un cura, joder. Estamos en mitad de un caso importante, ¿qué mierdas tienes en la cabeza? Además apestas a alcohol.

—Lo siento, Martín, no volverá a ocurrir.

—Y una mierda, tío, siempre dices lo mismo. Cuando acabemos con el puto caso te llevaré a un médico para que te ayude a controlarte con el alcohol…

—¿Podéis dejar de tocarme los huevos? —le interrumpe Pedro.

—¿Eres imbécil, o qué? Lo hacemos por ti, porque nos importas Sabes que puedes contármelo todo, Pedro. Solo quiero ayudarte amigo. Hace ya muchos años que nos conocemos para que sepas que puedes confiar en mí.

El subinspector Sierra tiene ahora la mirada perdida, como si quisiera contarle a Osorio la mierda en la que lleva tiempo metido. No se atreve.

—Ya hablaremos cuando terminemos el caso, ¿te parece? —acaba diciendo Pedro, mintiéndole.

—Bien, te tomo la palabra. Sube al coche, vamos con Amaia necesita nuestra ayuda.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Es Rocío, está en problemas.

CAPÍTULO 51

Pepe *el alicates* se está bebiendo una copa de orujo en un vaso con hielo, lleno hasta arriba del licor. *Carroña* se está liando un porro junto con *Godoy*, y Guillermo está jugando a un juego en el teléfono móvil. En ese momento, el Samsung de Pepe comienza a sonar. Se alegra al ver que es Garriga, el policía que los está ayudando. Solo espera que tenga buenas noticias y se sepa algo sobre el paradero de Sandra Vega.

—Dime, Garriga —le dice al descolgar.

—Tengo algo bueno, Pepe.

—Pues suéltalo, cojones.

—Una de las veces que se ha visto a la Berlingo ha sido en el peaje de la AP-6 cerca de Madrid. Hemos llegado ahí porque el ocupante de la furgoneta ha tenido un problemita con su tarjeta de crédito en un área de servicio en la M-40 —explica—. Al parecer le han dicho que no tenía dinero y se ha cabreado un poco. Ha sido grabado y después al retroceder lo hemos visto cogiendo el peaje.

—¿Qué más, Garriga?

—Hemos metido en el sistema el retrato obtenido por la grabación. Es cuestión de minutos que sepamos quién es.

—Así me gusta, cojones, a eso se le llama eficacia policial. Esas cosas me la ponen dura. Me llamas de seguida que sepas algo ¿estamos?

—Hecho.

Pepe corta la llamada y se lleva la mano a sus partes en señal de satisfacción. Sabe que terminar el trabajo será mucho más rápido de lo previsto. Desbloquea de nuevo el teléfono y busca en la agenda a Gabriel Requena para informarle.

—Dime, compadre —dice el gitano al responder.

—Estamos cerca de la paya, Gabriel.

—Bien, no esperaba menos. ¿Qué tienes?

—Una cara, una furgoneta y una matrícula. En unas horas tendremos una dirección, seguro.

—Olé, tú, Pepe. De seguida que sepas algo me dices.

—Así será, Gabriel.

—Por cierto, Pepe, de lo que estuvimos hablando de lo de los Montoya… ¿cómo lo ves? Quiero saber tu opinión.

—Yo lo veo bien.

—Vale. Tenme informado.

Cuando Gabriel Requena cuelga el teléfono, lo primero que se le viene a la cabeza además de lo del clan de los Montoya, es la deuda que Raúl Cuadras, el novio de Sandra Vega, tiene ahora con él. Es feliz porque sabe que en cuanto encuentren a la paya, podrá cobrarse la deuda sin ningún problema. Desde un inicio ya supo el gitano que es lo que quería del chaval. Llevaba semanas buscando a un tonto que hiciera el trabajo, y mira por donde, Raúl llegó pidiendo ayuda y era perfecto para hacer lo que tiene que hacer. Y lo hará, porque las deudas del gitano Requena se acaban pagando, pero a un precio muy alto.

CAPÍTULO 52

La habitación de Alex, el hijo de Pelayo Íñiguez, es grande. La puerta es robusta y tiene una cerradura que él ha cerrado con llave. Hay una cama enorme en forma circular, al lado una mesita con un candelabro, un trípode junto a la ventana con una cámara de vídeo y varios cuadros con escenas sexuales que parecen muy reales. Hay una ventana que da a la calle, pero la cortina de color rojo que hay no deja ver demasiado el exterior, y al entrar el sol al interior hace que el habitáculo se vea rojo, como si estuvieras en un prostíbulo.

El chaval le ha dicho a Beatriz que entre al baño que hay en la misma habitación y que se dé una ducha para quitarse los pelos que tiene por encima después de haberse cortado el cabello. Bea ha entrado y el chico ha ido a acompañarla mientras se bañaba y no le ha quitado ojo en ningún momento.

—Frótate bien —le ha ordenado—. Me gustan bien limpias, y en la bandeja hay una cuchilla, rasúrate.

Mientras se duchaba, Alex la miraba con cara de deseo, y ella sentía repugnancia, pero intentaba poner su mejor cara fingiendo como si fuera una brillante actriz.

Cuando ha terminado de ducharse, él la ha secado con delicadeza con una toalla. Después le ha pasado un secador por el poco cabello que ya le quedaba y le ha pedido que se tumbe en la cama.

—Coloca tu brazo en el pecho izquierdo —le dice mientras enfoca con la cámara de vídeo—. Quiero grabarte así, como si fueras una especie de retrato. Te iré diciendo varias posturas para que hagas hazme caso, ¿entendido?

Ella ha obedecido en todo momento. Está aterrada, como nunca lo ha estado.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunta ella con temor a conocer la respuesta.

—Es mucho mejor para ti que no lo sepas, bonita. Pero no te preocupes, a la hora de la cena estarás cocinando, como tiene que ser que para eso también has venido.

Después de que Alex haya grabado en vídeo a Beatriz en diferentes posturas, ha apagado la cámara y se ha sentado en el filo de la cama, muy cerca de ella.

—Ahora ponte a cuatro patas —le ordena.

—¿Qué? —Beatriz lo ha oído perfectamente, pero quizá es una manera de retrasar lo inevitable.

—¡Joder! Que te pongas a cuatro patas, coño.

Ella vuelve a obedecer, no tiene otra opción. Es eso o morir Apoya las manos en la cama y también las rodillas, quedándose en la posición que Alex le ha dicho.

—Ahora, ladra. Como si fueras una perrita.

Beatriz se siente sucia, insignificante, jamás se ha encontrado en esa situación. Es, probablemente, lo más desgarrador que ha tenido que hacer nunca. Pero, en un momento quizá de lucidez, observa el candelabro que hay en la mesita que está junto a la cama. Es grande lo suficiente como para aplastar la cabeza de alguien. Nunca ha tenido el pensamiento de matar a los "clientes", sí que lo ha pensado muchas veces, pero esta vez es diferente, siente la necesidad imperiosa de hacerlo. Ya no puede más. Quiere acabar con la vida de ese cabrón que tiene a dos metros. Sabe que tiene que ser rápida, si falla la primera vez, estará perdida. Por eso, y para evitar que el chaval sospeche, se pone a ladrar y a contonearse sobre la cama. Es tal el placer que Alex siente, que se pone a reír a carcajadas. Ríe tanto que incluso cierra los ojos echando la cabeza hacia atrás, como si estuviera viendo la mayor comedia de su vida. En ese momento, Beatriz aprovecha para coger el candelabro, lo agarra con la mano derecha que es la buena, lo sujeta fuerte, apretando los dedos hasta que casi le sangran, y ahí, golpea fuertemente con él en la cabeza de Alex. El

impacto es tan fuerte que una de las patas del candelabro se ha incrustado en su cráneo, y cuando Beatriz lo retira con rabia, sale un trocito de masa encefálica. El chico cae al suelo, y ella, intentando no hacer demasiado ruido, continúa golpeándolo en la cabeza sin parar. También le propina golpes por todo el cuerpo. El suelo se llena de sangre, las sábanas también, y Beatriz igual. Siente tanto poder y se siente tan bien, que no cesa en ningún momento de propinar golpes. Le revienta la cabeza, le hunde el cráneo y también le hunde el pecho rompiéndole prácticamente todas las costillas. Le baja los pantalones y con el cañón del candelabro, que es donde se mete la vela, le revienta el pene. Ya hace rato que Alex ha muerto, pero a Beatriz le da igual, continúa golpeándole sin parar. La cara ya es una papilla, la cabeza parece un trozo de masa de pan, su cuerpo es un trozo de carne lleno de agujeros, heridas y sangre. Beatriz para de dar golpes y deja el candelabro sobre la cama y se tumba a descansar, pero solo dos minutos, no tiene más tiempo porque ha de salir de esa casa, sea como sea.

Beatriz baja lentamente las escaleras que la llevarán al salón. Va repleta de sangre, como si le hubieran tirado un cubo de pintura roja por encima. Antes de llegar a los últimos escalones observa hacia el comedor. Pelayo está sentado en el sofá con el mando del televisor en la mano. Ha dejado el candelabro en la habitación, quizá ha sido un error, pero ni siquiera lo ha pensado. Necesita encontrar algo que poder utilizar contra ese hombre, quiere matarlo, igual que ha hecho con su hijo. Tiene que acabar con todo, ha de salir de ahí, quiere desaparecer de una vez por todas y sentirse a salvo. Ya todo le da igual, no ha podido evitarlo. Mientras baja por las escaleras, en el rellano, ve un jarrón de cerámica de decoración, grande y robusto, lo suficientemente grande como para matar a alguien golpeándolo en la cabeza. Lo agarra con delicadeza, le pesa en las manos, demasiado pero tiene que hacer un último esfuerzo para salvarse. Necesita que ese hijo de puta que está en el salón, desaparezca para siempre. No quiere volver a verlo nunca, solo muerto. No tiene ningún plan, ni siquiera tiene apenas dinero, pero le da igual, ha de alejarse de ese mundo, cueste lo que le cueste.

Beatriz se acerca, en completo silencio, por detrás. Coge fuertemente el jarrón con las manos y se prepara para el impacto pero hay un problema en su plan, no ha contado con su propio reflejo en el televisor. La pantalla está encendida, pero al ponerse en negro, Pelayo ha visto el reflejo de ella, él ha sido rápido y se ha apartado en un segundo, después se ha levantado del sofá y, abalanzándose sobre Bea, la ha tirado al suelo. El jarrón se ha hecho añicos, y él la tiene en el suelo con sus manos en su cuello. La quiere matar asfixiándola, ha pagado mucho dinero por ella, pero le da igual, es muy arriesgado tenerla ya en la casa. Sabe que si la mata y explica lo ocurrido a La Corporación, le darán otra a cambio, de todas formas, en el sótano de la casa tiene algo muy especial, por eso no le preocupa perder a Beatriz. Lo del sótano es mucho mejor.

La joven se está quedando sin aire, ya no entra oxígeno en sus pulmones, sabe que va a morir, pero, un golpe de suerte hace que pueda agarrar un trozo del jarrón que está muy cerca de ella. Consigue cogerlo con el dedo índice y medio, se lo coloca bien en la mano y se lo clava en la sien a Pelayo, no demasiado, lo suficiente como para hacer que se desestabilice y caiga hacia atrás. Beatriz aprovecha para coger aire y así llenar sus pulmones de nuevo, se incorpora y se pone encima de Pelayo, y con ayuda de otro trocito de jarrón, un poco más grande que el anterior, se lo clava en el cuello rajándoselo de un lado hacia otro. La sangre le salpica la cara y ella la escupe, cayendo encima de la cara del señor Íñiguez. Beatriz lo acaba de degollar y ese cabrón muere, igual que su hijo, que yace arriba sobre un enorme charco de sangre.

—¡Hijo de putaaaaa! —le grita ella.

Siente la misma necesidad que ha tenido con Alex, por eso coge el trozo de jarrón y se lo continúa clavando en la cara a pesar de esta ya muerto. El rostro de Pelayo es ahora puré.

Beatriz no tiene tiempo que perder. Sabe que la urbanización es demasiado segura, y si sale de la casa las cámaras la verán, por eso necesita tener un plan. Decide registrar todas las habitaciones de la casa buscando algo que la pueda ayudar a salir de allí. Quizá algún

objeto o prenda de ropa que haga que a ella se le encienda la bombilla de la imaginación y así tener un plan seguro para desaparecer de ahí. Pero no encuentra nada. En esa casa solo existe la depravación. Beatriz abre una puerta que hay junto a la cocina, una que la lleva directamente al sótano. Al abrir hay unas escaleras que bajan, son de madera, parecen endebles. Decide bajar, y lo hace lentamente. Al llegar abajo le viene un olor muy fuerte a humedad que se mezcla con un hedor a orina y heces. Frunce el ceño, hace tiempo que no olía algo así. También hay un olor a podrido, horrible, putrefacto; como si algo se estuviera muriendo ahí abajo.

Beatriz avanza lentamente, entra algo de luz por unos pequeños ventanales, unos que parecen dar al jardín. Y, es en ese momento cuando lo ve. Hay una figura humana, sentada en un rincón. Está atada con unas cadenas en brazos y pies, apresada con unas arandelas que están clavadas en la pared. La llave parece estar colgada junto a la puerta. Se acerca hasta esa figura y la observa. Se queda horrorizada. Tiene el cabello grasiento, da la sensación de tener piojos. Su tez está sucia. Junto a esa figura hay un bol en el que le han dejado trozos de pan y zanahoria. Muy cerca hay un cuenco con agua sucia, y una mosca mojándose las patas en él. Al fondo hay una pizarra, como las del colegio. Cuando Beatriz contempla más de cerca a esa figura humana, ve que no es más que una niña, de unos diez u once años.

—¿Quién eres? —le pregunta a la niña.

—Me llamo Noelia… Noelia Crespo —responde con voz quebrada.

CAPÍTULO 53

La inspectora Amaia Garmendia se está fumando un cigarrillo en un área de servicio de la autovía. Se ha quedado en la zona de picnic que ahora está vacía. Mira su reloj y sabe que Martín y Pedro están a punto de llegar. Y así es, el coche de Osorio entra en el área de servicio y lo ve aparecer hasta que estaciona junto a unos contenedores. Los subinspectores se bajan del coche y caminan hasta *la vasca*. Hay silencio, después se miran, sus miradas lo dicen todo.

—Un lío de tres pares, ¿no? —suelta Pedro.

—Sí. ¿Dónde coño te habías metido?

—No te preocupes, Amaia. Ya hablaremos —le responde Sierra.

—Y tanto que ya hablaremos. Bien, escuchadme porque solo lo voy a repetir una vez, lo explicaré todo desde el principio porque ya sabéis que me ayuda a recordar cosas, ¿estamos?

El subinspector Sierra y Osorio prestan atención a su jefa sin perder detalle de absolutamente nada.

—Sabéis que Mendoza me ordenó ayudar a un amigo suyo, al ex comisario Santiago Ríos. Él tenía una deuda con Jaime y Margarita, les dijo que encontraría a su hija, Noelia Crespo, como fuera ¿de acuerdo? Alguien la secuestró hace cuatro años cuando ella estaba en un parque. Ya no queda ni un puto testigo de aquello, el único era Santiago Ríos, pero como ya sabéis se lo han cargado. Igual que ocurrió con Vicente Prado, que es quien investigaba el caso de Noelia en la comisaría de Segovia, y también los agentes de narcóticos que, según parece, fueron los que secuestraron a la niña. Cuando asesinaron al ex comisario Ríos, Mendoza y yo fuimos hasta Segovia y unos sicarios quisieron asesinarnos. Uno de ellos, un colombiano con muy malas pulgas, que es el que me cargué, tenía relación con un abogado, Rafael Pomares, que también está muerto, alguien había

fingido su suicidio justo después de que Rocío y yo fuéramos a verle. E que lo hizo es un chaval joven, de algo más de veinte años, no cre que tenga más de veintiséis. Una cámara de un vecino lo capt saliendo de casa del abogado, y también nos seguía a Rocío y a mí Está claro que hay algo que no quieren que sepamos, detrás de tod eso hay algo muy oscuro. Ese mismo cabrón se ha llevado a Rocío d un motel que está a diez kilómetros de aquí. Yo me ausenté un rato y una furgoneta se la llevó. De ella salieron dos tíos, ex militare seguramente, y ese chaval, el que mató al abogado. Me han dejad este teléfono móvil, y creo que le han cortado un dedo a nuestra compañera… lo que me han dicho es que espere instrucciones. Nad más. También hay algo clave en todo esto, la criada que trabajaba en casa de Rafael Pomares ha desaparecido, podría ser que tuviera alg que ver con todo.

—¿Qué hacíais tú y Rocío en ese motel? —quiere saber Martín.

—¡Joder, Osorio! ¿De todo lo que he explicado solo te import eso, o qué?

—No, jefa, es solo para ponerme en situación.

—Mi coño si que está en situación… no os ha de importar el po qué estábamos ahí, lo que tenemos que hacer es remover cielo y tierr para encontrarla.

—De acuerdo —añade Martín, y Pedro asiente dándole también l conformidad.

—¿Qué tal el caso de los muertos sin cerebro? —indaga Amaia.

—Joder, ¿de verdad lo quieres saber? —salta Osorio—. Porque es es un puto desastre, estamos más perdidos que MacGyver en un Lero Merlin.

—Dame los últimos detalles… Mendoza ya está despierto, pero s médico no le deja hablar por teléfono, pero con el comisario nunca s sabe. Si me llama quiero estar preparada. Ese es capaz de conseguir un teléfono y encerrarse en el lavabo para llamarme.

—Pues con lo de Tomás Blasco algo hemos avanzado, creemos que en el pasado ha estado involucrado en algún crimen, pero nada demostrado —explica Osorio—. Pero tenemos que averiguar el motivo por el cual se veía con Felipe Carrera. También hemos hablado con los enfermos que Agustín Díaz facilitó al hombre misterioso al que llama *Ge* por el tema ese del tal Hans. Los tenemos protegidos para evitar que los secuestren.

—Bien, si con eso evitamos algunas muertes más será perfecto. Escuchad, quiero que averigüéis todo sobre Tomás Blasco, creo que esa es la puta clave de todo… pero el que ha detonado esto tiene que ser Felipe Carrera. Tenéis que volver a la cárcel y sacarle la puta información. Haced que cante como sea…

En ese momento, el teléfono que le han entregado a Amaia comienza a sonar. Ella lo observa con temor, no quiere descolgar y tener que oír a Rocío gritar, eso la destrozaría. Pero, no tiene otra opción, entonces pulsa el botón verde.

—Dime —dice al descolgar.

—Te voy a pasar una dirección al teléfono con unas instrucciones ese móvil tiene un chat interno —dice la misma voz de antes, y que la inspectora está segura de que es el chaval que las seguía—. Entra ahí y haz todo lo que leas, ¿entendido? Si no lo haces, tu querida amiga morirá… y para que veas que todo esto sigue yendo en serio, presta atención.

Al otro lado de la línea se vuelve a oír un grito desgarrador. Sigue siendo igual a un cerdo cuando lo matan en el matadero. Es la agente Contreras la que vuelve a chillar con todas sus fuerzas, entonces, la voz le dice:

—Ocho, Amaia, le quedan ocho dedos. Sigue las instrucciones que leerás, ni más ni menos.

CAPÍTULO 54

Cuando suena el teléfono de Pepe *el alicates*, los demás se quedan en silencio, expectantes de saber si es Garriga el que llama. Y así es, es el poli corrupto el que está llamando, y eso solo puede significar que tiene una información muy importante.

—Se llama Tomás Blasco, es mitad imbécil y mitad hijo de puta Está fichado por algún que otro altercado, pero hace años un testigo lo acusó de secuestrar a una chavalilla que iba a trabajar a una panadería, la chica apareció muerta pero nunca pudieron probar que la había matado él —explica Garriga, al otro lado del teléfono—. A parecer se ha estado viendo con un viejo amigo suyo de la infancia, un tal Felipe Carrera, está preso en la cárcel de Valdemoro. Lo sé porque está formando parte también de una investigación, pero no por la desaparición de la chica que buscáis, la tal Sandra Vega, sino por unos asesinatos que se están cometiendo, incluida la vieja aquella con Alzheimer que también se llevó ese cabrón.

—Eso me importa una mierda, Garriga —le suelta Pepe—. ¿Cómo encuentro al Blasco ese?

—Lo único que he podido conseguir es una dirección en la sierra heredó de un familiar una casa allí. He llamado a unos forestales y les he pedido que se acerquen por fuera, hay luz en la casa, así que probablemente lo tengáis allí. Con un poco de suerte también estará la chavalilla que buscas.

—Eres el puto amo, Garriga. Gracias.

Cuando Pepe cuelga la llamada, da orden a Guillermo, *Carroña* y *Godoy* para que se preparen.

—¿Hay algo bueno? —le pregunta Guillermo.

—Así es —le confirma *el alicates*—, es la mejor de las noticias. Ya sabemos quién es el que se llevó de la urbanización a la paya, un imbécil llamado Tomás Blasco. Moved el culo, nos vamos a hacerle una visita.

La casa de la sierra de Madrid está oculta tras una gran cantidad de árboles, no está hecho a propósito, pero lo parece. Como si quisiera estar oculta del resto mundo. Para llegar hasta ahí hay que cruzar por un camino pedregoso durante varios kilómetros y entrar en un sendero vallado que, por lo que pone en un cartel, está todo electrificado, pero es mentira.

—Nos acercaremos lo máximo que podamos a la casa —indica Pepe—, después iremos a pie.

Y eso acaban haciendo. Cuando no pueden continuar más, los cuatro se bajan del coche y, entre los árboles, se mueven hacia la casa. Comprueban el vallado, no hay corriente.

—Quiero todo esto más limpio que una patena, ¿entendido? —ordena Pepe—. Tiene que salir de puta madre. Os cargáis a quien os dé la gana, pero a la chica ni tocarla.

Continúan avanzando lentamente hasta que llegan a la zona trasera. Fuerzan una de las ventanas, una que da a una pequeña habitación y entran de uno en uno. Lo hacen en completo silencio parecen gatos. Cada uno de ellos va armado con una pistola compradas en el mercado negro y sin número de serie.

Al salir de la habitación avanzan por un pasillo hasta llegar al comedor, pero les espera una sorpresa: Hay una mujer de pie, junto a la chimenea. Lleva una escopeta en una mano y una granada de mano en la otra.

—Habéis hecho saltar la alarma al acercaros al perímetro —comenta la mujer—. ¿Quiénes sois?

—La pregunta es: ¿Quién cojones eres tú? —añade Pepe.

—Tengo la anilla de la granada quitada, si alguno me dispara e detonador manual saltará… yo de vosotros no dispararía.

—Hija de puta —suelta *Carroña.*

—Es una zorra muy lista —dice ahora Guillermo.

—¡Callaos de una puta vez! —grita Pepe—. Escucha, bonita hemos venido a buscar a Sandra Vega, y algo me dice que tú sabes quién es.

—Vosotros no sois policías, ¿quién os manda?

—Tu puta madre nos manda —le dice Pepe en tono burlón—. Solo la queremos a ella, ¿entiendes? Ni más ni menos, tú dinos dónde esta y por mí ya te puedes ir tan fresquita… no tiene que salir nadie herido.

—De aquí no se mueve ni Dios —dice ella—. Y el primero que yo vea que hace algo raro me lo cargo. ¡Soltad las armas!

Nadie más habla, solo hay un silencio sobrecogedor. Los cinco se miran y se apuntan con las armas, pero la que tiene un as en la manga es la mujer, que es quien tiene la granada.

—¿Y tú que haces con una granada, bonita? —le pregunta Pepe —. ¿Eres la mujer de Rambo o qué?

—¡He dicho que soltéis las armas! —vuelve a gritar ella.

En ese momento, por un pasillo, aparece caminando un hombre de aspecto normal, el típico que si lo vieras por la calle podrías pensar que es profesor en una escuela, de música tal vez.

—¿Por qué no nos tranquilizamos? —suelta él.

—¿Y este quién es ahora? —quiere saber *el alicates*—. ¿Rambo?

—Soy su marido —resuelve el hombre—. Me llamo Gustav.

—Escucha, amigo —añade Pepe—, a nosotros nos da igual como te llames, ¿entiendes? Solo hemos venido a por Sandra Vega, y estoy seguro de que tú sabes donde está, ¿verdad? Pareces un tío sincero venga, dímelo. Dime lo que quiero saber.

—Así es —le confirma Gustav—. Yo sé donde está, pero no os la voy a entregar. Al menos no hasta que termine todo mi trabajo.

—Pues tenemos un problema —señala Pepe sin dejar de apunta con el arma.

—Pues sí —afirma el alemán.

—¿Y qué hacemos? —suelta Pepe con tono burlón—. ¿Nos liamos a tiros o le dices a tu señora que lance la granada y la palmamos todos?

—¿Cómo te llamas tú?

—Yo me llamo Pepe, pero me puedes llamar *alicates*.

—Muy bien, Pepe *el alicates*, pues nos tendremos que liar a tiros.

CAPÍTULO 55

Cuando los subinspectores Martín Osorio y Pedro Sierra entran en la cárcel de Valdemoro para hablar con Felipe Carrera, lo único que se les viene a la cabeza es la imagen de su compañera Rocío. No quieren ni imaginar por lo que debe de estar pasando. Ni ellos, con todos los años que llevan en la policía, han tenido que pasar por algo así.

—¿Crees que estará bien? —añade Martín.

—Sí, seguro. Ella es fuerte —le tranquiliza Pedro—. Y la encontraremos, Amaia lo hará. La jefa por el equipo es capaz de cualquier cosa.

El funcionario de la entrada les hace pasar por el control de seguridad y los hace entrar en una pequeña sala después de haber recorrido un pasillo.

—Esperen aquí, mis compañeros traerán ahora al preso.

Casi un cuarto de hora después, Felipe Carrera entra en la sala seguido de uno de los funcionarios de prisiones. Lo sientan en la silla sin quitarle las esposas.

—Sus compañeras me gustaban más —suelta el preso.

—En esta vida todo no se puede tener, Felipe —le contesta Osorio —. ¿Estás seguro de que no quieres que haya un abogado presente?

—Los abogados me comen los huevos. ¿Qué cojones quieren ahora?

—¿Quién es Tomás Blasco? —le interroga Sierra.

Felipe Carrera se ha quedado callado, no dice absolutamente nada, es como si hubiera visto a un fantasma.

—¡Contesta, joder! —grita Martín—. Sabemos que ha venido a visitarte a la cárcel, es inútil que lo niegues, Felipe.

Felipe Carrera sabe que los policías tienen razón, claro que ha ido a verle Tomás, no hay otra manera de entrar en prisión para visitar a un preso sin identificarse, y muy difícil o imposible acceder con un documento falso. Felipe sabía que, antes o después, vendrían a preguntarle por Blasco, eso era cuestión de tiempo. Parece que haya pasado un siglo desde la primera vez que lo vio, y solo hace unos pocos años que se encontró a Gustav. Felipe lo conoció en un día cualquiera, a una hora que no es en absoluto importante, y fue como se conocen muchas personas: en un bar, entre copa y copa, entre cigarro y cigarro.

—Llena otra vez la copa —le dijo Gustav al camarero.

El chaval de la barra le llenó de nuevo la copa hasta arriba. A su lado, un hombre lo llevaba observando desde la primera que tomaba.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—¿Disculpe? —quiso saber Gustav.

—La mujer por la que bebe.

—No es una mujer por la que bebo —le dijo el alemán.

—¿Entonces? Los hombres bebemos por mujeres…

—¿Le importa a usted? —le preguntó ofendido Gustav.

—No me importa, pero mire a su alrededor. Somos dos hombres bebiendo en un bar, tanto que nuestro hígado nos está pidiendo un respiro. ¿Por qué beber solos cuando podemos contarnos nuestras desgracias?

El alemán se lo quedó mirando durante unos segundos intentando analizar cada gesto, cada mirada y cada palabra de aquel hombre que tenía a su lado.

—Cuénteme las suyas entonces —le pidió Gustav.

No supo por qué, pero por primera vez, Felipe se sintió cómodo y con ganas de hablar con un desconocido de todas sus intimidades más escabrosas, las más oscuras.

—He matado a gente, a mucha —se sinceró—. A tanta que n siquiera recuerdo ya.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito. Me hace sentir bien, libre, diferente.

—¿Qué les hace? —quiso saber Gustav, más por morbo que po curiosidad.

—De todo. Pero lo que más me gusta hacer es cortarlos por la mitad, o cortarles la cabeza. Estoy enfermo, lo sé.

—Yo nunca he matado a nadie —le confesó Gustav, mintiéndole —, y creo que jamás podría hacerlo.

—Bueno, amigo, eso es lo normal, ¿no cree? Lo más lógico es no matar a nadie, usted es normal, yo, no. Yo soy un enfermo, y lo soy desde que soy un niño.

Fue tal la sinceridad de ese hombre, que Gustav sintió que podía charlar tranquilamente sin ser juzgado. Quizá era una manera de desahogarse con alguien y no fingir ser otra persona. Algo parecido a una confesión con un cura.

—Mi padre era un asesino.

—¿Cómo yo?

—No —le dijo Gustav—. Usted es un hombre que necesita matar para sentirse bien, porque lo necesita. Mi padre era un asesino, él mataba porque se lo decían, y cuando lo hacía quería mucho más.

—Que casualidad, dos hombres en un bar unidos por la muerte ¿Quién le ordenaba matar a su padre? —le preguntó Felipe.

—Si se lo digo no me creería.

—Pruebe.

—Primero quiero sincerarme. Le he mentido —admitió el alemán.

—¿En qué ha mentido?

—Yo sí he matado a gente, pero cuando era niño, y porque me lo ordenaba mi padre. Él era un asesino porque recibía órdenes, pero le

gustaba, sé que era algo que también le hacía sentir bien —explica Gustav, sincerándose—. Mi padre podía asfixiarlos, podía matarlos rápido con un cuchillo, evitar que sufriesen… pero no lo hacía. Él los quería ver sufrir, a todos. Cuando me pedía que yo los matase, quería que lo hiciera de una forma cruel, haciendo que sufriesen la peor de las torturas. Todo aquello me atormentaba, y me sigue atormentando No lo puedo evitar. Crecí en un hogar lleno de muerte y destrucción.

—¿Quién ordenaba a su padre asesinar? —quiso saber Felipe ansioso por conocer la respuesta.

—Fue hace unos cincuenta años, en Alemania, mi país natal. Fue el *Führer*, por orden de gente que estaba por debajo de él, hombres que querían conseguir cosas para su líder.

—¿Se refiere a Hitler?

—Sí, Adolf Hitler. Pero mi padre jamás lo conoció, nunca Solamente hablaba con altos mandos que le decían lo que tenía que hacer.

—¿Por qué su padre?

—Porque era médico, el mejor neurólogo de Alemania. Y también estaba especializado en muchas más cosas. Mi padre era miembro del partido nazi, por eso lo eligieron. Le pidieron investigar el cerebro de hombres y mujeres, los judíos fueron los más afectados en aquella época. Se los traían a mi padre directamente desde los campos de concentración, y en nuestra casa, en el sótano, tenía un laboratorio en el que experimentaba con los cuerpos, pero sobre todo con los cerebros. Después enterraba los cuerpos en el jardín, o en el establo Olía a podrido y a muerte. Una vez muertos no le permitían sacar los cadáveres de casa. Hitler buscaba muchas cosas: poderes sobrenaturales, la vida eterna, magia mística… y una de las cosas que buscaba era investigar el cerebro humano para poder curar todo tipo de enfermedades y conseguir la vida eterna. Ese era el fin. Me pase toda mi infancia y juventud viendo como destripaba los cuerpos y analizaba los cerebros de todas sus víctimas. Estaba ahí, presente porque mi padre me obligaba. Ese es mi pasado.

—Querido, amigo —dice Felipe alzando su copa—, brindemos po aquellos tiempos que ya no volverán. Brindemos por la muerte y po los muertos que, lo más probable, nos estarán esperando en e infierno.

Los dos brindaron, como dos amigos que se conocen desde hace muchos años. En ese momento no lo supieron, pero sí volverían esos tiempos, aquellos momentos oscuros de la historia regresarían, y lo harían en unos meses, siendo el detonante aquella misma conversación. Algo oscuro estaba naciendo dentro de Gustav, o como le gustaba que lo llamasen: *Ge*.

CAPÍTULO 56

Amaia está sentada en su coche, fumándose un cigarrillo y leyendo el chat interno del teléfono móvil que le han entregado. Le piden estar a una hora concreta en el sector 6 de la Cañada Real. Eso sí, no puede venir sola. Tiene que estar con todos los documentos relacionados con el abogado Rafael Pomares, el colombiano que ella asesinó, toda la información del ex comisario Santiago Ríos y todo acerca de Noelia Crespo. Ni siquiera han podido averiguar la identidad de ese chaval joven repeinado que aparece en las grabaciones, no hay datos sobre él. Su rostro no está relacionado con nada.

La inspectora Garmendia sabe que detrás de todo eso hay algo muy oscuro, y más que nunca está convencida de ello. Ahora está aparcada frente a la comisaría, sin saber si robar todo eso o no. Rocío está en problemas, y está segura de que si no hace lo que le dicen ella morirá. El subinspector Osorio y Sierra le han dicho que haga todo lo que le piden, y que después ya se buscarán la vida para arreglarlo todo, pero que sobre todo no le hagan nada a la agente Contreras. Pero ellos no saben que Amaia está muy involucrada sentimentalmente, demasiado quizá. Nunca se lo ha dicho, y cree que nunca lo hará, pero está demasiado enamorada de esa chica, y por nada del mundo podría perderla.

La vasca se siente en una encrucijada, no sabe qué hacer. Si pudiera hablar con su madre lo haría, en otras circunstancias sabe que así sería, pero no todo es como a ella le gustaría. El único que quizá podría ayudarla ahora es el comisario Faustino Mendoza. Él sabría que hacer en este momento, pero no quiere llamarle, no puede molestarle porque está recuperándose de un tiro en la cabeza, y lo más probable es que su médico la mandaría a la mierda. Así que, después de varios cigarrillos y un par de copas, decide entrar en comisaría y llevarse

todos los expedientes que le han indicado en el mensaje. Esa es probablemente, la única manera de salvar a Rocío. Pero Amaia no piensa dejar que nadie la amenace con algo así, no piensa rendirse tan fácilmente ni, por nada del mundo, dejar que esos hijos de puta ganen. Por eso luchará hasta el final.

CAPÍTULO 57

Beatriz y Noelia salen de la casa, no les ha resultado difícil, están solas, aunque realmente estaban dentro con dos cadáveres: el de Pelayo y su hijo Alex. Dos pervertidos cabrones que lo único que querían era pasárselo bien con ellas. Lo único que desea Beatriz es poder salir de esa urbanización, y si alguien pasa con el coche para que las pueda recoger, mucho mejor. Quiere llegar a una comisaría lo antes posible y denunciar lo que está ocurriendo. Ya han sido muchos años encerrada, cumpliendo órdenes, transportando bandejas con bebidas de un lado hacia otro, planchando la ropa, dejándose penetrar… ahora por fin está más cerca de una salida.

La Corporación está en un lugar secreto, y muy pocos conocen su ubicación. Los clientes, los pocos que van al lugar, son llevados con antifaces y dormidos con sedantes durante todo el trayecto. El edificio es grande y acristalado, en la fachada hay un cartel en el que se indica que en esas oficinas hay una empresa aseguradora, de las más importantes del país. Cuando los clientes están dentro, solo acceden a salas en las que no hay ventanas, nadie puede adivinar en qué lugar están. Tiene vigilancia veinticuatro horas y está todo registrado por cámaras de vídeo vigilancia. El parking parece un búnker, y el interior del edificio también. En la última planta, que es la séptima, está el despacho de *Gamma*, el tercero en la sucesión del mando. Es quien dirige la sede de Madrid, una de las más importantes y la primera en posicionarse como de las más rentables de todo el mundo.

—Tenemos un ESC que ha salido de su ubicación —le dice un hombre a *Gamma* al entrar en su despacho después de llamar a la puerta—. Hemos mandado a un coche hacia allí.

—¿Has intentado contactar con el cliente? —le pregunta *Gamma*.

—Sí, señor, pero no responde a la llamada.

—¿Quién es? —quiere saber.

—El señor Pelayo Íñiguez.

—El señor Íñiguez es uno de nuestros mejores clientes.

—Lo sé, señor. Por eso no es normal que el ESC haya salido de perímetro. El señor Íñiguez es muy estricto con esa norma.

—Bien. Tenme informado. Encontrad a la ESC.

Un profesor de una universidad y científico británico, fue pionero en la implantación de chips en el cuerpo humano. La Corporación tiene dinero para hacer lo que ellos quieran, y gracias a esos chips pueden tener controladas a las chicas y niñas que tienen trabajando para ellos. Beatriz y Noelia tienen ese chip en el brazo, y al salir de la casa de Pelayo han activado unas antenas que hay justo en el exterior, que son las que han indicado a La Corporación que marchan del lugar. A partir de ahí, ya les pierden el rastro.

Gamma ha salido de su despacho, pocas veces lo hace, y cuando eso ocurre es porque ha de hacer algo importante, y las otras ocasiones es porque se marcha del edificio. Lo hace por un acceso secreto cerca del hall de ascensores. No pasa por delante de ningún empleado en ningún momento y lo sigue siempre uno de los guardaespaldas. Cuando *Gamma* ha llegado a la tercera planta, un hombre trajeado y armado con un arma de corto alcance le abre una puerta. Al entrar siente calor, demasiada, la temperatura en la sala es alta, está hecho a propósito, es para que la chica que hay atada en la silla no lo pase demasiado bien. Bueno, realmente lo pasa muy mal. El calor produce angustia y sufrimiento, es lo que quieren.

—Me han hablado mucho de ti —añade *Gamma*.

La joven no dice nada, solo lo mira y muestra una cara de repugnancia.

—Al menos podrías hablar, nadie te lo impide —le suelta él—. Lo bueno del ser humano es que podemos hacerlo, es una buena manera de comunicación, ¿por qué no lo pruebas?

—No tengo nada de lo que hablar contigo —le dice ella—. No se quién cojones eres, pero lo que tengo claro es que no llegas ni a ser una mierda… eres media mierda.

—Muy graciosa, bonita. No creo que me hables así cuando veas lo que tenemos preparado para ti.

—¡Cabrón! —grita la joven.

—Me voy a marchar, solo he bajado para saludarte. La verdad es que para La Corporación es importante tener aquí a una agente de policía —le confiesa, y después abre la puerta de la sala, pero antes de salir le dice—: Encantado de haberte conocido, agente Rocío Contreras.

CAPÍTULO 58

Felipe Carrera observa atentamente a los subinspectores que tiene delante. Ya le han conseguido al preso, por orden de un juez algunas ventajas en prisión que ha pedido, cosas del tipo como revistas porno, más cigarrillos o algo de alcohol. Los policías le preguntan por Tomás Blasco, por lo que hablaban en la cárcel, por lo que Felipe sabe. Él no puede evitar volver a aquellos recuerdos del día en el que conoció a Gustav. Un hombre tan misterioso como enigmático. Jamás podrá olvidar ese momento en el que le habló de su hijo Hans. Nunca lo admitió, pero se le rompió el corazón.

—Entonces, ¿por qué está bebiendo, querido amigo? —le preguntó Felipe mientras bebía un trago de su copa.

—Mi hijo está enfermo —le confesó Gustav—. Se llama Hans, y es posible que se muera dentro de poco. Tiene una enfermedad degenerativa, una enfermedad de esas raras que nadie quiere investigar. Padece *Lafora*, pero no me pregunte más sobre ella, porque ahora mismo esa dolencia es mi peor enemigo.

—Lo siento mucho. —Felipe puso su mano en el hombro del alemán—. De verdad, no imagino entonces por lo que debe de estar pasando. Debe de ser muy triste tener a un hijo enfermo.

—Gracias. Mi esposa y yo ya no sabemos qué hacer. Seguí los pasos de mi padre, soy neurólogo, no tan bueno como él, pero fíjese... tanto conocimiento sobre el cerebro humano y no soy capaz de curar a Hans. Él lo es todo para mí. Si mi hijo muere, yo moriré con él. Tengo mucho dinero, pero ni eso le puede ayudar.

Felipe no había estudiado nada, pero tampoco era un analfabeto. La calle le había curtido, cuando uno es niño y tiene pocos recursos lo

único que queda es tener que buscarse la vida. Por eso, después de varias copas, se sintió más lúcido que nunca en ese bar de mala muerte.

—Escuche, amigo —le dijo a Gustav—, ha pensado en… bueno no sé, quizá sea una tontería por mi parte pero…

—¿El qué? —quiso saber *Ge*.

—Ha de seguir todos los pasos de su padre… me refiero a… ¿por qué no continúa con su trabajo? Alemania perdió la guerra, pero usted no tiene que perderla. Su padre comenzó un trabajo y seguro que no lo terminó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que quiero decir es que debería dedicar el tiempo que le queda a su hijo a hurgar en la mente de las personas, en sus cerebros ¿por qué no buscar una cura? ¿Por qué no buscar una solución? Usted dice que es neurólogo, ha visto a su padre hacer todo aquello… hágalo, amigo, busque una posible cura para su hijo. No pierde nada por intentarlo.

Gustav se quedó pensativo durante unos segundos. Contempló su copa, se la bebió y le pidió al camarero que se la volviera a llenar.

—Pero yo no puedo matar a nadie, mi padre lo hacía, él me obligaba, pero yo ya no puedo… aquella persona desapareció. Yo no soy un asesino.

—¡Joder! ¿Por qué no? Hablamos de la vida de su hijo, amigo ¿no es capaz de hacerlo por él?

—No, ya le he dicho que todos aquellos muertos me atormentan Mi padre era un asesino, yo no lo soy.

—Su padre era un asesino, pero seguro que una parte de él también quería ayudar —le dijo Felipe.

Gustav no quería hablar más de su padre. Algo de corazón sí tenía, pero a cambio de dinero o de piezas de oro. Como cuando venían judíos a su casa para ver los cadáveres de sus hijos o hijas Contactaban con amigos de Gustav, que a cambio de dinero u objetos

que poder vender a un precio alto. El padre de Hans les permitía después ver los cuerpos para poder despedirse de ellos. Él pensaba que con eso tenía algo de corazón, otros podrían pensar que es cruel.

—Mi padre era capaz de matar —confiesa Gustav—. Y también era capaz de mostrar su mejor sonrisa después de cometer un crimen. Yo no seré así jamás.

—Usted ha dicho que tiene dinero, ¿verdad? Pues le propongo un trato, se lo diré muy claro, querido amigo alemán, y solamente se lo diré una vez. Yo puedo ayudarle, yo puedo asesinar por usted, yo le traeré a donde me diga lo que necesita. Y ahora le pregunto, ¿qué es lo que necesita para comenzar?

—Los cerebros, eso es lo que necesito.

Felipe Carrera ha contado toda esa historia a los subinspectores Osorio y Sierra, y ellas miran incrédulos al preso. Les da la sensación de estar en una película de ciencia ficción.

—El problema de todo esto —continúa Felipe—, es que después de tener todos los cabos atados me metieron en la puta cárcel…

—Y contactaste con Tomás Blasco, ¿no es así? —le indica Osorio.

—Así es. Tomás era el único que podía hacer todo eso… corta cabezas y extraer los cerebros. No hacía falta que cortase los cuerpos por la mitad, pero veo que las ansias han podido con él. Por eso los crímenes eran muy parecidos, no es un imitador, es solo un loco que hace el trabajo que yo tenía que hacer. Me acordé de la mujer con Alzheimer, coincidí con ella en una clínica, le dije que se la llevara. Gustav quería a gente enferma, pensaba que así podría hacer caerse a curar lo que padecía su hijo.

—¿Dónde podemos encontrar a ese tal Gustav? —indaga Pedro Sierra.

—Esa información vale mucho más que unas cajetillas de tabaco señores.

—Escucha, Felipe —salta Osorio, enfadado—: Ya te hemos podido dar lo que has pedido, y todo firmado y sellado por un juez ¿entiendes? Dinos dónde podemos encontrar al alemán y a Tomás Blasco. Intenta, por una vez en tu puta vida, hacer lo que es correcto.

—Estoy en la cárcel y todos los días tengo que vigilar mi espalda me importa una mierda hacer lo correcto o no.

—¡Joder! —salta Martín—. ¿Qué coño quieres ahora?

Felipe lo tiene claro. En la vida solo ha sentido amor y cariño por una persona, que era su abuela. Y la segunda, fue por un ave, el periquito que ella le regaló. Lo amó mucho y jamás le hizo daño.

—Quiero un periquito —añade el preso—. Me tienen que dejar tener una jaula aquí dentro. Si me lo conceden, diré dónde está Gustav. Tan sencillo como eso, agentes.

El subinspector Martín Osorio se hubiera levantado en esos momentos para darle una hostia bien dada a Felipe, y así poder borrarle la sonrisita que se le acababa de poner. Pero no podía hacerlo ojalá, piensa él. Ahora era momento de volver a llamar a Amaia y pedirle que hable con el juez y que autoricen meter una jaula con un pájaro dentro de la cárcel de Valdemoro. Si les cuentan ese dato hace un mes no se lo creería ninguno de ellos.

CAPÍTULO 59

Julia, la mujer de Gustav y madre de Hans, no dudaría en lanza la granada si fuera necesario. Es su marido quien debería dar la orden pero solo espera que pueda controlar la situación. El padre de Gustav guardaba un gran arsenal de armas, y su hijo lo heredó, claro. Gracias a eso, al menos, pueden defenderse.

—¿Por qué liarnos a tiros cuando podemos llegar a un acuerdo? —comenta Pepe—. Ya somos todos mayorcitos, creo que podemos negociar.

—Yo no quiero negociar —le dice Gustav—. La chica no se mueve de aquí, ¿entiendes? No hay negociación posible. Lo que tenéis que hacer es bajar las armas y salir por donde habéis entrado, nada más.

—Joder, amigo, lo estás poniendo difícil, eh.

—Que ganas de pegarle un tiro —añade *Carroña*.

—Ya te digo —confirma *Godoy*—. Entre ceja y ceja se lo metía yo y luego otro por el culo.

—¡Callaos, joder! —les grita *el alicates*—. Este tío parece un hombre razonable, así que lo que podemos hacer es darle unos segundos para que piense… una especie de cuenta atrás.

Guillermo tiene ganas de disparar, y tiene a tiro a la mujer. Sabe que si dispara la mataría, pero también caería la granada. Quiza tuvieran tres o cuatro segundos para poder retirarse e intenta cubrirse, no más de eso. Pero ha de intentarlo. Está hasta los cojones de esa encrucijada y la paciencia no es una de sus mayores virtudes. Mira hacia Pepe, quiere entablar contacto, desea mirarlo atentamente a los ojos y decirle con la mirada que va a hacerlo, que piensa actuar. Guillermo se pone a toser, lo hace a propósito, solo busca que *el alicates* lo mire, y es lo que ocurre. Pepe mira hacia donde está su compañero e intercambian miradas. Los ojos hablan solos, no hace

falta soltar ni una palabra. Pepe le da su aprobación con tan solo un parpadeo. Por eso, Guillermo no lo duda y dispara hacia la cara de Julia, la mujer de Gustav. En ese momento, Pepe grita:

—¡Al suelo, hostia!

La granada explota. Gustav se ha escondido detrás de la puerta de la cocina. Después de la detonación ve a su mujer, llena de sangre cortada en trozos, la mano izquierda por un lado y la derecha por otro trozos de carne que no sabe ni de que parte del cuerpo son. También observa un pie reventado y una pierna también. No hay tiempo para llorar, no hay tiempo para despedirse de su mujer. Gustav comienza a disparar contra los cuatro hombres mientras se protege detrás de la pared que da a la cocina, ellos responden también disparando. *Godoy* recibe un disparo en el hombro y otro en el pecho, junto al corazón. Cae al suelo, detrás de un sillón y *Carroña* se arrastra hacia él para socorrerle. Hay mucha sangre y muere en cuestión de segundos. Guillermo intenta apuntar a la cabeza de Gustav cuando se deja ver desde la cocina, pero el pelirrojo no acierta con el tiro. Se han acabado las balas, pero todos las recargan y siguen disparando. No hay tregua para ninguno.

Carroña observa el cadáver de su compañero, ahora no lo llora no hay tiempo para eso. Pero, cuando se incorpora para volver a su posición, Gustav da un tiro certero en su cara. *Carroña* es grande y fuerte y cae al suelo provocando una especie de estruendo. Su rostro está reventado, desfigurado. La bala ha hecho que su ojo derecho se salga de la cuenca. Ha muerto. Pepe contempla la escena horrorizado. Él y Guillermo continúan vivos, y tiene que seguir siendo así. Gustav intenta matar a otro, sabe que solo quedan dos. Su padre le enseñó a disparar, por eso sus tiros son tan certeros. En la antigua Alemania tenías que saber hacerlo si pertenecías al partido nazi, al menos es lo que le dijeron al padre de Hans. Nunca supo si era verdad o mentira pero aprendió a defenderse.

—¡Escucha, querido alemán! —le grita Pepe desde su posición— Ya te has cargado a dos de los míos, es cierto que nosotros hemos

matado a tu mujer, pero yo diría que ya tenemos bastante, ¿no crees? Esto se solucionaría dándonos a la chica.

—Ya te dije, Pepe *el alicates*, que eso no iba a ser así. La chica no se mueve de aquí.

—Este tío es imbécil —suelta Guillermo mientras recarga el arma.

—Algo muy importante tiene que estar haciendo con la paya para quererla tanto —concluye Pepe.

—¡Largaos de aquí, joder! —grita Gustav—. Decidle a quien os haya enviado que no la habéis encontrado.

—No tienes ni puta idea de quién nos manda, amigo —añade Pepe, pensado en el gitano Gabriel Requena—. Te aseguro que lo mejor para ti es que no lo conozcas, ¿entiendes? El tipo tiene muy malas pulgas, así que será mejor que no te metas con él.

—Tiene que ser por aquí —le dice Martín a Pedro.

—Sí, el camino es como el que ha dicho Felipe.

Los subinspectores Osorio y Sierra avanzan con el coche por un camino lleno de tierra para intentar llegar a la casa que el preso les ha indicado. Al final, Amaia ha conseguido que el juez autorizase la entrada de un periquito en la cárcel de Valdemoro. De todas formas sabe que alguno de los presos lo matará y freirán al pájaro en una sartén. Cuando el documento de autorización ha llegado a prisión Felipe Carrera les ha facilitado la dirección en la que podrían encontrar a Gustav. Les ha dicho que es una casa que pertenece a Tomás Blasco de una herencia de un conocido suyo. A Gustav le gustó el lugar y por eso decidió instalarse allí para esconderse. El sótano también le había llamado la atención; era el lugar perfecto para esconder a las chicas y así poder dejarlas embarazadas para perpetrar su plan. Un plan que tiempo atrás le contó a su mujer, a ella le costó aceptarlo, pero al final lo hizo.

—Mira —salta Pedro—. Allí está la casa, tal y como nos ha dicho el cabrón de Felipe.

—Sí, la veo —afirma Martín—, pero hay una puta valla.

—Dejamos el coche aquí y vamos caminando. Mucho mejor así por lo menos no nos verán llegar.

Los agentes salen del coche, traspasan la valla con cautela y avanzan hacia el caserón. Caminan agazapados con sus armas en mano. Pedro ha pedido refuerzos y le han indicado que tardarán en llegar.

—¿Por qué nosotros siempre vamos a toda leche y cuando pedimos refuerzos nos dan por culo? —recrimina Sierra.

—Los demás no son tan eficaces como nosotros, compañero.

Pepe y Guillermo continúan agazapados entre muebles y sillones intentando no estar a tiro para Gustav. El alemán asoma la cabeza siempre asegurándose que puede estar perfectamente cubierto.

—¡Oye, alemán! —grita *el alicates*—. Ya que estamos en esta situación, ¿por qué no nos explicas para qué quieres a Sandra Vega?

—No creo que lo entendáis. Es demasiado complicado para vosotros.

—¿Te crees que somos asesinos de poca monta o qué? Me estás comenzando a tocar los cojones, alemán, y cuando se me acaben de inflar no voy a tener piedad.

Martín y Pedro están en la zona trasera de la casa. Hay una ventana y está abierta. Cuando Osorio mira hacia el interior ve que es una habitación, vacía y con solo una cama sin hacer. Entran con sumo cuidado, parecen gatos, igual que Pepe y sus hombres. Los subinspectores oyen voces, parecen venir del pasillo hacia la derecha quizá del salón. Sujetan sus armas con fuerza, quieren estar preparados para cualquier cosa.

—Voy al pasillo —indica Osorio—. Cúbreme.

Pedro cubre a su compañero. Los dos se preparan por si hay que atacar. No saben lo que se van a encontrar en el interior de la casa. Las voces continúan, no logran entender qué es lo que dicen. Salen al pasillo, armas en mano, los pasos son lentos, milimétricos. Les ha dado la sensación de escuchar un insulto, al menos es lo que creen.

—Sois dos imbéciles que habéis venido aquí a joderme el día —suelta Gustav—. Habéis asesinado a mi esposa, y os juro que os voy a matar, si decidís iros ahora solo retrasaréis lo inevitable, pero al menos tendréis una oportunidad.

—¡Vete a la mierda, alemán! —le grita Pepe—. Ya me estoy comenzando a cansar de tu conversación. No tengo mujer ni hijos, ni testamento hecho, pero me importa una mierda. Voy a salir de aquí detrás y te voy meter un tiro en los cojones, hijo de puta.

Martín y Pedro empuñan sus armas, ven el salón desde su posición. No pestañean, no tiemblan, están acostumbrados a situaciones como esta. Y, al salir del pasillo, se despliegan por el comedor y Pedro grita:

—¡Alto, policía!

—¡Arriba las manos, hostia! —grita ahora Martín.

Pero, como se suele decir, el gozo en un pozo. En el salón sentados en un sofá, hay una pareja de ancianos viendo un programa que se llama *Furor*, dadas las horas que son, no parece en directo pero sí es una reproducción de un VHS grabado de días anteriores.

—Hijo de perra —añade Martín—. Felipe nos la ha jugado.

CAPÍTULO 60

El sector 6 de la Cañada Real, considerado el más peligroso comienza aproximadamente después de la A-3 y se prolonga hacia Getafe. Es el tramo más extenso de la Cañada Real y está situado junto al complejo de Valdemingómez, donde se encuentran la incineradora y otras instalaciones de tratamiento de residuos. La primera impresión al llegar puede ser la de una especie de ciudad improvisada: una carretera asfaltada que atraviesa el asentamiento vivienda de todo tipo: chabolas construidas con materiales reciclados hasta casas de ladrillo levantadas sin planificación. Calles secundarias de tierra, coches abandonados, escombros por todas partes, perros sueltos; algunos seguro que hasta con la rabia, y luego está el olor que mezcla basura, humo, combustible y humedad. También hay familias con niños, ajenas a la venta de droga o crímenes que pueden llegar a ocurrir.

El coche de Amaia abandona la autovía y toma una carretera estrecha. A ambos lados comienzan a aparecer viviendas levantadas sin ningún orden, unas de ladrillo visto, otras de chapa y madera. Los cables eléctricos cuelgan entre postes improvisados como si fueran telarañas negras. Un perro cruza lentamente la calzada sin apartar la vista del vehículo. Más adelante, dos niños juegan al fútbol junto a un montón de escombros mientras una mujer, seguramente la madre tiende ropa entre dos fachadas. El aire huele a humo húmedo, plástico quemado y gasóleo. La inspectora reduce la velocidad. No es el silencio lo que la inquieta, sino la sensación de que decenas de ojos la observan y siguen cada movimiento del coche desde detrás de cortinas, puertas entreabiertas y ventanas rotas.

La vasca para junto a una parroquia construida de madera y ladrillo. Se baja del coche y se enciende un cigarrillo. Un yonki se le

acerca pidiéndole un pitillo, ella se lo da. Amaia se toca el arma que lleva en la parte trasera, la lleva.

Cuando faltan tres minutos para la hora que le han indicado ve aparecer a lo lejos un coche negro, antiguo, de los años ochenta. E vehículo se queda a escasos metros del de ella, y del interior sale e chaval repeinado. Es él, lo reconoce al instante. Hay otro hombre a volante y otro en la parte trasera del coche.

—¿Dónde la tenéis? —indaga Amaia.

—No corras tanto, inspectora —le pide el chaval—. En esta vida hay que tener paciencia. ¿Has traído todo lo que te pedí?

—Sí, pero no os daré nada hasta que no vea que mi agente esta bien.

—Por cierto, inspectora, dime una cosa: ¿por qué te enamoraste de una chica de tu equipo? He de reconocer que la chavalilla es guapa pero hay muchos policías muy atractivos… es solo una duda que tengo

—No te importa una puta mierda a ti.

—No, claro que no, inspectora. Pero a ti sí te importa saber quién soy yo, ¿verdad? Sé que has estado buscando información sobre mí pero no has conseguido averiguar nada. ¿No te parece frustrante?

—Ahora mismo me da igual quién eres… solo quiero recuperar a mi agente.

El hombre que está sentado en la parte trasera del coche negro abre la puerta y sale del vehículo, el chaval joven le ordena que se acerque a la inspectora para que le haga entrega de todos los documentos.

—Dáselos, Amaia, no perdamos más tiempo.

La inspectora entrega los documentos que le han pedido, no tiene otra opción. Es la vida de Rocío a cambio de unos papeles, ellos tienen ventaja. A Amaia le encantaría poder sacar su arma y disparar hacia el chaval repeinado de pantalón de pana, al conductor y al otro tipo, pero no puede arriesgarse. Cualquier pequeño fallo podría hacer que mueran y entonces no sabría dónde tienen a Rocío.

—Me dijiste que en cuanto tuvierais los documentos soltaríais a mi agente.

—Así es, y yo nunca miento, inspectora.

Se trata de Rocío, de su Rocío, por eso no puede existir ningún error. Si la que estuviera secuestrada fuera una agente de su brigada sin ningún tipo de relación sentimental, lo más seguro que si no se la devolvieran se liaría a tiros, o seguramente hubiera pedido refuerzos pero el error de Amaia es estar enamorada. Y en la policía hay que pensar con la cabeza, y no con el corazón.

—¿Dónde está? —insiste ella.

—Mira tu reloj, inspectora —le pide el chaval repeinado—. En dos horas en la Puerta del Sol. Tu querida agente estará allí, confía en mi palabra, la tendrás. Ese era el trato, y nosotros siempre cumplimos con nuestros tratos.

—¿Por qué ahí? ¿A qué viene todo esto?

—Porque en esta vida hay que divertirse, inspectora. Confía, todo lo bueno está por llegar. En dos horas tendrás a tu chica en tus brazos.

CAPÍTULO 61

La Puerta del Sol de Madrid está abarrotada de gente, como cas cada día. Los coches y autobuses pasan a cada instante, llenando la zona de humo y de sonidos de claxon que no dejan de sonar.

La Puerta del Sol es el auténtico corazón de Madrid. Desde ella parten varias de las principales calles de la ciudad, como Preciados Arenal, Alcalá, Carrera de San Jerónimo o la calle Mayor. A cualquie hora del día hay un flujo constante de personas. Hay cientos de peatones caminando con prisa, vendedores de lotería, kioscos de prensa y músicos callejeros, y también oficinistas mezclados con turistas y estudiantes. La plaza está rodeada por edificios de fachada rojiza y balcones blancos, todos de una altura bastante uniforme Destacan especialmente: La Real Casa de Correos, con su famoso relo que marca las campanadas de fin de año. La estatua ecuestre de Carlos III, y la del Oso y el Madroño. Huele a humo de tabaco, a cafe recién hecho y al perfume de los transeúntes que pasan apresurados.

Amaia sale del coche, lo ha dejado cerca de un paso de cebra. La Puerta del Sol hierve de vida. Autobuses rojos y blancos cruzan lentamente la plaza mientras los taxis avanzan entre un concierto de cláxones impacientes. Decenas de personas salen del Metro como si fueran arrastradas por una corriente invisible. Oficinistas con el maletín bajo el brazo, turistas mirando mapas, y músicos callejeros tocando piezas que nadie conoce. Amaia recorre la multitud con la mirada, y le parece extraño que el chaval repeinado no le haya recordado que acuda sola al lugar. Hay algo extraño en el ambiente, como si fuera a ocurrir algo malo. La inspectora tiene un presagio que le provoca un escalofrío, pero quizá sea una tontería. Ese chaval, ese pedazo de cabrón, le ha dicho que confíe en ellos, que la recuperará, que volverá

a tener a Rocío con ella. Si no estuviera tan enamorada no sufriría tanto.

La inspectora observa a su alrededor, busca algún indicio que le indique que la agente Contreras está al llegar. Quiere verla, necesita verla. Cuando la tenga cerca no volverá a dejar que se la lleven. Amaia se siente culpable, si no hubieran parado en aquel motel nada de esto estaría pasando. Pero después piensa que se la hubieran podido llevar en otro sitio. Esos hombres parecen tenerlo todo controlado. ¿Quiénes son? Piensa. Parecen ser Dioses que todo lo saben, y eso la pone muy nerviosa. Amaia piensa ahora en su madre, solo un segundo. También piensa en su padre, un segundo también.

Pasan los minutos y ya es la hora acordada. No hay movimientos extraños ni nada que haga presagiar un desenlace fatal. Los transeúntes siguen caminando, los taxis y autobuses también. Un camión de reparto de una marca de patatas entra en la plaza, se queda cerca de Sol. Baja un hombre con gorra y ropa deportiva camina hacia la parte de atrás y abre el portón, se sube y, con una transpaleta, baja una caja de madera, grande y antigua, parecida a las que usan los magos para desaparecer cuando se meten dentro: un tipo de baúl. La inspectora la mira, la analiza, se queda observándola fijamente hasta que, en uno de los laterales hay un corazón dibujado con las letras RC. Quizá se refiera a Rocío Contreras.

—¡Mierda! —exclama Amaia.

Corre hacia allí con su arma en mano pidiéndole a todo el mundo que se aparte rápidamente de la zona. Agentes de la local están cerca sacan sus armas y la apuntan.

—¡Baje el arma! —le ordena uno.

—¡Soy policía! —Amaia enseña su placa—. ¡Alejen a todo el mundo, esta caja de aquí es sospechosa!

La inspectora ordena al transportista que se tire al suelo y ponga sus manos detrás de la espalda. Pide a uno de los agentes de la Policía Local que le ponga las esposas. *La vasca* está a tan solo unos centímetros de la caja, no hay cerradura ni candado. Se puede abri

fácilmente, eso cree. Cuando abre la tapa se da cuenta de que tiene sangre en las manos. Se la mira y siente repugnancia. En el interio hay un saco, negro y de tela aterciopelada, cerrado con unas cuerdas Vuelve a observar a su alrededor, comprueba que nadie se va a aproximar a la caja. Deshace el nudo y abre el saco. Le viene olor a podrido y a sangre. Jamás podrá expresar lo que siente al ver e interior. La inspectora comienza a vomitar cerca de la caja, por un momento piensa que se va a desmayar, o incluso morir de una taquicardia. En el interior del saco hay un cuerpo, es la agente Rocío Contreras. La han degollado y arrancado media cara. Amaia se queda horrorizada, se arrodilla junto a la caja, llora y grita de dolor. La Puerta del Sol se queda en silencio. Ya no hay cláxones, no hay gritos, no hay murmullos, solo hay muerte.

CUARTA PARTE

"Les pido disculpas por la sangre exhibida en el programa de hoy
La próxima vez intentaremos hacerlo mejor (Alfred Hitchcock)."

Madrid (España), invierno de 1990.

Julia observa a su marido. La mirada es una mezcla entre ternura y horror. Agradece al hombre de su vida que haga todo lo posible por salvar a Hans, pero por otro lado le aterra la idea de ver a Gustav convertido en un monstruo.

—No puedo creer que estés pensando hacer esa locura —le dice ella.

—No puedo hacer otra cosa, continuaré lo que comenzó mi padre y, con un poco de suerte, quizá salve la vida de nuestro hijo.

—¿Te has vuelto loco, Gustav? Quieres acabar con la vida de otras personas solo por salvar la de Hans… te convertirás en un asesino, en alguien parecido a un monstruo.

—¡Te he dicho que no hay otra opción! —grita él—. He de intentarlo, Julia.

—No eres Dios —añade la mujer—. No puedes ir por ahí creyendo que vas a salvar vidas o a curar enfermedades.

—¡Te lo he dicho millones de veces! En el cerebro está la clave de todo, es el órgano más importante del cuerpo humano… mi padre bien lo sabía, y los nazis también, Hitler lo tenía claro.

—La guerra terminó, Gustav. Ya no queda nada de aquello. Hitler era alguien que tenía una visión distorsionada del mundo. Estaba loco y tú sigues sus pasos.

—No pienso rendirme, y tú me ayudarás —indica—, por el bien de nuestro hijo.

—Ya no eres el hombre con el que me casé. Eres un ser oscuro.

—No. Soy un hombre que está cerca de perder a su hijo y que hará todo lo posible por salvarlo.

—Ya oíste al médico.

—Lo oí, es lo único que hago, escuchar a los putos médicos. Pero pienso curar a Hans, eso te lo aseguro. ¿Acaso no quieres a nuestro hijo? ¿No harías cualquier cosa por él?

Julia cree tener las ideas claras. Ella piensa que nadie nace siendo un asesino, quizá eso se forma con el paso de los años, del tiempo, o dependiendo de las vivencias de cada uno. Sabe que si cruza esa línea ya no habrá vuelta atrás. ¿Matar a gente inocente a cambio de poder salvar la de su hijo? Piensa ella. ¿En qué momento comenzó a dudar? Mira a Gustav, su marido, lo quiere, lo ama con locura. Tener un hijo era un sueño para ellos, el poder formar una familia y ser felices. Ama a su hijo, y sí, haría cualquier cosa por él.

—Te ayudaré, Gustav. Tienes razón… tenemos que hacer todo lo posible por curar a Hans.

Gustav la mira admirado por la mujer que tiene. Se siente más enamorado que nunca. Ahora son uno en todo eso, y sabe que aparecerá una solución para su hijo.

—De todas formas, Julia, hay algo más que tenemos que hacer cuando todo esto comience, y es una parte muy importante del plan.

—¿A qué te refieres?

—Sentémonos, creo que lo entenderás mejor si estás más relajada.

CAPÍTULO 62

Amaia Garmendia está junto a la mesa metálica en la que se encuentra el cadáver de la agente Contreras. Hilario Espinosa, el forense, ha destapado la sábana blanca y se ha estremecido. Da igual cuantas veces vea el cuerpo de la joven, todas ellas le producen horror.

La inspectora recuerda ahora las palabras de aquel chaval repeinado con pantalones de pana: cuando le decía que volvería a verla, que estaría de nuevo con Rocío. Pero es cierto que en ningún momento le dijo si estaría viva o muerta. Todo ha sido un engaño y una trampa mortal.

Han interrogado al transportista, alguien le había pagado cincuenta mil pesetas en un locutorio para llevar esa caja a la Puerta del Sol. Amaia sabe que esos hijos de puta lo único que querían era espectáculo, hacer todo eso en un lugar público para que todo el mundo lo viese.

—Lo siento mucho, Amaia —le dice Espinosa.

La vasca no dice nada, solo llora por dentro para que nadie la vea llorar por la agente Contreras. Piensa que si la ven, pensarán que podía existir un romance o algo parecido, solo lo piensa, cualquiera puede llorar un muerto, pero ella se quiere hacer la dura. Ahora mismo siente rabia, dolor, ira… quiere venganza, la necesita. Respira hondo y se prepara para los detalles escabrosos.

—La degollaron, como puedes ver —explica el forense—. Pero antes le arrancaron la piel, creo que con un bisturí o quizá algo parecido. Ahí ya perdió muchísima sangre, pero el fallecimiento se produjo por el corte en el cuello.

—¿La violaron? —quiere saber Amaia.

—No, la he examinado y no la tocaron.

A lo mejor es un alivio que sea así, piensa la jefa, pero le da igual. Quiere matarlos a todos. Quiere llegar hasta el fondo del asunto Noelia; una niña desaparecida, la muerte del ex comisario Santiago Ríos, el intento de asesinato del comisario Mendoza y de ella, la muerte de Vicente Prado, el policía que investigó la desaparición de la pequeña, también muertos los de narcóticos, aquellos que secuestraron a Noelia. Amaia está más perdida que nunca, pero quiere ir a por todos los que estén involucrados.

—Hay algo más —añade Espinosa.

—¿El qué?

—Mira esto. —El forense le da la vuelta al cuerpo y muestra unas letras que hay en la espalda, hechas también con bisturí.

—¿La Corporación?

—Sí.

En la espalda de la agente Rocío Contreras, en pequeño, hay un escrito que pone "La Corporación".

—Están en la espalda, no puede habérselo hecho ella —deduce Amaia.

—Exacto. Así que, o bien alguien nos ha querido mandar un mensaje para que sepamos lo que hay y no nos acerquemos, o alguien nos manda eso para que investiguemos lo que hay detrás.

—Sea lo que sea, Espinosa, no creo que sea nada bueno. ¿Algo más?

—No, eso es todo. ¿Llamaste a su familia?

—Sí, ya están avisados todos los que tenía que llamar. No tardarán mucho en venir.

Cuando la inspectora sale del anatómico forense y llega a comisaría se enciende un cigarrillo en la puerta antes de entrar y ve aparecer a los subinspectores Osorio y Sierra. No hay palabras, solo abrazos, lágrimas y lamentos durante varios minutos.

—¡Joder, Amaia! —salta Sierra—. ¿Pero qué cojones ha ocurrido?

—Ha sido en la Puerta del Sol —explica—, delante de todo e mundo. Eso querían, que lo viera todo Dios. La trajo un transportista en una caja… la abrí y… ¡Mierda! Ni siquiera puedo explicarlo.

Vuelven a abrazarse los tres. Ya no son cuatro, solo tres. E equipo está roto.

—¿Quién ha sido? —indaga Osorio—. Dímelo, Amaia, porque pienso cargarme a todos los que hayan hecho esto.

—Todavía no lo sé, pero tiene que ver con lo del caso de Segovia… y, algo sobre La Corporación.

—¿La Corporación? —se pregunta Martín—. ¿Qué mierda es eso?

—No lo sé, pero Rocío lo tenía escrito en la espalda, se lo han hecho con cortes, con un bisturí quizá.

—¡Joder! —se lamenta Sierra—. Tenemos que encontrar a los que han hecho esto y darles bien por culo.

—Escuchadme —añade la inspectora—. ¿Vosotros qué tal? ¿Tenéis algo?

Los subinspectores saben que es duro cambiar de tema y hablar de otro caso, es muy jodido en un momento como ese, pero son policías, y lo juraron sobre la bandera.

—Te contaremos todo, el cabrón de Felipe Carrera nos ha explicado muchas cosas, pero al final, nos ha jodido. Nos mandó a una casa diciéndonos que Tomás Blasco y Gustav estaban allí…

—¿Y bien? —le pregunta ansiosa Amaia.

—Todo mentira —le dice ahora Pedro—. Vamos a coger el periquito de ese hijo de puta y se lo vamos a meter por el culo. Martín y yo fuimos a parar a una casa de ancianos, un matrimonio muy simpático por cierto. Joder, ese pedazo de mierda de Felipe nos la ha jodido.

—Bueno, como bien has dicho os ha explicado bastantes cosas, si son verdad quizá tengamos algo importante.

Dicen que las casualidades no existen. Sin embargo, la historia está llena de ellas. Un escritor imaginó el nombre de un joven náufrago décadas antes de que un muchacho con ese mismo nombre muriera exactamente igual. Un actor encontró en un banco del metro el único ejemplar que llevaba días buscando. Y hasta dos hombres nacidos el mismo día, en la misma ciudad y casados con mujeres de mismo nombre llegaron a conocerse por puro azar. A veces la realidad parece escrita por un novelista con demasiado sentido del humor. Quizá por eso, cuando dos caminos se cruzan en el momento más improbable, no siempre es necesario buscar un destino oculto. En ocasiones, simplemente sucede. Por eso, en ese preciso instante, cuando los tres continúan llorando la muerte de la agente Contreras, dos chicas; una más joven que la otra, bajan de un taxi acompañadas por el conductor.

—¿Son policías? —les pregunta el hombre.

—Sí —le responde Amaia—. ¿Qué ocurre?

—He traído hasta aquí a estas dos chicas, me pedían ayuda urgentemente. Estaban vagando por la calle y me pararon…

—Hola —saluda la inspectora, aunque la cara de la más mayor le resulta muy conocida—. ¿Estáis bien? ¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Beatriz, y ella es Noelia Crespo. Necesitamos que nos ayuden, por favor.

CAPÍTULO 63

Dos médicos han examinado en el hospital más cercano a Beatriz y sobre todo a Noelia Crespo. Les han hecho diferentes pruebas y ahora es Amaia la que entra en la sala en la que la niña desaparecida está descansando, tumbada en la cama. El doctor le ha dicho que es mejor que no la moleste, que ha sido mucho el tiempo que ha estado encerrada. Noelia está deshidratada y desnutrida. Además de varias heridas por todo el cuerpo. Jaime y Margarita, los padres, ya están avisados.

—Hola, Noelia —saluda la inspectora.

La niña tiene la mirada perdida, es consciente de dónde está pero se siente muy débil.

—Hola —dice ella con voz apagada.

—El médico ha dicho que te pondrás bien, así que no te preocupes. Aquí estás a salvo. Me llamo Amaia Garmendia, soy policía y me llaman *La vasca*.

—¿Por qué?

Amaia está intentando empatizar con la niña, no quiere que la vea como una enemiga, sino como alguien que solo quiere ayudarla.

—Porque nací en el País Vasco… ya sabes, cosas de compañeros que son muy graciosos —le dice y sonríe—. Llevo buscándote varios días, desde que me enteré de tu desaparición en aquel parque junto a tu casa. Hace pocos días hablé con tus padres. ¿Recuerdas a tus padres, Noelia?

La niña asiente con la cabeza sin decir nada.

—Vendrán dentro de muy poco. He hablado con ellos y se han puesto muy contentos de que estés aquí. ¿Tienes ganas de verlos?

—Sí.

—¿Los recuerdas?

—Algo.

—Bueno, ellos no habrán cambiado demasiado en cuatro años, tú en cambio, sí. Verás, Noelia, quiero saber quién te secuestró, por eso he de hacerte varias preguntas. Me gustaría que me respondieras a todo lo que supieses… lo único que quiero es encerrar a los que te han hecho esto. ¿Me ayudarás?

—Sí.

—Bien. ¿Sabrías decirme en qué lugar has estado encerrada? ¿Qué es lo que recuerdas?

—En el sótano de una casa. Sé que era una casa porque Beatriz la chica que me ha sacado de ahí, me ayudó a salir y la vi al subir las escaleras, pero la primera vez que me llevaron me taparon los ojos.

—¿Sabes quién te secuestró del parque hace cuatro años?

—Eran dos hombres en una furgoneta, aparcaron cerca de donde yo estaba —explica—. Se bajaron del vehículo, vinieron hacia mí y me taparon la cara. No me dio tiempo incluso ni de gritar.

—Bien… lo estás haciendo muy bien. ¿Recuerdas algo de ellos? ¿Un detalle, la voz, el olor?

—No.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando me quitaron eso de la cabeza que no me dejaba ver y que estaba en ese sótano. Fue un hombre el que me quitó la venda y me dijo que ya estaba en casa. Me ató a unas cadenas y, de vez en cuando, él y un chico joven venían a cambiarme el agua y a ponerme comida. Hay días en los que venía una mujer y me obligaba a vestirme con una ropa parecida a las que suelen llevar las criadas esas que salen en las películas. Hace tiempo me bajaron un reproductor portátil y me pusieron una película, salía una mujer negra que era la criada, a mí me vistieron igual. La mujer que venía al sótano bajaba con una bandeja, con platos y vasos y me enseñaba a llevarlos. También me

decía como colocar los cubiertos en una mesa, o como lavar platos o hacer una cama. Todo me lo explicaba con dibujos en una pizarra. Como si fuera una profesora.

Los médicos le han dicho a la inspectora que Noelia no ha sido violada, todavía es virgen, y eso la tranquiliza, de todas formas tiene que hacer una pregunta que odia hacer.

—¿Alguna vez te tocaron? Me refiero a la mujer, o al hombre o a chico… o cualquiera que hubiera bajado.

—Nunca.

—Bien, Noelia, lo estás haciendo muy bien.

Amaia hace algunas preguntas más, pero cualquier respuesta le lleva a otras preguntas. Ahora es el turno de hablar con Beatriz, la chica a la que creía responsable del crimen de Rafael Pomares, pero después de todo lo ocurrido, tiene claro que no fue ella.

—Hola, Beatriz —le dice la inspectora—. Nos hemos conocido en comisaría, antes de que vinieras al hospital, y en casa del abogado cuando estuve con mi compañera.

—Sí, la recuerdo. ¿Cómo está la niña que he sacado de ese sótano.

—Ella está bien, se recuperará.

—Cuando la saqué de ahí me dijo que llevaba mucho tiempo encerrada…

—Unos cuatro años —le confirma Amaia.

—¡Joder! —exclama la joven—. ¡Hijos de puta!

—Le he hecho varias preguntas a Noelia, y me gustaría hacértelas también a ti, es importante conocer todos los detalles para poder coger a los que han hecho esto.

—Vale. Ayudaré en lo que pueda.

—Te vi por primera vez en casa del abogado Rafael Pomares ¿trabajabas allí?

—Sí, por llamarlo de alguna forma.

—¿Qué quieres decir? —indaga Amaia.

—A Noelia la secuestraron hace cuatro años, como bien ha dicho pero a mí me secuestraron hace muchos más. Verá, inspectora, esa gente lo único que quieren son esclavos. Hay gente que paga mucho dinero por tenernos en sus casas o en sus empresas haciendo todo lo que nos digan, a mí me han follado por todas partes… si no hacía lo que me decían, me matarían. No tenía otra opción, ¿entiende?

—¿Esclavos?

—Sí. Esclavos, criados, criadas, esclavas… llámelo como quiera Nos cogen de niñas y nos preparan. Nos tenemos que comportar bien hacer caso, obedecer, nunca llevar la contraria, somos escoria… eso somos para ellos, somos basura. He trabajado para muchos clientes uno de ellos era Rafael Pomares, ese hijo de puta depravado asqueroso… me alegro que esté muerto. En cuanto vi aparecer a aquel chaval del pantalón de pana sabía que se lo iban a cargar. Cuando vienen a hacerte una visita es para eso. Seguramente cuando vinieron a interrogarle usted y su compañera fue eso lo que provocó su muerte… imagino que fingieron un suicidio o cualquier otra mierda ¿verdad?

—Sí. ¿Quién es ese chaval joven del pantalón joven? El repeinado

—Uno de ellos, alguien que seguro está muy arriba, tiene que ser alguien de mucha confianza. Solo envían a los que están con la cúpula Yo necesitaba salir de toda esa mierda… no podía más, inspectora. No se imagina todo lo que he tenido que hacer todos estos años.

—¿Quiénes son todos esos? —quiere saber Amaia.

—No sé prácticamente nada, pero sé que se hacen llamar La Corporación. Alguna vez he escuchado ese nombre, es lo único que puedo decirle.

Para Amaia ya es la segunda vez en el día que oye hablar sobre eso. Ahora sí es consciente más que nunca que detrás de todo eso hay algo muy oscuro.

—¿Dónde encontraste a Noelia?

—En la casa en la que me mandaron. Cuando nos quitan un cliente nos mandan de seguida a otro —explica Beatriz—. Recibimos las instrucciones por teléfono móvil. Me enviaron a casa de un tal Pelayo Íñiguez y de su hijo Alex. Me la encontré allí, en el sótano.

—¿Cómo escapaste?

—Los maté, a los dos. Eran dos cerdos que solo merecían morir. Y lo volvería a hacer mil veces más.

—Bien, cuando te interrogue un juez intenta no decir eso, di que fue en defensa propia… Escucha, necesito que me des esa dirección… mandaré a una patrulla y a los forenses, seguro que encontramos algo para poder detener a esa Corporación, o como coño se llame.

El subinspector Osorio y Sierra acuden junto a una patrulla al domicilio de Pelayo y su hijo Alex. Cuando entran en la casa, después de recibir la orden del juez no encuentran absolutamente nada. No hay cuerpos, no hay sangre, no hay documentación, y el sótano en el que se supone que estuvo encerrada Noelia Crespo está lleno de salfumán y lejía. Se huele nada más comenzar a bajar las escaleras. Bastante difícil sería que los forenses pudieran encontrar alguna prueba o pista que les lleve a esa Corporación. Cuando informan a Amaia, ella no se extraña, se imagina que son meticulosos y que no quieren dejar ni una sola pista que pueda llevar hacia ellos.

—Vale, quiero que volváis a la cárcel de Valdemoro —ordena la inspectora—, sacadle a ese asqueroso la ubicación real del lugar en el que esté ese tal Gustav y Tomás Blasco.

—¿Qué cojones es esa Corporación, jefa? —le pregunta Osorio al otro lado del teléfono.

—Ni puta idea, Martín, pero esto no pinta nada bien.

La inspectora Garmendia tiene toda la razón, todo ese asunto no pinta nada bien. Es demasiado oscuro, turbio. Ya había entrado ahí y estaba avanzando lentamente por un laberinto lleno de peligros y muerte. Comenzó a entrar en cuanto aceptó el caso que el comisario

Faustino Mendoza le había explicado. Solo era el secuestro de una niña, de Noelia Crespo, desaparecida cuatro años atrás en un parque cerca de su casa. Puede parecer fácil, simple, pero detrás de todo lo sencillo puede haber algo terrible, algo que escapa a la comprensión de cualquier persona, y Amaia no imagina en ese momento el lugar en el que estaba metiendo las narices.

CAPÍTULO 64

Cuando Martín y Pedro preguntan, nuevamente, por Felipe Carrera en la cárcel de Valdemoro, les informan que está en la enfermería. Lo han llevado ahí después de una pelea con unos presos.

Al entrar lo ven tumbado en una cama, medio tapado con una sábana llena de sangre y con la cara más inflada que un globo.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunta Osorio al médico.

—Le han dado una paliza que casi lo mata, por el momento no siente las piernas, quizá haya sufrido daño en la médula —explica mientras lee un informe—. En un rato vendrá un furgón para llevarlo al hospital, aquí no podemos hacerle todas las pruebas que necesita.

—¿Se sabe por qué ha pasado esto? —quiere saber ahora Pedro.

—Bueno, algunos presos no vieron con buenos ojos que Felipe tuviera un pájaro en su celda… en el descanso lo cogieron entre varios y se lo hicieron comer.

—¿Al pájaro? —pregunta sorprendido Martín.

—Sí. Se lo metieron vivo en la boca y le obligaron a masticarlo mientras le sujetaban la mandíbula. La paliza vino después.

—¡Joder! —exclama Sierra—. ¿Podemos hablar con él?

—Sí, pero está muy débil. Casi no puede ni hablar.

Los subinspectores se quedan a escasos centímetros del preso junto a la cama. Los tres se miran pero nadie se decide hablar. Felipe gesticula y mueve los labios, pero no se le entiende demasiado bien. Tiene la mandíbula rota.

—La que has liado con el pajarito, Felipe —dice Osorio.

Felipe no habla. Solo gesticula con las manos. Pero lo que sí hace es escupirles, pero tiene tan poca fuerza que el esputo que mezcla

baba y mocos se le cae por la barbilla.

—Maldito guarro —añade Sierra—. Si nos hubieras dado la dirección correcta nada de esto te hubiera ocurrido, ¿entiendes? Esto te pasa por imbécil, Felipe. Dinos una cosa, y más vale que seas sincero… ¿quieres morir?

Felipe Carrera niega con la cabeza.

—Me lo imaginaba… la vida es bonita, ¿verdad? Mira, yo creo que aquí los presos te tienen ganas, y me parece que en cuanto vengas del hospital y en enfermería te den el alta te van a dar mucho por culo Felipe. No te doy demasiado tiempo de vida aquí dentro… pero, si nos das la dirección correcta te prometemos que haremos todo lo posible para que te cambien de módulo, o incluso un cambio de prisión por tu colaboración.

El subinspector Osorio mira a su compañero y no entiende ese atrevimiento por parte de él, pero si es la única opción para que Felipe hable, habrá que hacerlo así.

Ahora, Felipe Carrera parece entrar en razón. Con su mano derecha hace un gesto en el aire como si estuviera trazando un dibujo.

—Papel, quiere escribir —añade Pedro.

El médico les facilita un folio y un bolígrafo para que el preso pueda escribir. Y cuando se lo dan, lo hace. Escribe con muy mala letra una dirección de una casa en la Sierra, pero la entienden perfectamente.

—Más vale que esta sea la buena, Felipe —suelta Pedro—. Lo que te he dicho va en serio, haremos lo posible para que, al menos, tengas una vida digna en prisión.

Los subinspectores Osorio y Sierra acuden, junto a varias patrullas, a la casa de la Sierra. Ahora sí, es la correcta. Junto a la valla de la entrada, que según indica un cartel está electrificada, hay un vehículo que corresponde a Pepe Concha, alias *el alicates* según les han confirmado al introducir la matrícula. Pedro comprueba que la valla

es segura y avanzan junto a varios agentes. Al entrar en el domicilio huele a hierro; es sangre, está por todas partes.

—¡Puta masacre! —exclama Martín.

Registran la casa y solo hay un superviviente. Un hombre al que no pueden todavía identificar. Acuden más patrullas, tres ambulancias y el equipo forense liderado por Espinosa.

—¿Crees que puede ser el tal Gustav? —le pregunta Pedro a Martín mirando uno de los cadáveres.

—Ni puta idea. Tendríamos que hacerle una foto y enseñársela a Agustín para ver si es el tal Ge, a lo mejor es el que ha sobrevivido —dice mientras mira al superviviente.

—Espero que podamos identificarlos rápido.

Los agentes de uniforme acceden a un sótano, y en una habitación encuentran a una joven que se identifica como Sandra Vega.

—¡Subinspectores! —grita el agente que ha hecho el hallazgo.

Cuando Pedro y Martín ven a la joven se quedan estupefactos. El olor en esa habitación, en la que está encerrada, es insoportable. Es una mezcla entre heces, orina y comida podrida. Incluso creen que huele a semen.

—¡Joder! —salta Martín—. ¡Esto es un puto asco!

—¿Qué mierdas hacía ese tío aquí?

Varios sanitarios atienden a la joven y al superviviente. Y los forenses esperan la llegada del juez para el levantamiento de los cuerpos.

—¿Cómo está la chica? —le pregunta Martín a uno de los médicos de la ambulancia.

—Bastante mal, pero al menos está consciente y habla —explica —. Por lo que nos ha dicho la han estado violando, un tío con una máscara blanca. Está muy desnutrida y deshidratada, te diría que ha

sufrido bastante. Menos mal que la habéis encontrado, poco más hubiera aguantado aquí.

—Será alguno de los de la casa, esperemos que no sea uno de los muertos el de la máscara.

—Llevadla al hospital, nosotros informaremos a la inspectora jefe e iremos a hablar con ella en cuanto podamos —añade Osorio.

Uno de los sanitarios, el que está atendiendo al superviviente llama a los subinspectores y les pide que se acerquen hasta la ambulancia.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Pedro al acercarse.

—El que ha sobrevivido ha preguntado por la policía.

El superviviente está malherido, tiene sangre por todo el cuerpo pero peor está el cuerpo destrozado que han encontrado. El que está cortado a trozos a causa de una explosión.

—Somos policías —le indica Pedro al herido—. ¿Querías hablar con nosotros?

—Sí —afirma con voz pausada y resquebrajada—. Tienen que encontrarlo, está en otra casa. Por favor, no permitan que le ocurra nada.

—¿En otra casa? —pregunta desconcertado Sierra—. ¿Que tenemos que encontrar?

—A mi hijo, a Hans. Está muy mal y tienen que decirle que su padre seguirá luchando hasta el final.

—¿Quién es usted? —indaga ahora Martín.

—Soy Gustav Schmidt.

CAPÍTULO 65

Raúl Cuadras ha estado hablando con los médicos y le han dicho que Sandra se recuperará. Además de algunas heridas superficiales las que más le preocupan son las de a nivel psicológico. La joven ha sufrido mucho. Su novio se ha puesto a llorar en cuanto le han dicho que la habían violado, pero las arcadas han venido cuando el médico le ha informado de que estaba embarazada. Ha salido de la consulta y se ha sentado en la sala de espera a llorar. Él sabe perfectamente que ese hijo no es suyo.

Mientras llora la desgracia en la que se encuentra, el teléfono móvil que le entregó el gitano Gabriel Requena comienza a sonar en el fondo desgracia su bolsillo. Observa la pantalla con temor.

—Dime —dice al responder.

—Nene, enhorabuena por recuperar a tu chica —le suelta el gitano—. En una horita en el bar "Juanjo". No llegues tarde.

Gabriel ha colgado el teléfono. No ha saludado y mucho menos se ha despedido. Raúl se saca un café de la máquina de vending y sigue llorando. Entra a ver a Sandra una vez más a la habitación y sale a la calle para reunirse con el gitano.

El bar "Juanjo" de la calle Castro de Oro en el barrio de Opañel está como siempre, y en su asiento habitual está sentado el gitano Requena esperando a Raúl Cuadras.

—Así me gusta, que seas puntual, nene.

—¿Qué quieres, Gabriel? —añade Raúl cuando ha entrado en el bar y aproximado hasta el gitano.

—Lo primero que quiero es que te sientes, cojones, que no te var a cobrar. ¿Quieres tomar algo?

—No —niega Raúl a la vez que se sienta en una de las sillas.

—Bueno, tu chica ha aparecido… ¿ves? A veces hay que tener un poco de fe.

—No te debo nada, Gabriel —le suelta Raúl—. Los hombres que mandaste no la encontraron, ha sido la policía que lo ha hecho. Todos esos que trabajaban para ti están muertos, no ha sobrevivido ni uno.

—¿Y qué? Las deudas se pagan, y las mías sobre todo. Gracias a los errores de esos, la policía la ha encontrado, el resultado sigue siendo el mismo, nene. No te estoy pidiendo el favor, esto es lo que hay, ¿entiendes? Y si no pagas tu deuda, ya sabes que los intereses crecerán, y tu chica bonita, la paya esa se verá salpicada, ¿me sigues?

—¿Qué es lo que quieres? —quiere saber el chico.

Gabriel Requena le entrega a Raúl un sobre que saca del bolsillo de su chaqueta, también hace un gesto al dueño del bar para que le acerque una caja.

—Ábrelo —le pide.

Cuando el novio de Sandra Vega abre el sobre, se encuentra con una fotografía de un hombre que viste de negro y un pequeño papel con una dirección y unos horarios.

—¿Qué es esto?

—La deuda que tienes que pagar, nene —responde, tajante. Después abre la caja que el dueño ha traído y contempla con temor una pistola que hay en el interior—. El de la foto se llama Joaquín Montoya, es el patriarca de los Montoya, un clan que últimamente me está tocando bastante los cojones. Quiero que te lo cargues con esta pipa… las balas están dentro y tiene el número de serie borrado. En el papel tienes su dirección y los horarios en los que suele estar.

—Gabriel… —titubea—, yo no puedo hacer esto. Yo nunca he matado a nadie…

—Vamos a ver, media mierda, ¿a ti qué es lo que no te ha quedado claro? Que esto no es negociable, nene. Cuando me pediste el favor sabías que eso no era gratis… Tienes un par de huevos para pedirme encontrar a tu paya cueste lo que cueste, pero en el momento de la verdad te acojonas, ¿no? Esto no es un juego, Raúl. Ahí tienes la pistola y la información necesaria. Le pegas un tiro en la cabeza, en la nuca a ser posible. Y cuando esté en el suelo le pegas otro tiro en el pecho para asegurarte… ¿todo claro?

Raúl se ha quedado en shock. Ahora mismo se siente muerto por dentro. Sandra está ya a salvo, pero tiene que pagar una deuda muy cara, demasiado. Le viene otra vez a la cabeza el embarazo de ella, y lo peor de todo es que, cuando ha entrado a verla, ella le ha confirmado que lo quiere tener a pesar de la violación, de esa relación no consentida, a pesar de todo eso, no puede arrebatar una vida de esa manera. No se siente con ese poder como si fuera un Dios. Raúl le ha dicho que ese feto todavía no tiene vida, ni siquiera hay todavía un corazón formado, pero a ella le da igual, no se siente con ganas de quitarle la vida a ese hijo que está naciendo dentro suyo. Raúl echa un vistazo hacia atrás, recordando como ha podido llegar hasta ahí. Su chica desaparecida, la garita de la urbanización, el visionado de las cámaras para encontrarla… al final, la han encontrado, sí, ¿a que precio? Raúl Cuadras no dice nada más, quizá sea por egoísmo o por cobardía, pero coge la pistola y se apunta con ella a la cabeza.

—¡Dime una cosa, Gabriel! —grita el joven—. ¿Si me mato quedará zanjada la deuda? Si lo hago prométeme que no le harás nada a Sandra. Sé que tus promesas van a misa.

—Tu muerte es el interés más alto en esta operación, Raúl. Sí con tu muerte la deuda queda saldada, nene.

Raúl aprieta los dientes, cierra los ojos y se pega un tiro en la sien. El suelo del bar "Juanjo" se ha llenado de sangre y trocitos de masa encefálica.

—Menudo mierda seca —suelta Gabriel—. ¡Juanjo! Limpia esta mierda y tráeme una copa, anda.

CAPÍTULO 66

—Por lo poco que sabemos se llama Gustav Schmidt —informa Martín a la inspectora—. Nació en Quedlinburg, Alemania.

—¿Os ha dicho algo? —quiere saber la inspectora.

—No. El cabrón no suelta prenda.

—¿Y os ha dado la dirección de esa casa de la que hablaba y ya está?

—Así es —afirma Pedro—. Hemos mandado a varias patrullas hacia allí y han encontrado a un chico que dice llamarse Hans, es su hijo. Estaba postrado en una cama y una enfermera contratada por Gustav lo estaba cuidando. Y la mujer muerta de la casa era Julia, su esposa.

—¿Habéis interrogado a la enfermera?

—Sí, pero poco nos ha dicho. Le pagaban cada mes, en efectivo. Estaba en paro y la contrataron, nada más.

—Por todo lo que ha ido ocurriendo creo que ese tal Gustav quería salvar a su hijo. Los cerebros eran importantes para él, quizá los examinaba para curarlo —deduce Amaia—. Entraré a hablar con él, y quiero que vosotros habléis con Espinosa, que firme la autorización para poder llevar a Rocío al tanatorio… nuestra compañera merece descansar de una puta vez.

Amaia Garmendia entra en la habitación en la que está el alemán. Ha sobrevivido a los disparos de la casa, pero todavía tardará en recuperarse. Hay un agente custodiándole y lo tienen esposado. *La vasca* ordena al agente que se retire para poder hablar con él.

—Hola, Gustav —saluda la inspectora quedándose junto a la cama —. Soy Amaia, inspectora de la brigada de homicidios.

—¿Tienen a Hans? —quiere saber él.

—Sí. Lo hemos encontrado en la dirección que nos ha dado.

—Padece *Lafora*, es una enfermedad rara…

—Lo sabemos. La enfermera que había allí ha puesto al día a los agentes. ¿Por eso ha estado haciendo todo esto, Gustav? ¿Cogía el cerebro de gente con enfermedades para poder ayudar a su hijo?

—No voy a hablar, inspectora.

Amaia coge una silla de la habitación y se sienta junto a la cama. Quiere dar sensación de proximidad.

—Verá, Gustav… yo he perdido a alguien, una gente muy mala ha asesinado a la única persona a la que he querido de verdad. Me han destrozado la vida, el corazón lo tengo hecho añicos, ¿entiende? Me han arrebatado a una parte muy importante de mí.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque le entiendo… sé que quería salvar a su hijo, y todavía desea salvarle. Comprendo su frustración, estoy segura de que está rabioso con el sistema, enfadado con nuestro gobierno por no querer investigar más este tipo de enfermedades extrañas… lo sé, Gustav. Yo también estoy rabiosa por lo que he perdido. Le aseguro que su hijo irá al mejor hospital y yo me aseguraré de que tenga la mejor atención posible.

—¡Pero eso no le curará! —grita el alemán.

—Lo sé. Pero tenemos que luchar internamente con nuestros demonios y no hacer pagar a otros nuestras frustraciones.

Gustav cierra los ojos durante unos segundos, como si estuviera pensando en hablar o no. No es amigo de la policía, pero sí de la justicia y de la redención.

—Yo solo quería eso… salvarle —confiesa él—. Mi padre ya lo hacía en la antigua Alemania por orden de los nazis. Era neurólogo

igual que yo, y la manera de investigar algo es abriendo el mayo órgano del cuerpo humano: el cerebro, el más importante, el que lo mueve todo. Es la única manera de poder avanzar. Al menos as pensaba mi padre, o quizá le hicieron pensar así. Pensé que si cogía e cerebro de gente con diferentes enfermedades como la Hemofilia Alzheimer o cáncer, quizá así podría llegar a descubrir el fallo de la cabeza, ese error que provoca que la gente enferme.

—¿Lo averiguó?

—No, jamás —admite—, ni yo ni mi padre.

—En la casa en la que usted estaba hemos encontrado a una chica viva. Se llama Sandra Vega.

—Lo sé, y antes que ella hubieron otras. No recuerdo ya ni los nombres… no puedo pensar, la última se llamaba Cecilia, la mate porque no podía concebir.

—¿Concebir?

—Sí. No se quedaba embarazada. —Gustav comienza a llorar como si se estuviera avergonzando de lo que hacía—. Las violé una y otra vez a todas, muchas veces, decenas de veces. Mi mujer no quiso al principio, le costó entenderlo. Pero nuestro ADN no podía formar un hijo sano, pasaría lo más seguro igual que con Hans…

—Un momento… ¿querían tener otro hijo con una chica y por eso las violaba?

—Sí. Le aseguro que me arrepiento de ello, me siento como un ser despreciable… pero necesitaba un hijo sano, necesitaba a un heredero que continuase con mi apellido… porque sabía que mi hijo Hans iba a durar poco. Su enfermedad es mortal. Ni siquiera creía en mi propio proyecto. Pero quería a un heredero, era algo que necesitaba.

—¿Qué pintaba Felipe Carrera o Tomás Blasco con todo eso? A Tomás lo hemos encontrado muerto en la casa, enterrado.

—Yo puedo ser muchas cosas, pero no soy un asesino. Tomás Blasco estaba para eso, para acabar con las vidas que yo no podía

arrebatar. A él le producía excitación, le gustaba, y Felipe lo sabía. Po eso desde la cárcel me lo mandó para ayudarme. A ese maldit asesino le gustaba cortar cuerpos y cabezas, algo que yo nunca m habría atrevido a hacer.

—Usted no quería ensuciarse las manos, ¿verdad? Era Tomás e que sacaba los cerebros de las cabezas y se los entregaba. Además d un violador es usted un cobarde, Gustav. Le aseguro que su hijo Han no estaría orgulloso de todo esto.

—¡Mi hijo me apoyaba en todo! Él quería salvarse también.

—Pues mire ahora, Gustav: una madre muerta y un padre en l cárcel. Mi promesa sigue en pie, intentaré por todos los medios que s hijo esté en un buen hospital, pero a usted le deseo que lo pase mu mal cuando un juez le mande a prisión.

La inspectora Amaia Garmendia sale de la habitación. Llevaba y varios minutos conteniéndose dentro, no quería dar la sensación d débil, pero hablar de la muerte de Rocío la ha vuelto a destrozar po dentro. Apoya la cabeza en el pasillo y se pone a llorar. No mira a s alrededor, le da igual que haya gente delante, solo necesit desahogarse y llora como una niña pequeña a la que han quitado s caramelo preferido.

CAPÍTULO 67

Cuando el subinspector Martín Osorio entra en el bar del Luque ve a su compañero Pedro Sierra sentado en la mesa habitual de siempre mientras se está bebiendo una copa llena hasta arriba de orujo.

—¿Llevas mucho aquí? —le pregunta a Sierra.

—Unos veinte minutos. Amaia me ha dicho que en una hora nos veamos en la sala de reuniones.

—Lo sé. Me ha enviado un mensaje para decírmelo. Oye, ¿cómo estás?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima, Martín.

—¿Vas a decirme ya qué cojones te ocurre? Creo que me lo debes, Pedro.

—Joder, Martín, a ti no se te olvida nada, eh.

—No me toques los huevos, anda. Ya sabes que lo único que quiero es ayudarte.

A Pedro Sierra le gusta beber, pero los últimos meses lo ha estado haciendo con mucha más frecuencia. Amaia y el equipo lo han notado alterado, diferente, ya no era el Pedro de siempre, y él lo sabe, claro que lo sabe. Es consciente de que está metido en un buen lío. En uno de tres pares de cojones.

—Me endeudé, tío. Estuve tiempo apostando en carreras ilegales de galgos —se sincera Sierra—. Comencé con eso y luego me tiré hacia las peleas de gallos y a la ruleta. Lo perdí todo, Martín, absolutamente todo. El alcohol me lo pago gracias a préstamos que he ido pidiendo... pero el mayor error que he hecho ha sido pedir dinero a un corredo

de apuestas, y ahora no puedo pagarle y le hago favores, favores muy caros.

—Joder, Pedro, ¿de qué coño hablas? ¿Cómo has podido meterte en esa mierda?

—Lo sé, Martín, estoy muy metido en toda esa puta mierda y no puedo salir, es un puto laberinto, joder.

—¿A quién le pediste dinero? ¿Quién es el corredor de apuestas?

—Al gitano ese que tienen enfilado hace tiempo en comisaría, a Gabriel Requena.

—¿Al Requena? —salta Martín, sorprendido—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—Hace un rato me ha llamado Gabriel, quiere verme. Me ha dicho que he de hacer algo por él, que el interés ha subido.

—¡Joder! Montamos un operativo y le jodemos bien, Pedro. Ese cabrón no se saldrá con la suya…

—No puedes hacer nada, Martín. Ninguno de nosotros podemos hacer nada.

—¿Por qué?

—Ese cabrón tiene a mi madre. Os dije que estaba ingresada pero es mentira. El gitano la tiene retenida en algún lugar, si no hago lo que me pide la matarán.

CAPÍTULO 68

Amaia remueve la cucharilla del café dentro del vaso como si le fueran a dar un premio por cada vuelta que da.

—Al final perforarás el vaso, jefa —le dice Martín entrando en la sala.

—¿Dónde está Pedro? Le dije que viniera.

—Está arreglando un pequeño asunto, no te preocupes, vendrá más tarde.

—¡Joder! Parece un ministro… bueno, para comenzar tengo buenas noticias: el comisario tendrá el alta mañana.

—Genial, eso son muy buenas noticias.

—Sí, el problema de todo es que mañana nos caerá la del pulpo.

—¿Lo dices por lo de Rocío?

—Por todo, Martín, por todo.

Gustav Schmidt está pendiente de juicio, y a Felipe Carrera al final lo mataron con un punzón en prisión. Al parecer, uno de los presos continuaba sin ver de buen agrado que le hubieran dejado tener a Felipe un periquito, aunque se lo hicieran comer. En el sótano en el que trabajaba Gustav encontraron más de una decena de cerebros, todavía se sigue buscando a las víctimas. Hans, el hijo de Gustav, está ingresado en uno de los mejores hospitales de todo Madrid. Diagnosticado por una enfermedad rara, los médicos no creen por la degeneración que presenta en su cuerpo, que dure mucho

tiempo más. De momento aguanta, quizá demasiado, todo tiempo que ya pase de más, será un milagro.

Sandra Vega, después de salir del hospital, estuvo buscando a su novio Raúl Cuadras hasta que una patrulla le informó que lo habían encontrado muerto en un contenedor cerca de Gran Vía.

Noelia Crespo ha vuelto con sus padres. De una manera u otra, el ex comisario Santiago Ríos cumplió con lo que les dijo, al final la encontrarían. Aunque todo fue gracias a Beatriz.

Agustín Díaz y sus padres fueron absueltos por pasar información de personas enfermas, pero tendrán que realizar servicios a la comunidad durante un año. El juez no consideró delito en lo que hicieron.

Por otro lado, Amaia ha comenzado a investigar a La Corporación. Sabe muy poco de ella, y Beatriz Cortijo, la chica que logró escapar la está ayudando con alguna que otra información. Ella, Martín y Pedro han informado al comisario Faustino Mendoza de lo que saben por el momento, que es prácticamente nada. Todavía no sabe quién dejó ese mensaje escrito en la espalda de Rocío. ¿Tiene un aliado? ¿Alguien de dentro quiere escapar? No tiene respuesta. Pero sabe que una persona ha querido mandar un mensaje.

La inspectora Amaia Garmendia, alias *la vasca*, está segura de que conseguirá averiguar todo lo que hay detrás de ese entramado llamado La Corporación. Es solo cuestión de tiempo de que vaya encajando todas las piezas y que todos los peones vayan cayendo. Por el momento sabe que se dedican a secuestrar a chicas, normalmente cuando son pequeñas, y las hacen esclavas. Las ponen a trabajar con clientes a hacer tareas del hogar como si fueran empleadas, incluso las someten a actos sexuales vejatorios.

En un día cualquiera, a una hora sin ningún tipo de importancia la inspectora está sentada en el sofá de su casa. Está bebiendo una copa de Bourbon Stillbrook. Contempla una fotografía que tiene en la mano, una que se hizo con Rocío, las dos abrazadas en la cama y que decidió imprimir para guardarla. Llora al mirar ese recuerdo y la acaricia. Como si con eso la pudiera sentir cerca. Hay tantas cosas que le hubiera gustado decirle y no le dijo, y piensa también al revés, que la joven se quedó con muchas cosas por decir. Ahora se estremece a recordarla dentro de aquella caja en la Puerta del Sol, degollada y llena de sangre y con tan solo ocho dedos. Su teléfono móvil suena, mira la pantalla y ve que es el comisario. Desde que le han dado el alta no para de llamarla.

—Dime, Mendoza.

—¿Cómo estás, Amaia? —Es muy habitual que el comisario haga directamente una pregunta sin ni siquiera saludar.

—He estado mejor otras veces —le dice en un tono serio—. Tengo trabajo, Mendoza, ¿qué ocurre?

—Tú siempre tan directa, ¿verdad? Estoy en mi despacho y he hecho algunas llamadas, ninguna clara, pero ha habido una bastante interesante.

—¿Sobre qué?

—Sobre La Corporación.

—¿Qué has averiguado?

—No es muy seguro hablar por teléfono ahora mismo, hazme caso, Amaia. Dime un lugar en el que te sientas cómoda hablando y que sepas que no entraría un poli ahí ni muerto.

El comisario Faustino Mendoza ha oído hablar alguna vez del bar del Luque. Sabe que la brigada se junta ahí para beber y charlar sobre los casos y otras cosas, pero es cierto, ni loco entraría él en ese bar de mala muerte. Anota la dirección y queda con Amaia allí en una media hora.

Cuando la inspectora Garmendia, alias *la vasca*, cuelga el teléfono observa una vez más la fotografía con Rocío, su Rocío. Sabe que con su asesinato han querido mandarle un mensaje: no continúes investigando. Pero no piensa hacer caso a ese supuesto mensaje.

—No sé quiénes son. No sé dónde se esconden. Ni puta idea de quién cojones manda ahí, Rocío —le susurra a la foto—. Pero te juro que voy a encontrar a esa Corporación y me los voy a cargar a todos.

Amaia no dice nada más. El silencio habla por sí solo. Ahora, en ese momento, las palabras sobran. Guarda la fotografía, se termina la copa de Bourbon, coge su abrigo, las llaves del coche, su arma reglamentaria y el paquete de tabaco. Sale de su piso en la calle de la Cava Alta y baja por las escaleras. Se topa con el frío de Madrid. Ve a abuelo de siempre jugando con el nieto, a mujeres ir a por la compra hombres trajeados haciendo alguna llamada. Todo sigue igual, el mundo continúa girando a su alrededor. Ahora no le importa nada ni nadie, solo tiene un objetivo: encontrar a La Corporación. Y sabe que lo hará, porque ella es *la vasca*, y porque jamás descansará hasta encontrar a los responsables.

AGRADECIMIENTOS

Es difícil con pocas palabras poder decir todo lo que me gustaría. Al menos lo intentaré, pero me quedaré corto, seguro. Primero de todo quiero agradecer a todos los lectores y lectoras que me leen, en especial los que hayan leído La vasca, claro, el primero de la serie, porque si habéis terminado este significa que la historia os gusta, y eso me pone feliz. No imagináis lo contento que me pone cada vez que alguien me escribe para decirme que la novela le ha gustado mucho. Para mí, eso es magia, de la verdadera. Gracias, gracias y mil veces gracias a los que lo hacéis posible.

Por otro lado me gustaría agradecer a Sara, mi otra mitad, la paciencia que ha de tener para aguantar mis momentos de escritura.

A toda mi familia, en especial a mis padres, por apoyarme en este nuevo camino.

A Amazon, por hacerlo tan fácil.

De nuevo, insisto, a todos los lectores y lectoras que me habéis leído. Sois maravillosos y la mejor motivación que existe.

Y, a Pol, mientras escribo esto todavía no has nacido, pero te agradezco infinitamente en lo que me vas a convertir: en la persona y el padre más feliz del mundo. Un día, cuando leas esto, quiero que sepas que ya te quiero mucho, y gracias a que tú estás en camino, eso me ayuda a seguir. Gracias, hijo mío.

Y, a mi abuelo; a mi yayo, que por desgracia falleció antes de ver esta novela publicada, pero me hace feliz saber que descubrió otras

y se fue viéndome llegar lejos.

Gracias. Siempre agradecido.